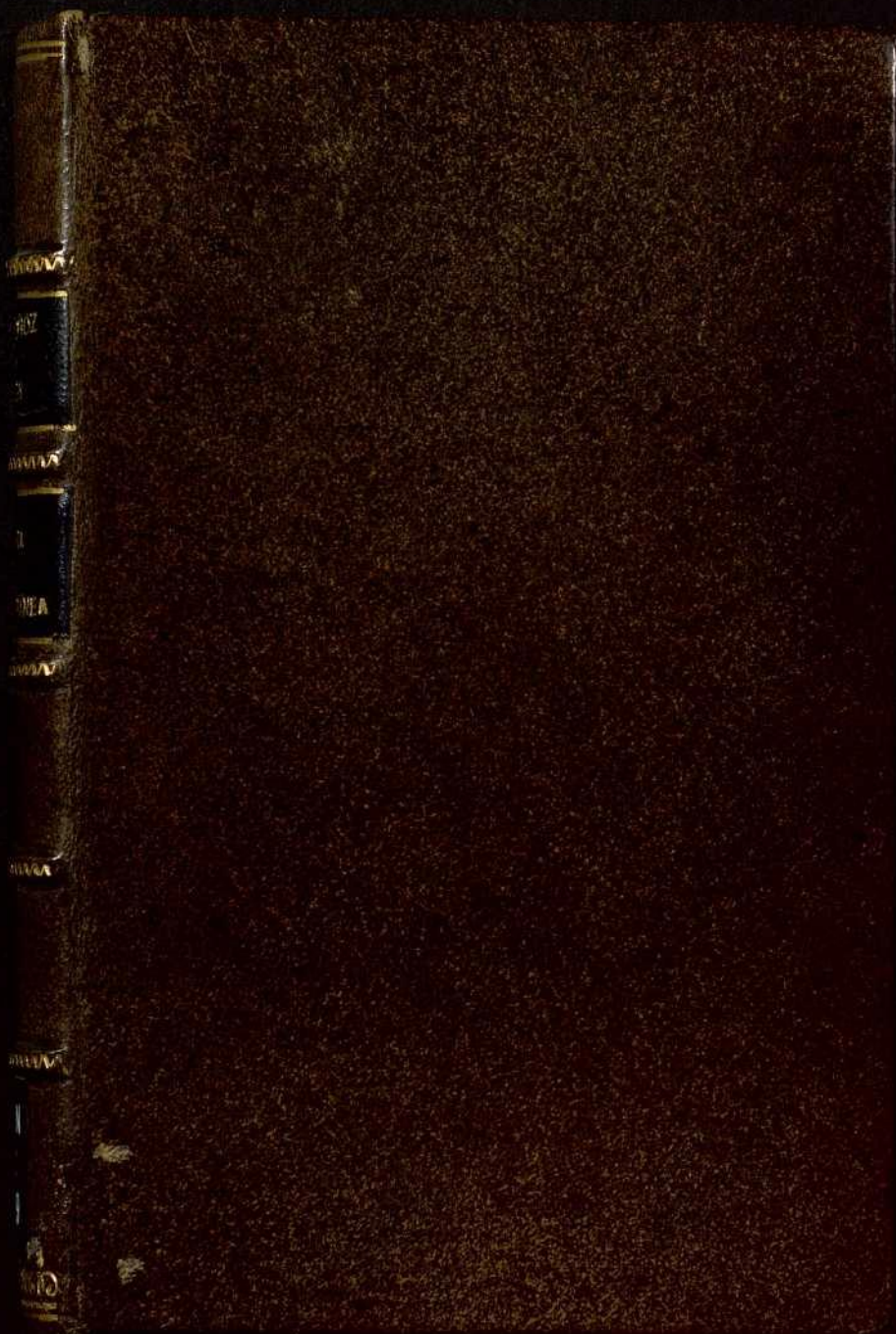
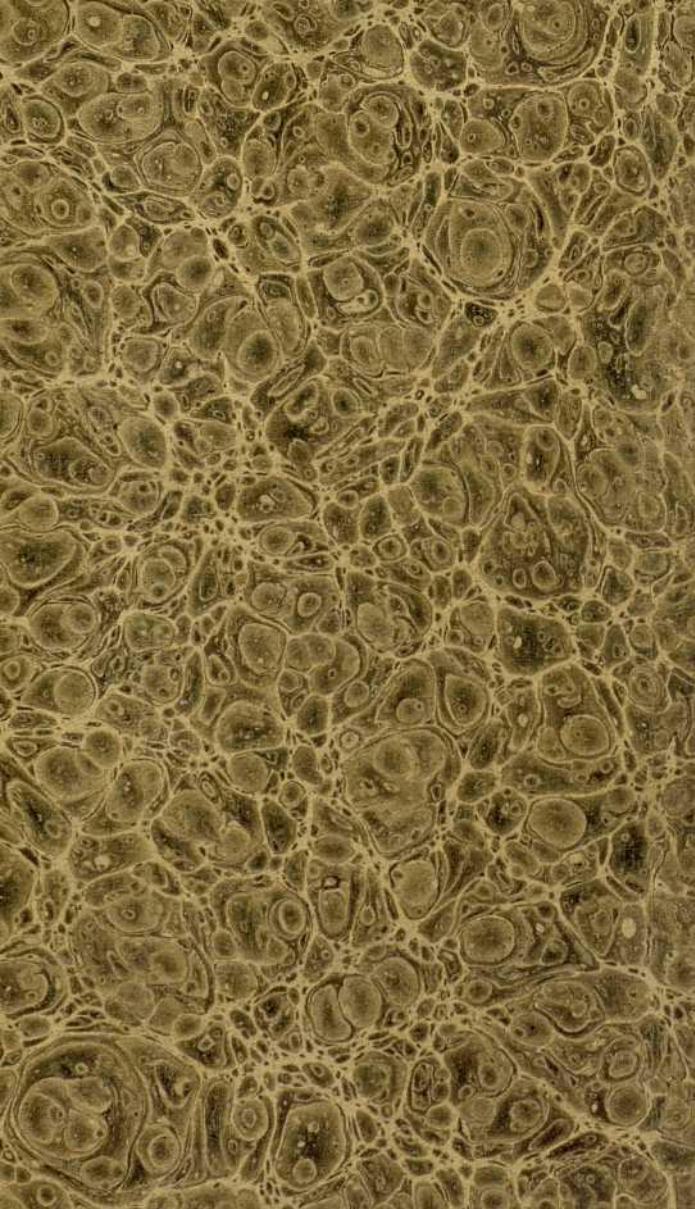
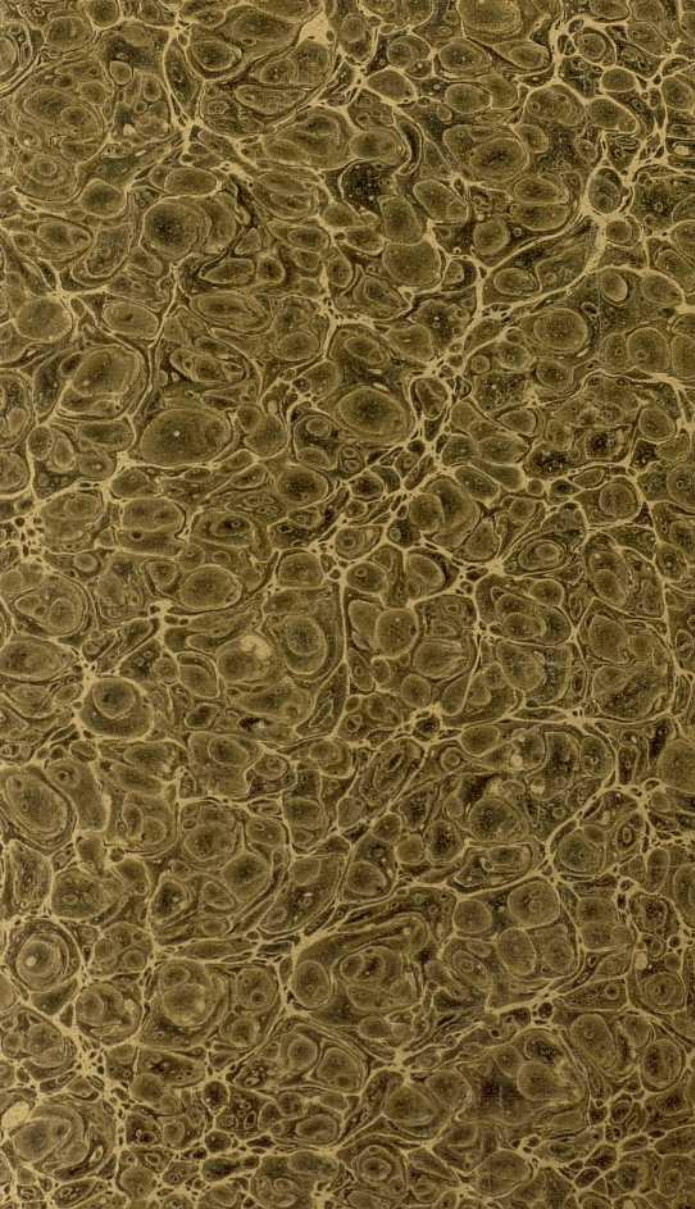








«HISTORIA CONTEMPORÁNEA»

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

“HISTORIA CONTEMPORÁNEA”

SERIE PRIMERA



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43 AL 47

R. 52842

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito del número de ejemplares que marca la Ley.

AL EXCMO. SR. D. MANUEL ALLENDESALAZAR,
PRESIDENTE DEL SENADO.

Excmo. Señor: Con el pomposo título de «Historia contemporánea» me decido a coleccionar en un libro la primera serie de «históricos»—contemporáneos todos ellos—que me ha publicado *El Debate*: bagatelas, fruslerías y nonadas, a que tengo que agradecer, entre otras mil cosas buenas, la estima en que ha llegado a tener V. E. mi pobre firma y el aprecio con que distingue a mi humilde persona.

Por lo uno y lo otro quisiera yo tener a mi alcance cosas de más monta y precio que poder ofrecerle en atestado de reconocimiento y gratitud; pero al que da lo que tiene no se le puede pedir más; sobre todo: si lo hace con la buena y fina voluntad y el mucho gusto, con que estampo yo en la primera página de un libro mío el preclaro nombre de V. E., prestigio de España.

De V. E. capellán un día y reverente amigo siempre,

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN.

Sevilla, día de Ntra. Sra. del Carmen, de 1919.



"Custión" de sombrero

Con motivo de la próxima venida de Su Majestad el Rey, que Dios guarde, a estas tierras andaluzas, a su deporte favorito, el de la caza, recuerdo un caso chusquísimo, acaecido a su augusto padre, en una cacería en el coto Oñana, paraíso terrenal, o punto menos, puesto por Dios entre el Guadalquivir y el mar Atlántico, las marismas de Almonte y el término de Hinojos.

Persiguiendo a un ciervo, herido de un balazo, con esa tenacidad de los cazadores, que antes se dejarían matar que darse por vencidos, se fué alejando, alejando, Su Ma-

jestad del lugar del ojeo e internándose, internándose, en lo más intrincado y laberíntico, repuesto y enmarañado del bosque virginal.

El ciervo, que iba herido en un pulmón, cuando se rendía de correr, se paraba boquiabierto y jadeante, a luchar con la asfixia, con lo que permitía al regio cazador que cobrara terreno, y cuando lo husmeaba como a dos tiros de escopeta, se lanzaba a todo correr, desatentado por el miedo, mucho más sabiendo, como sabía por experiencia el animalito, cómo la sgastan los cazadores. Y lo mismo corría hacia allá, que volaba hacia acullá, haciéndole su instinto enderezar la proa hacia lo más espeso, esquivo y salvaje del arbolado, o hacia lo más cerrado, abrupto y resistente del monte bajo.

Cuando el Rey dejó ya de ver la codiciada pieza, bien porque hubiese caído muerta en el breñal, bien porque hubiese tomado desconocido rumbo, se encontró fuera del coto y allá por las marismas del Rocío, cansado y sudoroso de correr, maltrecho y, sobre todo, desorientado...

Quiso su buena estrella que topase con

un yegüerizo marismeño, yo no sé si de Almonte, si de Hinojos, criado y casi envejecido en aquellas planicies infinitas, sin más idea del mundo y de sus pompas, que la que pudieran tener de ello los individuos de su yeguada.

Con la zamarra al hombro, la mochila a la espalda, la honda a la cintura y la chivata debajo del brazo, encendía con un poco de yesca de «jeta» la miserable colilla que tenía entre los labios sin afeitar, de pelambre como abulagas y carrascales: ante el que, comedido y respetuoso, se presentó el Monarca, diciéndole tras un saludo entre señoril (fué siempre muy señor) y campechano (era muy hombre):

—Dígame, amigo; ¿por dónde llegaría más pronto al caserío del coto Oñana?

Nuestro yegüerizo lo miró de arriba abajo, con esa mezcla de estupidez montuna y de curiosidad picaresca propia de los rústicos. Y, quitándose la colilla de la boca y escupiendo al lado, húbole de decir:

—¡Hombre... Te iré! Como pronto, como pronto, lo que se ice pronto... ¡Pronto! ¡Mía éste! Por ninguna parte, Hay de aquí sus

dos hora, y eso, sabiendo di. ¡Hara! que es semenesté sabé di. ¿Estás? Que en no sabiendo, anlugá de allegá allí al lubricán, jate cuenta que allegarás pa el lao allá e mendimia.

—¡Si fuera usted tan amable que me indicara...

—Pero, si por más que te diga pa ónde sí ni pa ónde no, tú solo no pues atiná. Eso era semenesté que arguien juera contigo. ¿Quiés que te lleve? Es titito lo que pueo jacé por un cristiano.

—¡Vaya si quiero! ¿No he de querer?

—Po arrea pa la zurda, que ya estamos allí.

.
—Oye, aunque mar pregunte—empezó a dialogar el yegüerizo, que era parlanchín y palabrero—: ¿Tú eres quizá de las contribucione?

—¿Por qué lo dice usted?

—Hombre: por los voquible, que no son de por aquí, y aluego, por la ropa.

Y al Rey se le veía la muela del juicio. El tuteo patriarcal y primitivo del marismeño, lejos de molestarle lo más mínimo, le había

caído en gracia, quizás por lo desusado para sus regios oídos, y el tropiezo providencial con aquel hombre-naturaleza le prometía un rato de conversación nativa, jamás saboreado.

—¿Entonces, usted no ha visto nunca ropa como ésta?...

—A los de las contribucione, y cuando fí a Güerva pa las quinta.

—Pues, para que vea usted lo que son las cosas: ni soy de las contribuciones ni de Huelva.

—¡Ah! ¡Yal Tú quizá será entonce de esos que han venío ar coto con e Rey.

—Justo y cabal.

—Oye: dime tú a mí la verdad. ¿El Rey es de carne y güeso como nosotros? Porque mi Maolillo lo vido el otro día y vino diciendo que era un hombre como otro cualquiera, y le dije dígole: ¡Calla, animal! ¿Qué entenderás tú de reye ni de sota? ¡Eso no pué sé! Güeno que sea de carne, como la Vigen del Rocío (1); pero como tos los hom-

(1) Creencia popular en el Condado de Niebla.

bre, ¡vamos! que eso no me entra a mí en la cabeza. ¡Que no me cuela, vaya!

—¿Entonces, usted no ha visto nunca ningún rey?

—Los Reyes Mago, cuando fí ar pueblo a casarme...

—Es usted casado, según eso.

—Con mi mujé.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Miá er tonto éstel! ¿Po con quien va a sé, tú?

—¿Y tiene usted muchos hijos?

—Dié, y lo que venga.

—¡Llevará usted muchos años de matrimonio!

—Dié, pa esta simentera.

—¡Gran mujer para Napoleón!

(Con muy malos modos):—¿Pa quién?

—Para Napoleón: un emperador que hubo en Francia...

—¿Qué había e ser pa Napoleón ni pa su madre? ¡Esa es pa mí, que pa eso me la ha dao la Ilesia!

—No, hombre: si no es eso: es que le preguntó una vez a Napoleón una escritora de mucha nombradía, madame Stael, que cuál

era, en su concepto, la mujer más grande de la Francia. A lo que respondió el emperador: «La que haya dado más hijos al ejército».

—¡Ah! ¡Ya! ¡Creí!... Güeno: y gorviendo a Rey. ¿Tú qué le jaces? ¿Le tocas argo, o estás de mozo con él?...

—Hombre: ni estoy de mozo con él ni le toco nada. Es que me honra con su amistad y me ha hecho venir con él de cacería.

—Oye: y manda más que naide, ¿no verdá?

—Ya ves; ¡como que es el Rey!

—¿Y más que los civile?

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Po no se ríe ná este tontol

—Es que me hace usted mucha gracia.

—Po güeno, ar grano. Si cuando allegáramo que alleguemo a la casa, me lo enseñaras tú pa yo verlo y le dijera que se estuviera quieto pa yo atentarlo, a ver si era de carne, te lo agraecía.

—Pues nada; cuente usted con ello, como si lo tuviera en la mano. Lo mismo sea entrar nosotros en la casa, usted mismo conocerá quién es el Rey sin que nadie se lo diga.

—¡Otral ¿Y cómo voy a conocerlo, si di-

ces tú que es un hombre como otro cualquiera?

—Pues muy sencillo: cuando entremos en un salón muy grande, con una chimenea, donde habrá muchos señores, fíjese usted: el que siga cubierto, ese es el Rey.

—¡Cubierto! ¿Y qué es cubierto?

—Hombre: con el sombrero encasquetado. El que siga cubierto mientras los demás se descubren, ése es el Rey.

—¿De moó que en el sombrero...

—No, hombre: no en el sombrero talmente. Sino en que todos se descubrirán a su llegada, y él, como Rey que es, permanecerá tocado.

—¡Po arrea pa lantel

.
Y llegaron al caserío a boca de noche, encontrando alarmados a los aristocráticos monteros y alarmadísimo al anfitrión.

Por puertas y pasadizos excusados entraron Rey y guía en un salón hermosísimo, con chimenea de campana, en la que se desentumían y calentaban Grandes y Príncipes, quienes, al ver al Rey, se levantaron de sus asientos como tocados de un resorte,

y destocándose todos, contuvieron el habla y hasta la respiración, a un ademán imperativo y mayestático del Monarca.

.

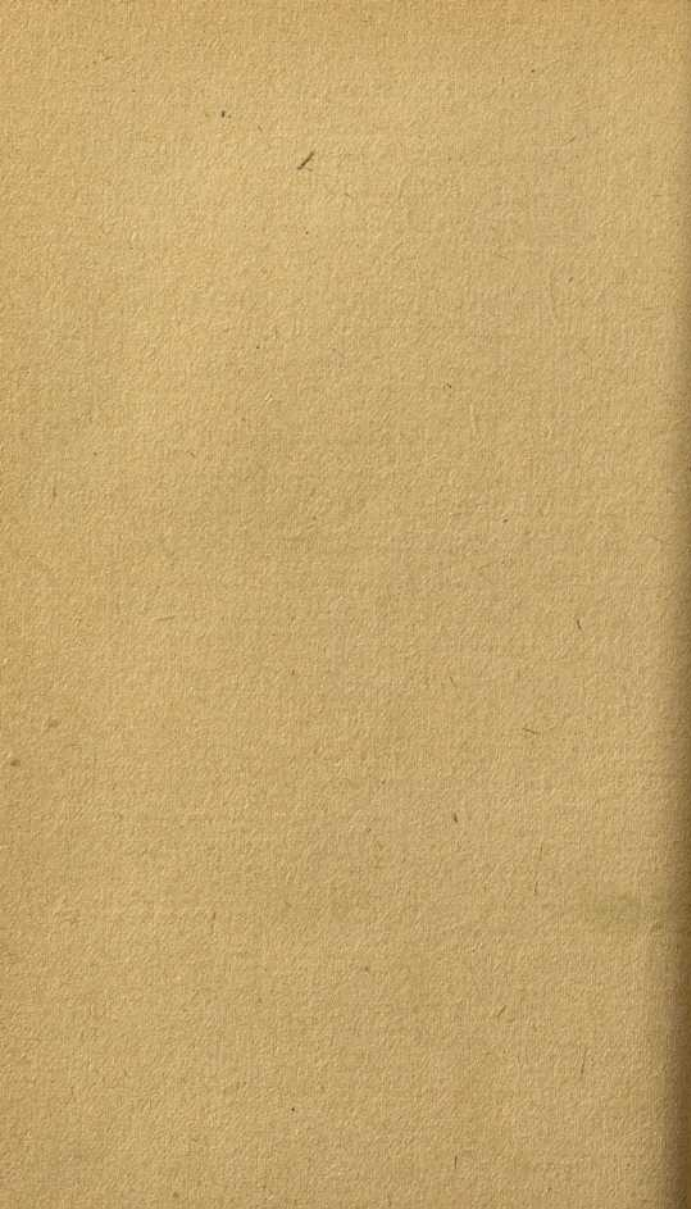
—Vamos, amigo—preguntó al yegüerizo, que ni se había destocado, ni pensaba en ello:—¿Conoce usted ya quién es el Rey?

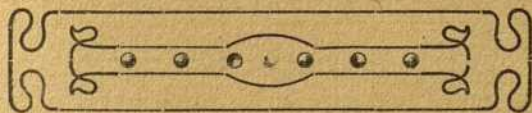
.

El yegüerizo giró la vista por toda la destocada concurrencia. Miró de arriba abajo a Alfonso XII. Se miró a sí mismo en un inmenso espejo que decoraba uno de los testers de la estancia, y contestó al Soberano con la más honda, con la más íntima de todas las convicciones:

—Si es cuestión de sombrero, ¡u tú, u yo!







La compra del mazapán

Entre los mil y un encargos que traían del pueblo, figuraba éste, hecho la noche anterior por la madre de ambas, no sin haber sido discutido y aprobado en consejo de familia: un mazapán como de nueve... o diez pesetas a lo sumo (si podía ser de ocho, mejor que mejor), pero de presentación y de postín, como para regalo a la maestra de las niñas en el próximo día de su santo.

Pues, señor: que llegaron a la capital y se dieron al correteo de tiendas y almacenes, husmeándolo todo, palpándolo todo, regateándolo todo y comprando, al fin y al cabo,

la mitad de la mitad de lo que traían en cartera. Los géneros de punto y los tejidos estaban por las nubes, a causa de la guerra, y bonitas eran las dos para dar por las cosas no digo una peseta, pero ni una renegrida perra chica más, de lo que habían costado aquellas naderías y bagatelas toda la vida de Dios.

Pues ¿dónde me dejaba usted los artículos de ferretería y de loza, tan precisísimos en las casas, y para poder proveerse de los cuales iba a ser menester un aeroplano; pues si las telas estaban por las nubes, lo que no era telas estaba por las estrellas del firmamento, y si era los comestibles, echara usted y no se derramara; y si en una tienda caro, en la otra igual o más subido de precio, si cabía: y decidiérase usted, porque el tiempo volaba, y no era cosa, encima de todo, de perder el billete de vuelta?

Y no: no crea el lector que se trata de unas famélicas, ni siquiera de unas cursis. Son ricas, y hasta distinguidas. Pero, amigo, en tocándoles a la marina de «saber comprar», lo hacen cuestión de amor propio, y hay que verlas y oírlas en esos mostradores

de Dios. Si no fuera porque no me gusta hacer frases, yo diría que sienten el placer del ochavo, la voluptuosidad del regateo. ¿No hay quien dedica toda una siesta «de verano» a cazar una tórtola, y todo un santo día, a pescar con la caña una indecente anguila? Pues ellas invertirían una semana y romperían un par de botas, en comprar media docena de paños de cocina, cinco céntimos menos la docena de lo que les pidieron en calle Francos. Cuestión de «sport».

Las tántas eran ya de la tarde, cuando cansadas y rendidas de recorretear mercados y más mercados de tejidos y de quincalla, de ferretería y de loza; relojerías y zapaterías, almacenes de ropa hecha y tiendas de comestibles, casas de muebles y joyerías, y hasta talabarterías y esparterías, pues la casa éralo de labor y se necesitaban jáquimas para los mulos y capachos para la prensa del molino; rengadas materialmente con el peso de tanto paquete pequeño como llevaban a la mano, pues los de peso y grandes ya los recogería la cosaría... roncadas de tanto regatear y con una rozadura en un pié la mayor, a causa de las malhadadas botas

nuevas, hé aquí que, al llegar a la fonda, a sentarse a la mesa, comer a trompicones y poder coger el tren por los pelos, se acuerdan del confiscado mazapán.

Y como a quien Dios no le da memoria, tiene el diablo que darle pies, se aligeraron de paquetes y delfos. La doliente de la rozadura se puso un poco de agua de Colonia en la lesión, y se mudó, no de botas, sino las botas (eran de horma derecha), y cuando la pequeña hubo despachado otros menesteres, hételas otra vez en donde cantan los empedradores, camino de la tienda de coloniales y ultramarinos de más nombre en la ciudad, y por ende, de mayor tronido en la provincia. El papel de envolver, con el nombre de la tienda, si la tienda es de campanillas, «viste mucho»...

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Hace usted el favor de un mazapán de Toledo, como de unas... siete pesetas... siete cincuenta... ocho a lo sumo?

—Voy volando, señora.

.

—Lo que le va a parecer muy caro a ma-

má es el tapete para la camilla. ¡Mira que diez y nueve pesetazas por una porquería de un cuadro de yute?

—Pero ¡qué recarísimo todo, hija del alma!

—¡Como los retales! ¿Tú has visto nunca vender retales, diciéndole a una: tantos metros con tantos centímetros? ¡Condenadísima guerra! ¡Cuándo se acabará! ¡No reventaran todos de una vez, a ver si se abarataban los precios!...

—Oye: mira qué señora tan elegante.

—Pues no me huele a mí bien; para que veas. Tanto bardo de embutidos y de conservas y tan sin regatear... ¡alguien lo paga!...

—Tú, en no regateando...

—¡Pues ya se ve! Mira tú, si no, las botas de la criada. En la Cerrajería y en la calle de San Luis, en la Puerta de Triana y la del Osario, siete pesetas; y en la plaza del Salvador veintisiete reales... ¡Pues ya es un real que se ha ahorrado unal

.

—Aquí tienen ustedes un mazapán, que ni pintiparado. Sale en un poco más de lo que

ustedes se proponían gastarse; pero que en sí lo lleva.

—¿Pues cuánto es?

—Pues, por ser para ustedes, diez pesetas.

—Si lo deja usted en las ocho, lo llevaremos: en diez es muy carísimo.

—Pero «fijesen» ustedes en el tamaño y en tantísimos adornos.

—¿Y de qué sirven esos adornos? ¿Va a comerse una quizás esa rosa de talco ni ese lazo de yeso? Si lo pone usted en ocho, como le he dicho, nos lo llevamos: en diez es un disparate.

—Pero si les he puesto lo último; si no puedo más...

—Bueno: pues yo voy a terciar—proponer la chica—. Para que no sea ni lo que dice usted ni lo que dice mi hermana, lo dejaremos en nueve pesetas, y está muy rebién pagado. Tenga usted en cuenta que somos marchantes de toda la vida, y que no ha de tener usted palabra de rey.

—Todo lo que usted quiera, señorita, menos quebrar un céntimo. Mejor se lo re-

galo que exponerme a un disgusto con el jefe.

—Pues nada: déjelo usted. Con decirle a la amiga que nos lo encarga que no hay mazapanes de ese precio...

—Sí, señora: como haberlos, los hay. ¡De todos los precios que ustedes los quieran!

—Sí: pero como platillos de café... Nosotras, o nos llevamos éste en las nueve pesetas que le ha ofrecido a usted mi hermana, y para eso pegándonos a nosotras a las costillas una peseta, o no nos llevamos ninguno.

—Pues lo siento muchísimo: créanlo ustedes.

—Pues usted lo pase bien, y usted dispense.

—No hay de qué, señoritas.

.

Y se fueron derechas a la confitería de no sé dónde, y de allí a la pastelería de más allá...de ésta al almacén de ultramarinos del lado del Poniente, y de allí al de coloniales del lado de Levante...cruzaron la ciudad desde el Septentrión al Mediodía, aquí me entro y allí me salgo; ante este escaparate me de-

tengo y por delante de aquél paso de corrido, notando una uniformidad desesperadora en los precios, con la agravante horrible (vamos: para volverse locas las dos) de que los mazapanes de diez pesetas eran en todas partes mucho más chicos que el que habían tenido en trato hacía un par de horas... ¿Cuándo se moría una, Madre suya del Rocío?...

— Pues mire usted: lo mismitísimo que ese de quince pesetas nos lo daban a nosotras en diez, en casa de Antolínez.

— Será verdad, porque usted lo dice: pero crea usted que pierden el dinero.

— ¡¡Bueno es Antolínez para perder el dinero, ni con su madre!! Cuando él nos lo daba, nos lo podría dar.

— Pero mire usted, señora, que la casa de Antolínez se provee de donde mismo nos proveemos acá, y que el precio corriente en el mercado es igual para todos. Si este mazapán nos sale a nosotros y le sale a él en bastante más de diez pesetas, ¿cómo es posible que él lo dé a diez?

— Pues en diez nos lo ha estado metiendo por los ojos hace medio minuto.

—Pues buenas inocentes han sido ustedes, en no comprárselo.

—Como que ahorita mismo vamos por él...

Y salieron las dos camino de la casa de Antolínez, que no veían la puerta.

.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Haga usted el favor, Bonifacio.

—¿Qué se ofrece, señoras?

—Que por fin, hemos resuelto llevarnos el mazapán. Pero es menester que lo rebaje usted siquiera dos reales. Nueve pesetas y media, y punto en boca.

—Pues mire usted, Conchita: no sólo no puedo rebajarle los dos reales, como fuera mi gusto, por complacer a ustedes, sino que no puedo dárselo en menos de quince pesetas.

—¿Pues cómo es eso?... ¿No nos dijo usted que diez?

—Pues porque no me fijé bien en la marca, y lei diez en vez de leer quince. ¿Ven ustedes? P. Q.

—¡Pues figúrese usted que nos lo hubiésemos llevado!

—Pues se lo habrían llevado, y santas pascuas. Pero habiendo caído en la equivocación a tiempo de poder subsanarla, ni ustedes son capaces de perjudicarme a sabiendas, ni yo de perjudicar a la casa. De modo que si lo quieren...

—¿Qué habíamos de querer? ¿Nos hemos vuelto locas?... ¿Dar quince pesetas por lo que hace un cuarto de hora nos pedían diez? ¡Que no damos más que diez, ni por los catalanes!

—Pues yo no puedo.

—¿Por qué no habla usted con el jefe?...

—Si el mismo jefe fué quien me llamó la atención, apenas ustedes salieron, que estaba en el mostrador, saludando a la marquesa de Trebegil...

—Sí, sí: la de los embutidos y las conservas... ¡Esas son las marchantas que les gustan a ustedes!

—Es natural.

—En resumidas cuentas—remató la chica—: ¿lo da usted, o no lo da?

—En menos de quince, no.

—Pues quede usted con Dios, y hasta

otra vista. ¡Esto es lo que saca una de los encargos!

.

(En la calle las dos.)

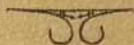
—Bueno: entonces, ¿qué hacemos?

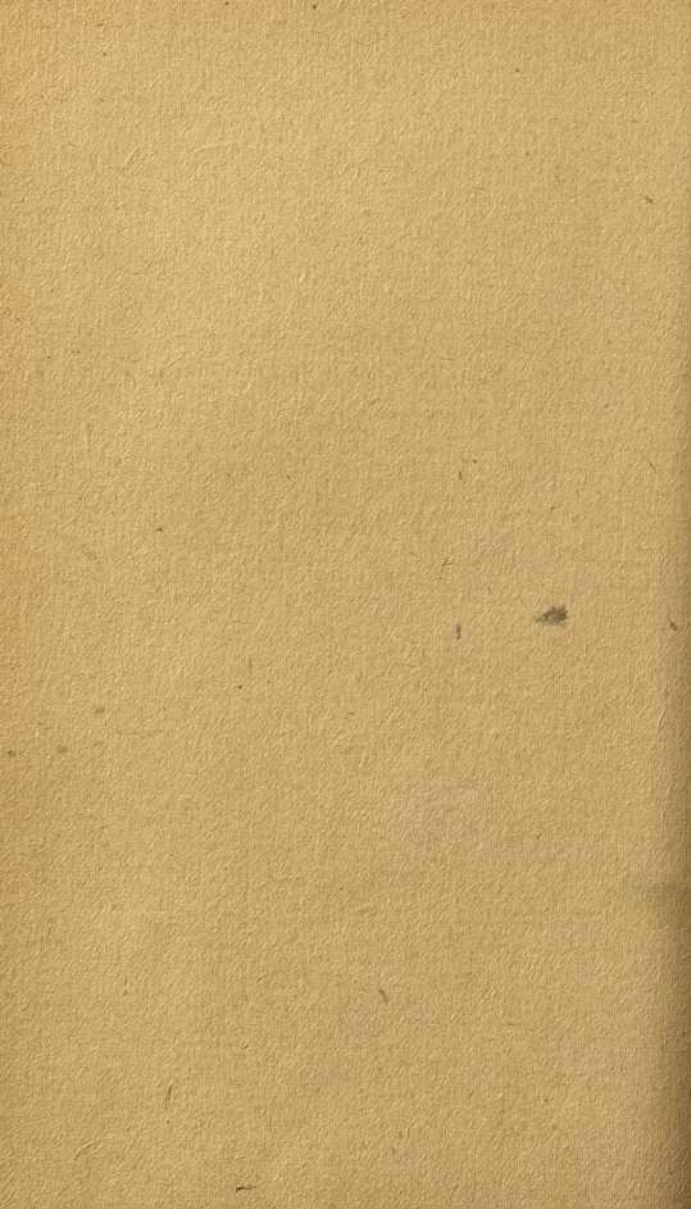
—¡Buenas y gordas! Pues que se quede la maestra sin mázapán, como nosotras nos quedamos sin padre...

(¡Tan!... ¡Tan!.. ¡Tan!...)

—¡Las nueve en la plaza Nueva!

—¡Digol!... ¡Y el tren, que sale a las ocho y cuarto!...!







De potencia a potencia

El primero se llamaba Ráfaé, y era natural de Córdoba, nacido y «educado» en los alrededores del Alcázar Viejo, allá por San Basilio. El segundo respondía por Gravié, y era trianero neto, de la misma Cava.

Cosa es que no se pudo poner nunca en claro: cuál era el más charrán de los dos. Porque hablaba usted con uno y le parecía el más sinvergüenza de los nacidos de gitana, y hablaba usted al rato con el otro, y el primero le resultaba a usted entonces una novicia con escrúpulos.

Gitanos por los cuatro costados, ni que decir tiene que su oficio era la cuatrería. Y

era cosa de verlos por esas ferias de Dios, vendiendo o cambalacheando bestias—comprar, nunca compraban—ejerciendo el uno de corredor de la mercadería del otro, y viceversa, a este paleta suelto y al otro agarrero y a este señorito embisto y al otro aco-so, pregonando perfecciones y aquilatando exquisiteces de lo que quiera que fuese lo que se habían propuesto vender en aquel mercado.

—Misté, señó: ¿qué me vy yo a echá en la barciguera con que se jaga er trato o no se jaga? ¡La bicoca que usté me quiá dá de corretaje, si me quíe usté dá argo, porque a é, compadre de agua e bautismo y con un pié en la seportura, ¿qué le vy yo a llevá?... Pero en er mesmísimo ite que lo vide a usté me dió un güerco er corazón y me dije, digo: ¡Milagrito será que este señó, tan güer mozo é, no haiga venío a feria por una yegua castaña como la que mi compare se ha encaprichao en vendé por una copla e sigui-rilla! Porque no crea usté; ¡ese hombre no está güeno de la cabezal! ¡Pero las cosas e las familia! Las hija, mar casás las tre. Er más chico, sirviendo ar Rey en la Habana.

Er más grande, en los presillos e Ceuta por una cochiná de una canga e mulos que se fueron etrás los animalito y le alevantaron er farso testimonio que los había choraó. La mujé, sin ganá un cuarto con los guñelos, porque ahora le ha dao ar señorío por la cochambre de los churro que jasta el estóga-mo se le alevanta a uno. Y é, esesperaíto de vé la inquisición que tiene encima. Que lo que me decía é jace un rato: Misté, compa-re: lo que yo quiero es realizá la yegua que me quea. Yo le entriego a usté er dinero que saque, pa que jaga usté bien por mi arma... menos dos perras gorda para cuatro cajas e cerillo... (Porque otra vé que se suicidió tomó dos na má y se echó a perder er terno con la gomitona y no se murió ni ná.) De moo y manera que yo me vy allí con é, ¿estasté? Allí, ar regorvé de aquer puesto de arvellana. Usté pasa como er que nō quiere la cosa, y en cuarenta y cinco duro, y lo que sea razón, se lleva usté a su casa una torre de carne y con fuerza e cuatro yeguas e vapó. ¿Usté no ha oío jablá e caballos e vapó? Po tititos los que hay por ahí son hijos de ella. ¡Es mucha yegua! Lo que

siento en er mundo es no tené cuarenta y cinco duros mardecío para mercársela ahora mismo y recochinearme por pueblos y zuidaes, escarranchao encima del lucero de la mañana, porque eso es un lucero, pa que usté se entere. Pero lo que dice uno: ¿Pa qué? ¿Pa jacé sopechá de la horader de uno? Cuantito me vieran a mí con una prenda de esos dineros, que mar rayo me parta si no habían de creer que era mar venía. Conque, ánimose usté, que er que no se anroja la má no pasa. Le echa usté los carzones encima y ya está usté de güerta, espues e darle la güerta ar mundo.

.

El trato se hacía o no se hacía, claro que en la tercera parte de los cuarenta y cinco machacantes, porque el mismo panegirizador de la yegua se encargaba de tirarla por los suelos delante del vendedor; eso sí, guiñando el ojo al marchante para que viera que eran «calurnias» las tachas e imperfecciones que al animal sacaba; con lo que el vendedor lo largaba por lo ofrecido, aunque a regañadientes... Y apenas, apenas quedaba el trato hecho, cata otra nueva mercade-

ría en el mercado, y el vendedor ejerciendo de chalán, y el excorredor, de amo.

Una vez que formaron rancho aparte para una feria de San Miguel, quiso su mala fortuna y triste hado que no hiciera ninguno de los dos el menor negocio durante los tres días de Dios, cuan largos fueron. Y al confrontarse aquella tarde, a la bajada del puente de Triana, camino de sus respectivos cuchitriles, moquicaídos y apabullados, conociendo cada uno en el continente del otro todo lo desolador de la catástrofe financiera que sobre ellos gravitaba por igual, detuvieron el paso, se saludaron a lo compadre, tocándose al sombrero, y empezaron a «cambiar impresiones».

—¿Y a qué fué Antón a Graná? ¿A na?

- -A naranjas e la China, compare. A naitita der mundo. Jablá más que la Biblia, andá más que... er marqué de loj Ande... ¡misté lo que andaré esa criatura, pa que le haigan puesto er Marqué de loj Ande, y

M'asomé a la muralla,
Respondió er viento!.

¿Y usté?

—Tres días con ser cutivo, lo que se dice cutivo, comparito e mi arma, a reó de un arma mía que quería un rucho de oro por una toná. Y lo que yo le dije, ya amoscao: «Caballos e oro hay. ¡En tititas las baraja que usté veal! Ruchos e oro... ¡como no sea usté!» Y me endiñó una gofetá, compare, que misté... ¡Atientusté! Un melón de la Isla, ¿no verdá?, y eso que vengo ya de la casa e socorro.

—Po eso no pué queá asín, compare. ¡Acostármó nosotros ar remate e una feria e Sar Migué, sin habé cambalacheao ni una cochina jáquima? Eso es un escrérito pa los do. Eso es como si a un generá con mando en plaza le quitaran la espá y lo sentaran en el Artozano a jacé carceta. Mosotro e semenesté que no nos acuéstemo esta noche sin jacé argún trato.

—¿Y qué vamos a tratá? ¡Como no trátemo de suicidiarno!

—No, señó: que mientras haiga Dios tié que habé misericordia. Mientras nosotros estemo en er mundo, tié que habé trato. ¿Vamos a cambalacheá... aunque sea los camisone que tenemos puesto?

—Si e razón, que se jaga. Pero que coste: que no valen arrepentimiento. Er mío, ya lo estasté viendo: coló de Mahón con listas verde.

—Y er mío blanco, con chochos negro.

—Po na: cá mochuelo a su olivo. Usté me manda er suyo con su chorré y arrecoge er mío, y a quien Dios se lo dió, que San Pedro se lo bendiga.

—¡Chipé!

Y Rafaé se fué a su casa y se quitó su «pretesta», que no era más que un pretexto para ponerse unos cuantos botones todas las mañanas. Aquello, más que camisón, era un dedalo de zurcidos y una criba de agujeros. Lo envolvió, dejándole para fuera lo más sano, y lo mandó con un churumbel de asfalto a casa del compadre.

—Que allegaste. Que arrecogiste el lío que la comadre te dará. Entonces le arrías tú éste, y a juí pá casa, y asín te llamen con clarinete como a los mataore, cudiao con gorré la vista pá mirá, que te va a jacé mar de ojo. Y nájate ya de aquí, que mientras no des la güerta, no pueo vestirme.

Y fué y vino el churumbel en lo que canta un gallo. Pero... ¡oh, desilusión de las desilusiones!... trayendo una pechera, relativamente remozada en... una cosa que habría sido camisón—yo no lo niego—, pero que, pasadas por el tinte las rayas verdes, tenía tantas rasgas, como listas verdes tuvo en su tiempo, unidas las restantes—las de color de Mahón—en el repulgo del trapense y por los dobladillos de los faldones.

Cuando Rafael vió aquello en su poder, cogiendo el envoltorio de cintajos debaïo del brazo y echándose sobre los hombros la chaqueta, echó a correr a casa del compadre, que se relamía de gusto con el negocio.

—Oigasté, prenda: ¿Está er compá Gra-vié?

(Este, «pianíssimo», desde el cuarto de vestir) —¡Que nó! ¡Que me he díó mu lejísimo y que no gorveré jasta la Vigen d'Agosto!

—No, señó. Ha comío a la carrera y ha salío estempairao pa no sé aónde.

—Po lo siento, créalo usté: porque tenía que jacerle una pregunta.

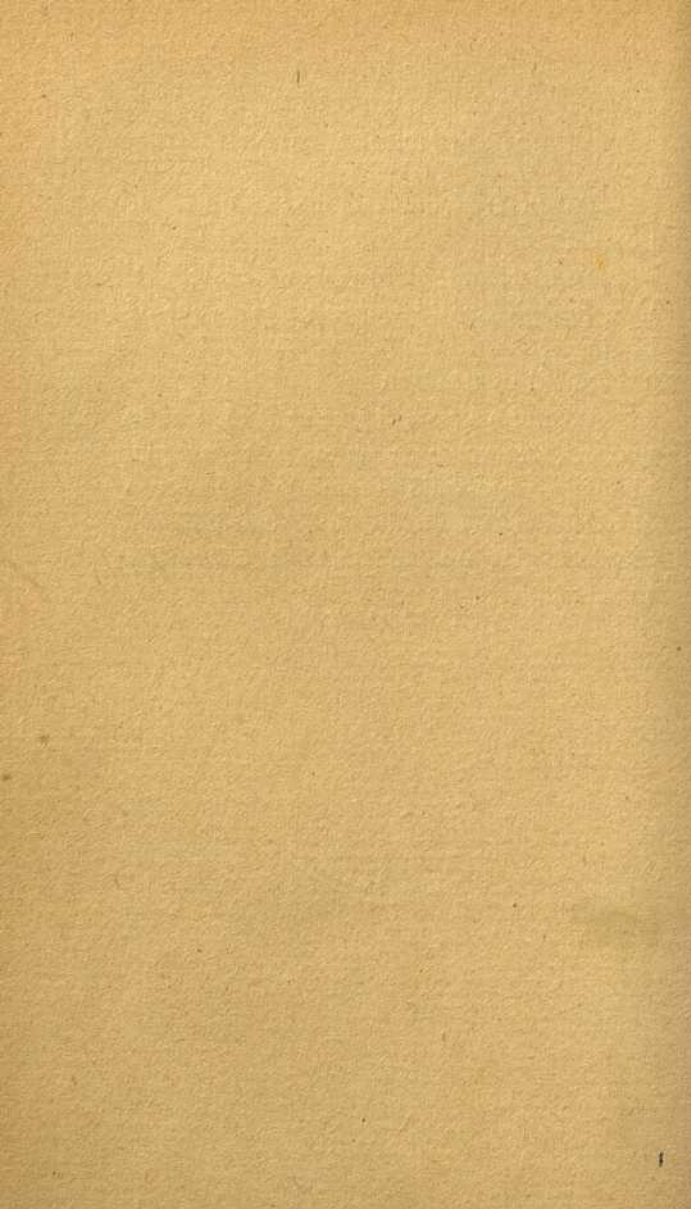
—Po yo creo que esta noche quizá no güerva.

- -Po lo siento, porque era de interé Y usté ¿no piensa de escrebirle jasta que dé la güerta?

—Singún y conforme.

—Po me va usté a jacé er favó, por lo que sea, de escrebirle de mi parte preguntándole —y extendió el camisón y se lo puso al trasluz a la comadre—por cuá bujero... mardecío hay que me meté la cabeza pa ponérselo.







Lección de ortografía a domicilio

Libreme Dios, punto menos que de vivir y morir en pecado mortal, de caer en la tentación de poner en solfa con mis literaturas a ninguna persona particular y concreta, y muchísimo menos aún que a persona determinada, a ninguna institución o clase, para las que todo respeto me parece poco.

Pero es el caso que, para que el hecho histórico que nos proponemos relatar tenga el sabor y ambiente y donosura y gracia que realmente tiene, es de necesidad imprescindible citar la clase social a que pertenece el protagonista. Por donde empiezo

por pedir perdón a la sagrada institución del Magisterio, ya que a un individuo de su seno hay que sacar a la vergüenza pública.

No zaherimos a los maestros de escuela: conste y reconste. Es la maestra de la escuela de niñas de Jaral del Duque, pueblo del mapa de nuestra imaginaria Andalucía, quien acaso, y sin acaso, resulte un tanto mal parada. Basta de exordios, y al grano.

Era la tal maestra de lo más presumido y relamido que ha logrado en este mundo título literario: engreída con el «Don» que aquél lleva anejo, como pudiera estarlo de su tratamiento de Alteza el príncipe de sangre real, que fuese más vanidoso.

Eso de que en el pueblo se llamasen las hijas del cacique las Fernández, a secas; la heredera del mayor terrateniente de la provincia, Lola Gutiérrez, pelado y mondado; Pepita Pinto, la sobrina del cura; Matilde, Concha y Paca Zamorano, las tres del médico; Curra Venegas, la del juez; las boticarias, las dos del farmacéutico, y en tanto ella, ¡pero ella sola!, se llamarse doña Luz, cosa era que sacaba de quicios su vanidad nativa, estimando en indeciblemente más su

dictado de doña, que toda la posición social de todas reunidas y todas las fortunas conglomeradas de todas ellas juntas... ¡Ahí era un grano de anís llamarse doña Luz!...

Ni era éste solo el punto de apoyo del eje de la desatentada rueda de su vanagloriarse. El eje, que por un lado se apoyaba en el doña, descansaba por otro en su hermosura de mujer. Era muy linda

¿Qué tiene de particular, por consiguiente, que la diera de guapa, si realmente lo era, siendo así que hasta las menos favorecidas por la Naturaleza se creen irresistibles? ¡Bendita la Providencia, que ha otorgado a las feas el consuelo del amor propio!

Mas, con presumir nuestra protagonista de prendas y partes, desde la cabeza hasta los piés, donde era cosa que perdía el tino era en las manos: blancas y tersas como hojas de jazmín, menudas hasta la inverosimilitud y de dedos rechonchos por su base y afilados y respingones por las puntas...

¡Lo que aquella criatura se las llevaba a la cabeza para alisarse el cabello, sin maldita la necesidad; a la garganta, para perfilar se el encaje de la gola, aun estando en su

punto; al boa de pieles, para peinar los ricitos de la mongolia... imitación, o a la cadenilla de oro que le pendía del cuello; para jugar con las medallas!... ¡Lo que ella accionaba, sin haber para qué; lo que comparaba todas las cosas—«con este dedo»—y enseñaba el meñique—; «como mi puño»—y cerraba la mano y la mostraba—; «tamaño así»—y juntaba las rosadas puntas de los dedos de las dos y ahuecaba la cavidad que había entre las dos palmas!

Pues, ¿y dónde me dejaba usted cuando cogía la guitarra y se ponía a hacer piccicatos con el anular y el meñique o falsetas con el índice...y a bajar y subir toda la mano sobre los trastes, si no era que se paraba a lo mejor de la tocata para apretar una clavija con que afinar una cuerda? ¡Antes se Pararía el ritmo de su corazón, que quedar quietas aquellas manos!

En uno de los viajes que hizo a Sevilla, húbose de mandar hacer un traje de paño azul marino, con cuello y bocamangas de piel, que era el rigor de la moda por aquel invierno. Y, como la modista le aconsejase, como complemento de la «toilette», unos

guantes color de paja, con cadenetas negras, hétela, sin pérdida de minuto, ante el mostrador de la guantería.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—¿Me hace usted el favor de unos guantes color paja, con cadenetas negras, como para mí?—Y puso sobre la caoba de la tapa el idolillo de sus manos.

—¡¡Encantado!!—contestó el dependiente, que era de los que habían entrado en la moda de encantarse por todo.

Y fué y vino en un verbo.

—Aquí los tiene usted.

Nuestra protagonista, a quien, como buena cursi, no le cabía en la cabeza que pudiese «vestir bien» unos guantes holgados, a través de cuya holgura las manos se dibujasen, dejando adivinar todas sus perfecciones; sino que los quería ceñidos y astillantes, para que si la mano era como dos, resultase como uno, aunque quedase inflexible y rígida como un mango y con los dedos abiertos e indómitos como dientes de biello, escogió el más pequeño de los distintos pares que había sobre el mostrador y

se empezó a calzar el de la mano izquierda, que se le entró por él como Perico por su casa.

—¿Pero qué guantes me ha traído usted aquí?—le dijo al dependiente, mostrándole la mano enguantada y señalándole con la desnuda todos los arrugones que hacía la piel—: ¡Esto es para un gigante!

—¿Para un gigante, señora?—replicó el dependiente acentuando lo de gigante, por parecerle una andaluzada.

—Sí, señor; ¡para un «gigante»!—recalcó la maestra de Jaral del Duque. Y, acordándose de que era maestra, y no pudiendo tolerar en su pundonor profesional el que se la pudiera coger en un renuncio, añadió, moviendo la cabeza de arriba abajo, como quien dogmatiza: —¡Ya sé que se dice «gigante» y que se escribe con hache!





La madre de ésta

A pesar de todo lo que se pregona nuestra sangre latina, tengo yo para mí que la que discurre por nuestras venas, más que del hijo de Venus y de Anquises, es sangre de Abraham, ya haya entrado en nuestro torrente circulatorio por el lado de Isaac, el de las bendiciones, ya por el de Ismael, el del repudio.

Venga o no nuestra sangre de Eneas el Troyano, o del Amigo de Dios el Patriarca de la Mesopotamia, nuestras costumbres tienen más de judías y de moras que de etruscas, y si no, ahí están como atestado fehaciente los «mortorios» de mi pueblo, que

hacen recordar el «*planctum magnum*», el lloro grande, que hicieron sobre el cadáver de San Esteban los fieles de Jerusalén en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Los «mortorios» de Hinojos, cuando yo me criaba, venían a ser un tácito desafío entre todas las parientas del difunto, ninguna de las cuales quería quedarse atrás de la otra ni en gritos, ni en hipidos, ni en lamentos, ni en ayes; sino, antes, echar la pata a todas, así en lo desgarrado de la tesitura del gemir, como en lo largo e inacabable del plañido.

Sin perjuicio de soltar el trapo, siempre que entraba en el duelo cualquier pariente cercano o cualquier amigo íntimo del difunto, había tres momentos culminantes: tres instantes obligados, en que se echaba el resto. El de la muerte. El de la entrada del ataúd en la casa mortuoria. El de la salida del cadáver para el cementerio... ¡Santo Dios, y la que se armaba, sobre todo en este último! La que no quedaba ronca no quería ni a la camisa que tenía puesta.

La manera de llorar solía, a las veces, ser oratoria, o sea: haciendo del finado algo así

como un boceto de oración fúnebre, como por ejemplo.

—¡Ay, pobrecito de mi arma!,... ¡tan regüeno!,... ¡tan trabajaorcísimo!,... ¡tan pa su casa!,... ¡porque er próbecito mío no tenía ni día ni noche!... ¡¡José, que te estás matandol!... ¡que la vía que te estás dando, no digo yo a un cristiano, ¡a un mulo e noria!, es capá de darle la puntilla!... y ¡miá tú si me salí con ella! ¡ahí está entre cuatro vela, como er Seño der Santo Intierro!... ¿Cómo había él en er mundo de dí a feria e la Parma sin traerme de mis avellanas... de mi arfajó... y de titito lo que Dios crió en er mundo, porque era pa vé cómo traía aquellas arforja, que eran el arca de Noé de cosa..., de sus panderetita pa sus niña y de su carrañaca pa su Pepe?... Po ¿y cuando iba a Sevilla, y él de su pan blanco pa sus hijo y de su pañuelo de sea pa su Brígida, que tengo tres sin estrená, guardaos en mi arca... ¡En fin! ¡¡jasta una talla verde pa el tallero, con cinco merengue, uno pa ca uno, pa que en su casa no se escaeciese de nal... ¡Ay, Madrecita mía der Valle, y qué pena tan grande, y qué soledá tan regrandísima!... ¡Y

aluego dicen que la pena mata! ¡Mentira y rementira! ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...—y así sucesivamente.

Con no ser cosa del otro jueves las lamentaciones por el estilo, las más corrientes y molientes, sin embargo, eran las que llamar pudiéramos jaculadas, o sea: las que se reducían a un «ay» acompañado o seguido de una frase, bien repetida hasta la infinitud, bien con ligeras variantes. Ejemplo al canto:

—¡Ay mi hijo de mi arma!... ¡Ay mi hijo de mi corazón!... ¡Ay mi hijo de mis entrañas!... ¡Ay mi hijo!... ¡Ay mi Currol... ¡Ay mi hijo de mi arma!—

Con esta particularidad, muy de sentido común después de todo: que cada lamentadora, habido en cuenta su parentesco con el difunto, ceñíase en el momento de llorarlo al grado de consanguinidad o de afinidad que con él la ligara; cual si todos los otros parentescos del muerto con las otras, o no existieran para ella en el mundo, o creyera que debía dejarlos intactos para que fueran siendo llorados por las restantes.

Y sucedió que murió en una choza del Cortinal una mujer natural de Almonte, re-

cién avecindada en Hinojos, donde se había establecido con una tiendecilla de quincalla, sin más familia en el pueblo que pudiese llorarla en el amargo trance de su sepultura, que una hija, de hasta unos veinte años, «viajante de comercio»: quiero decir: que vendía, a domicilio, agujas finas y alfileres, corchetes y botones, a cambio de pellejos de conejos y liebres, que era la unidad monetaria.

Murió la buena mujer, y sólo su pobre hija la lloró al cerrarle los ojos y al depositarla en el ataúd, con la ayuda de unas caritativas mujeres de la vecindad. La hora del entierro se venía encima, y la huérfana no podía resignarse a no tener quien la acompañase en sus lamentos por la malaventurada autora de sus días. Entonces se acordó de una muchacha amiga suya, que acababa de revelarse como una plañidera formidable con motivo de la reciente muerte de un hermano suyo, que había sido destripado por un carro, hasta el punto de haber juntado gente a la puerta, así por lo bien timbrado de la voz, como por la calidad o volumen de la misma, amén de lo elegíaco

de las imprecaciones al destino y lo diti-rámbico y apologético de los apóstrofes al malogrado mozo:

—¡Hermanito mío de mi armal... ¡Lú de mis ojo!... ¡Alegría de mi portál... ¡Pa casarse estas Pascua... con tus dichos tomáo y tus tres amonestacione ya corría!...

La huérfana de la almonteña, repito, se acordó de la amiga y la mandó llamar.

—Mujé, que vayas allá, que está la infelí mu solita en er mundo y es una obra de caridá.

—Disle que esty lavando y con er colao jirviendo. Pero que vy a encanastá, en lo que canta un gallo, y ya esty allí.

Aligeró la faena cuanto le fué posible, y poniéndose la saya y tocándose el mantón, se plantó en dos zancadas en la casa mortuoria.

Su abrazo a la doliente, con su correspondiente gimoteo, como para hacer boca, y a sentarse junto a ella a esperar la llegada de la parroquia para la conducción del cadáver.

No habían pasado veinte minutos, y el canto del sochantre a la puerta de la choza.

Cuatro vecinos se agarraron a las asas del

ataúd, y el desgarrador alarido de la hija de la muerta:

—¡Ay mi madreeee!... ¡¡Ay mi madre, de mi corazón y de mi armaaaa!... ¡¡¡Ay mi madre de mi vía y de mi corazón!!!...

Y la invitada, conociendo que era la hora, se aparejó a plañir. Para ello levantó la cabeza, enderezando el cuello, a fin de que el lamento resultara con toda su brillantez. Se puso cada mano en la cadera correspondiente, como para reforzar la caja sonora de donde tenía que brotar la partitura, y tras una aspiración de gigante, prorrumpió en un ¡ay!, en sí bemol, que atolondró la choza y ensordeció el Cortinal.

—¡Ayyyyyy...—y se llevó sosteniendo la nota sus cincuenta segundos largos de talle, durante los que recorrió, mentalmente, todos los grados de parentesco que la pudiesen unir con la difunta. Y como viese que no era ni su abuela, ni su madre, ni su hija, ni su hermana, ni su prima, ni siquiera su madrina, ni su chacha... terminó su lamento con la única frase que se le ocurrió para seguir repitiéndola hasta que el entierro revol-

vió la esquina, cada vez más fuerte, cada vez más agudo, cada vez más desgarrado:

—¡Ay la madre de ésta!... ¡¡Ay la madre de éstaa!!... ¡¡¡Ay la madre de éstaaa!!!...





Resolución de un caso de conciencia

I

Llamábanla en el barrio la Getrue, y era viuda de Sacramento Vargas, y de oficio prendera. Guapota, frescachona, a pesar de su medio siglo de andar por este valle de lágrimas, era un ejemplar de gitana, que merecía un retrato de Gonzalo Bilbao, y tenía una labia y un trasteo y un garabato y una sandunga, que se llevaba de calle al señorío y dejaba boquiabierta y turulata a la «pro-bea» de su parroquia. ¡Había que oirla!

—Misté, señora: ¡misté qué jechizo de

mantilla de blonda Gallaruzal Mércasela usté a la niña pa cuando se vista de largo, y la tié usté casá con un título de Castilla aquella mesma Semana Santa. Setenta duro, como setenta sole, me estuvo ofreciendo antié la baronesa de Torremocha, y jasta me eché a reí der disparate, en una señora de prencipio, y me dije digo: ésta la arrecoto yo pa doña Blanca—la interlocutora—y anda y que se toque la baronesa er mantigallo der borrico der tío de la hortaliza.

O bien: —Miá, Pastora, qué vestió Imperio pa tu Corá. Titito é de raso liberty, y sin estrená, como el otro que dice. Miá qué moña, ¡miá qué moña arrecorgando con más gracia, y miá que pecherín. titito é bordao de antejuela! ¡Y tó por siete duro, na má; lo cuar que por sé pa tí, no van a ser ná más que napoleone! De mó y manera que e semenesté que se lo merques a la Corá, pa cuando ebute de copletista. ¡Hija: qué suerte tan regrandísima la que te se ha entrado por las puertas con esa criatura! Antié lo estuvieron diciendo an cá don Jorgue, er que le da leción: que tiene er Panco e España en los tragaeros la confiscaísima de la

zagala... ¿Que no me lo pué pagá en el ite? Po te lo llevas a dita, que amigas semo y la amistá e semenesté que se conozca; pero lo que toca este jardín de flore, éste, primero lo echo a la fragua de mi Alifonso que ponérselo otra que tu Corá. ¡Y que no arre-lumbran na las antejuela!...—

Prendera y ditera y hasta ladrona, si a mano venía, había tenido, sin embargo, una educación muy esmerada. Habíase educado nada menos que en el Colegio que tienen en el Valle las Religiosas del Sagrado Corazón.. claro está que en la clase gratuita, con la que tanto bien hacen por toda la populosa barriada de San Román. Allí aprendió a leer y a escribir, nociones de Gramática y algo de Aritmética, y lo que vale más que todo eso: a conocer a Dios y a familiarizarse con las prácticas religiosas... siquiera al andar de los años fuéralas dejando en desuso, absorbida por el vórtice de las ocupaciones domésticas, pues hubo de casarse no bien cumplió los quince, con Sacramento Vargas, que tenía una herrería en la calle Verónica, y que le dejó al morir siete... cajas de betún: o sea siete churumbeles, más voraces que el

cuervo de Prometeo y más negros que el revés de una caldera.

¿Qué hacía ella, Getrue, para sacar adelante aquella pollada, sino menearse desde que Dios echaba sus luces hasta que las recogía, hablar a destajo y mentir por vitalicio y enredar y trampear y procurar pegársela al «sursum corda» en su oficio de calentera, primeramente, y de prendera y ditera, después?... En fin: que los vió a todos siete hechos hombres y mujeres, y en vísperas de casarse uno de ellos, un gitano como un hastial. ojinegro y pelinegro y «omninegro», como su padre; pero guapo y bien plantado y garboso como ella misma, que se llevaba de calle a toda la gitanería femenina de la calle de Arrebolera y de todas las adyacentes a la Puerta del Osario.

El chico hacía una boda punto menos que principesca. ¡Ama de rancho en la Fábrica de Tabacos, por cuenta propia, e hija del amo de la taberna del Coliseo! ¡La Mare e Diól...

La Getrue se volvió loca con el casorio. Le regaló a la nuera un almirez de familia y

un rosario de filigrana y azabache, que tuvo que llorar por perdido la señora que se lo había confiado para la venta... ¡Ah, ya, sí; se me olvidaba!: y un par de cubremacetas de barro de Triana, revestidos de pedazos de platos y de tazas, pegados con cemento! —¡Hija, pa tl! ¡Pancima de tu cómoda!... ¡¡Anjolá pudiá darte la corona de la Vigen de los Reyel!—Y decía verdad.

II

—Miá, Sacramento, hijo mío, que tiés que confesá. Que es ley de Dió que se confiesen los cristianos pa casarse. Los judíos y los animales son los que se casan con tós sus pelos y sus lanas... Y titito lo que haigas jecho en er mundo, que se lo espetes ar Padre cura, sin ocurtarle ná: que, como decía mi madre que esté en gloria:

«Si fistes a confesá
y argún pecado callaste,
Bien puedes asegurá
Que peor saliste que entraste...»

¡¡un sancrilegiol!

Y aluego a comurgá: a recebí la Hostia, que es er Niño de Dió en carne humana, ¿te enteras?... ¡No vayas a comé ni a bebé endeje que te alevantes, que eso hay que jacerlo en ayuna, porque si no, es pecao, pero pecao mortá. . y sancrilegio tamié!...

Y llegó la mañana del casamiento. Como el almuerzo de después de la ceremonia nupcial había de ser en casa del novio, por cuenta y riesgo de la madre del mismo, la Getrue se levantó con estrellas para ir a la plaza de la Encarnación por tres o cuatro kilos de menudo de vaca, que sabía guisar con todo el salero del barrio de San Bernardo y que era el gran «menú» con que se proponía deslumbrar a sus futuros consuegros.

Saltó de la cama; dió un par de zama-reones al novio para despertarlo; le sacó la ropa «güena» del baul y le trajo un cubo de agua para que se lavase la patinada jeta, y repitiéndole lo de:

«Si fistes a confesá

Y argún pecado callaste,»

se echó sobre los hombros el mantón de fle-

cos, requirió el canasto de la compra y salió disparada como una flecha camino del mercado.

Cuando, hecha la compra, volvió a su casa, lo primerito con que se dió de cara fué con el animalote de Sacramento, comiéndose, en compañía del padrino y de otros invitados a la boda, una rueda de tejerings que no la saltaba un galgo, entre tragos y más tragos de aguardiente...

—¡¡Mardita sea tu madre!!... ¿No te dije, animá, que no comieras ni bebieras, que tenías que comurgá y eso era semenesté jacerlo en jerga?? ¡Ea! ¡ya hoy no pué sé er casamiento, sino jasta mañana, si no metes la pata como hoy, mulo, remulo, que lo que era semenesté que te partiera un rayo...! Y díme tú a mí qué me jago yo ahora con estos cuatro kilos e menúo, compraos pa armozá, ¡y con los calorazos que están jaciendo, que tó se pone manío al istante, y no quió pensá en más gastos, andispué de lo que tengo ya gastao a !a hora ésta, que le anda ar reó a los tres napoleone, y tó por mor tuya, no reventára como un triquitraque elante e mi vista, pa llevarme a la se-

portura ese consuelo!!!... ¡Anda ya pa la ilesia, so mulo en piél ¡Y cudiao y retecudiao cómo se enterá ni er Pastó de la estogame-ra que llevas de calentitos y aguardiente!... ¡¡y que no es mu reescandaloso el mardecío!!

III

Y se fueron novio y padrino, amigos y allegados a casa de la novia, para, una vez recogida, con su acompañamiento respectivo, irse todos en amor y compañía a la parroquia, para proceder al casamiento.

La Getrue se quedó en sus lares para el arreglo de «sus salones» y la confección del «menú.»

No bien había puesto a la lumbre la olla del menudo, revivió en su memoria el recuerdo de lo que le habían inculcado las buenas monjas acerca del ayuno natural como requisito imprescindible para acercarse a la sagrada Mesa, del que sólo los pobrecitos enfermos estaban dispensados, y eso, por la mucha caridad de nuestra Santa Madre la Iglesia; que no quiere que se vayan al otro mundo sin viático...

La palabra «sancrilegio» pasó por su mente, y la conciencia empezó a morderle por haber empujado al reanimal de su Sacramento, a que fuera a recibir a Dios, harto de calentitos y de aguardiente hasta los topes.

Luchó como una amazona consigo misma, o mejor: dejó que luchasen dentro de ella sus intereses humanos de madre y de consuegra y su instintivo horror al sacrilegio... Y como la primera papilla no se digiere nunca, la cristiana prevaleció sobre la mujer. Confió el menudo, que empezaba a hervir, a la vecina que halló más desocupada, se tocó el mantón y se plantó en la parroquia, cuando el cura, revestido de roquete y estola, salía de la sacristía con derecha a la capilla del Sagrario.

—Jagasté er favó, Padre de armas—Y se lo llevó detrás de una columna. —¿Han confesao ya los novios, aunque mar pregunté?

—Sí señora; ahora mismo los acabo de confesar.

—¿Y vasté a darles la Comunión?

—A eso precisamente iba al Sagrario.

—Po miusté, Padre. Jagasté er favó, por lo que sea, de dársela ar novio por viático...

—¿¿Por viático, señora??

—Sí, señó, Padre de arma: porque es hijo mío, ¿saboste?, y viene el arma mía, de ca. lentitos y de aguardiente, jasta er gollete.





Metamórfosis no contenida entre las de Ovidio

Acababa de cumplir cuatro años, y empezaba a darse cuenta de las cosas.

Su padre, hermano mío, que reside en el pueblo de donde somos naturales—Hinojos, villarejo del Condado de Niebla, para lo que el lector guste mandar—y que viene con frecuencia por aquí, se lo quiso traer y se lo trajo en aquella ocasión, para que nos entretuviera con sus diabluras y nos deleitara con su charla, salpicada de modismos hinojeros.

Llegados en el correo de Huelva, aseados

del polvo del camino y almorzados a la hora de la casa, el padre, que es muy correcto con su señora, le escribió una postal, dándole cuenta del feliz viaje; y, como al chico le hubiese sabido a poco el coche que los trajo de la estación y quisiese calle y bureo, salieron padre e hijo a poner en el correo la postal y a ver mundo por las calles y por las plazas de esta Sevilla,

«Roma triunfante en su mayor alteza:»

Quien no ha visto a Sevilla no ha visto maravilla.

La primera estación fué al Patio de los Naranjos, de nuestra incomparable Catedral, adonde todo chiquillo de la región tiene que ir «a dejar tarjeta» en la nave del Lagarto y a escuchar la leyenda tradicional o la tradición legendaria de cómo aquel monstruo horrendo se crió por entre los sillares de la Basílica cuando estaba en construcción y cómo, en cuanto los niños son mal mandados, o dicen picardías, o no les dan de todo lo que tienen a sus hermanitos, el lagarto se descuelga de la cadena que lo sujeta a la techumbre, y... ¡cataplún! se los zampa de una tragantada...

— ¡Con... cho! — fué todo el epifonema que se le ocurrió poner en lo supremo del espanto a la vida y «milagros» del truculento bicho.

De allí hubieron de irse a la Torre del Oro, a otra visita obligada de todos los turistas primerizos, sobre todo si son de tierra adentro, a ver el Guadalquivir, lleno de embarcaciones de todos los calibres, desde el gigantesco vapor mercante con honores de trasatlántico, al humilde falucho o la desprovista lancha.

— ¿Y no se junden?...

¿Y a ónde tiene las patas?...

¿Y daónde sale ese jumo?... ¿El agua echa jumo?...

¿Por qué toca ese pito?...

¿Y to esto es de Dios?...

Aquí la contestación del autor de sus días a todas estas preguntas y otras mil más, pues nada hay en el mundo más vorazmente curioso y por ende más preguntón que un muchacho, ni nada más didáctico ni más paciente que un padre que lo sea de verdad, como lo es el ejemplar que tenemos a la vista.

De la orilla del río, para no más cansar a los lectores, enderezaron la proa hacia la calle de las Sierpes, en donde está el correo, cuando héte aquí que, al pasar por la bocacalle de la Cerrajería, en medio de un grupo de chiquillos y de desocupados, y mientras la consorte pedía con una bandeja de renegrida hoja de lata, un húngaro, de greñas enmarañadas y peguntosas, de barba y ojos negros como la noche, puntiagudo sombrero calabrés y raída y estrafalaria indumentaria de pana a listas, haciendo bailar a un oso gigantesco, al isócrono son de una pandereta clueca.

—¡Plan!... ¡plan, plan, plan!...

El chiquillo, zurradito de miedo ante lo corpulento de la fiera, nunca vista en Hinojos, horrorizado ante lo hirsuto de su pelambre, petrificado, en fin, ante lo luengo de las uñas y lo abierto de la boca, se agarró a los pantalones paternos con la crispación del espanto, escondió entre las piernas del padre la demudada carita y a punto estuvo de soltar el trapo a llorar, cual si se le fuese a venir encima aquella inmensa mole de carne y de pelos, de dientes y de uñas...

El padre lo cogió en brazos y lo alejó de allí, diciéndole esas mil cosas que saben decir los padres, para conjurar los miedos de los niños. Le compró un cucurucho de bombones y otras chucherías, pues todo se le antojaba, y cargado de pelotas y carros, espadas y escopetas, emprendieron la vuelta a casa, cuando el chico, terminada la digestión del almuerzo, pidió de merendar.

Por la calle de Francos en derechura de la de Abades, donde en el número 8 tiene el lector su casa, volvieron a escuchar el— ¡plan!....: ¡plan, plan, plan! de la pandereta húngara...

Al chiquillo se le abrieron las carnes con el sonido. Gimió como si tuviese encima las zarpas de la fiera y tendió al padre los brazos abalanzándose a su cuello, con toda la impedimenta de los juguetes.

—¡Plan!... ¡plan, plan, plan!... Y otro húngaro, pero con las mismas guedejas lustrosas y colgantes, igual ropa de pana ajada y cochambrosa, e idéntico sombrero puntia-gudo, la misma barba negra e idénticos ojos de azabache, con su consorte al canto, pidiendo a los transeúntes con su correspon-

diente bandeja de hojalata, haciendo bailar al són de la destemplada mugrienta pandereta a un tití diminuto, microscópico, de color de canela, como el oso.

El chiquillo, que tampoco había visto hasta entonces ejemplares de la raza símica, lo tomó por el oso de la calle de las Sierpes, «venido a menos». Lo miró con los ojazos azules desmesuradamente abiertos, y exclamó ya sin miedo ni susto, pero sí con admiración por lo inverosímil del fenómeno;

—¡Conchol !!!qué chico z'a queado!!!



“La pringaita”

I

Habíase ido al tajo aquella mañana, como solía irse las más de ellas; con las alforjas al hombro, porque no dijera la gente, pero con sólo un pan de a libra en un cogujón, y en el otro... un pedrusco de contrapeso. Los higos pasados de las dos o tres híguerillas del corral habían tenido finiquito y remate desde muy del lado allá de la Pascua del Niño. Las aceitunas en salmuera que se habían podido apañar durante la cogida amargaban todavía más que la retama, y pensar en

otros regodeos, con la invernada de agua que se había venido y la escasez de jornales aneja al temporal, era lo mismo que pedir cotufas en el golfo.

Había sostenido con su madre este diálogo, mientras ésta le aviaba las alforjas:

—¿Qué quedrá una pa sus hijo? ¡amos a vél... Gloria der cielo, si posible fuera, le paecería a una poco. Pero dime tú a mí qué me jago yo con siete reale 'e jorná, y eso er día que lo ganas, pa mantené una casa y tapá ocho boca, ¡ocho boca, que se dicen de una vez!, y un enfermo sacramentao, que, si no fuera por el platito de olla que le manda toas las noche señá María Josefa (Dios se lo pague y se lo retepague) yo no sé qué me iba yo a jacé con ese hombre. ¡Anjolá pudiá echarte morcillas y chorizos, perdices y conejos, natillas y arroz con leche y titito lo mejón que hubiá en er pueblo... Pero, hijo de mi arma, tú lo ves: er cajón de la mesa, como pa que se esnunque un ratón que en er cayera, y si es en la lacena, ¡míalal, con telarañas. ¡Gracia que la comadre ha jecho la obra de caridá de emprestarme dos pane, que son los que ves. Uno, pa que te

lo lleves ar tajo, que onde no entran tajás es semenesté que entren rebanás, y otro pa aviarnos nosotros con él jasta onde arcance. A vé si quíe Dios que pase de una vez esta inverná tan relarguísima, y hay jornales diarios tos los días, y vienen los tomates y las brevas y se jarta una: porque lo que toca yo, créete que estoy traspillaíta 'e jambre y escaecía 'e necesiá, y con tar que prúebai ustede la gracia de Dio, hay noche que me acuesto pudiendo comurgá. Anoche, sin dir más lejo, fué una de ella, pa que te entere... De moo y manera que bastante llevas pa lo que hay, y no me jinques má en er corazón er cuchillo de la Vigen de los Doloré... Toma una perra chica, que es lo único que me quea del jorná de ayé, y compra un manojo 'e rábano pa que engañes er pan. Reservá la tenía pa una sardina jarenque pa tu padre, porque a un enfermo sacramentao no va una a espacharlo con pan seco: pero llévatela tú, que después e to eres er que lo gana, y pa tu padre Dios proveerá.

—No; dejusté la chica pa la sardina de mi padre. A lo justo no llega na. Me contenta-

ré con er pan seco y días vendrán en que cómamo jasta... arró a la valenciana.

—¡Tu boca sea mefa, hijo del arma!

—Queusté con Dió.

Y salió, pián pianito, camino del tajo.

II

Era el tajo una viña, como de tres millares, que estaba abriendo a jornal como «ayudante de campo» del dueño de la finca, que, por trabajar él mismo con el afán y la que-rencia con que se trabaja en lo propio, le sacaba las entrañas al pobre jornalero que cogía por su cuenta.

Con ganas de almorzar, a causa del ajetreo de la caminata, pues la viña estaba a unos tres cuartos de legua de poblado, llegó al tajo rozando con la hora de echar mano a la faena. Ya el amo estaba allí y tenía cavado su liño y medio.

—Güenos días, tío Cristoba.

—Güenas tardes, amigo.

Le dió a mi hombre vergüenza de la indirecta y echó mano al azadón más corrido

que una mona. Se escupió entre las manos para que no se le resbalara la herramienta, y empezó a dar azadonadas y más azadonadas, hasta que llegó la hora del almuerzo. Las once... largas.

Joven—no había entrado en quinta todavía—, con todo el buen apetito, patrimonio de la mocedad y de la salud, estimulado por lo rudo del trabajo, nuestro protagonista se sentó en el suelo y requirió sus alforjas, de las que sacó su pan... ¡Dios! ¡y qué largos se le pusieron los dientes ante lo opíparo y succulento y «heliogabálico» del «menú» que había sacado el amo de las suyas! ¡Ahí era nada lo del ojo! ¡¡tocino entreverado para asarlo a la lumbre, y una naranja!!... ¡Si pudiera él pescar siquiera una pringaita!...

Para hacérselo propicio, a ver si conseguía que tradujese en obras el consejo del Profeta—«frange esurienti panem tuum»: comparte con el hambriento tu comida—, le trajo pasto seco del vallado con que encender la candela... y sopló, y aventó, y se atracó de humo hasta hacer prender la llama en los húmedos sarmientos de la reciente poda, que amontonó sobre el pasto. No con-

tento con esto, fué al pinar de enfrente por una rama de brezo, con la que hizo un asador primorosísimo, y hasta deslió el pedazo de tocino, que clavó en el asador como en la flecha de Cupido 'un corazón amante... Y se sentó a esperar. Podía esperar sentado el infeliz; porque el amo abrió su pan en dos mitades, puso el tocino a la lumbre y, cuando éste empezó a sudar y luego a llorar lágrimas de pringue sobre el rescoldo (con lo que las narices de nuestro héroe se abrían con el desparratacamiento de la asfixia), colocando el torrezno entre las dos mitades del hendido pan, lo apretó y tornó a apretar hasta dejarlo enjuto.

Cortado con la navaja lo pringado, se lo empezó a comer, mientras vuelto el torrezno otra vez a la lumbre, tornaba al lagrimeo, que había de resolverse en otra nueva pringada... Al infeliz testigo se le hacía la boca agua...

—¿Qué es eso? ¿Tú no armuerza?—le preguntó el amo al mozo, al verle con el pan entre las manos, cabizbajo y meditabundo, como un San Francisco de Borja contemplando la coronada calavera...

—¿Qué vy a armozá?... ¿Pan seco, como los perro?

—Po hijo: bien que lo ganas. Siete reale como siete lucero tienen mucho que comé.

—Sí: con una casa e familia a cuesta y un padre enfermo.

—¡Los muchachos como tú espachan con cualquier cosa!... Los viejos y los trabajaos como yo semos lo que es semenesté que nos cúdiemo.

Y repitió la operación de la pringada.

El pobre mozo no pudo más. Y poniendo en la mirada un mundo de humildad... y de hambre, y en el acento ternura como de arrullo, dijo al marrullero viejo, presentándole las dos mitades de su pan de a libra:

—¡Damusté una pringaíta siquiera, que eso no va a ninguna parte!...

—Yo, por mi parte—replicó el muy ladin— como tú quieras. Pero va a ser peó; ¿estás? Pan seco, cuando hay gana de comé, que hay gana de comé, es una cosa mu rica, que le sabe a uno gloria, si a mano viene. Mientra que con cualquier vianda, na má que refregá poncima... po ya ni es vianda, ni es pan. Se le quita ar pan tó su gusto,

que tan gustoso es, y le entra a uno más gana de vianda, que no la hay. ¿Será por no darte la pringá? Pero yo en tu pellejo me lo comía solo y no comprometía a naide, pa despué e tó, ná.

—Po ¿y qué quiere usté?—insistió el mozo—. Yo, es cosita que no pueo con er pan seco. Se me jace una levaúra en la boca y no lo pueo pasá. ¡Anque no fuera más que un refregón con er tocino se lo daba yo de güena gana!

—Piénsalo bien... ¡Piénsalo bien, no vayas a arrepentirte!

—Quien e semenesté que no se arrepienta es usté.

—Yo no me arrepiento nunca de ná de lo que jago. Arrima pa acá er pan, y a quien Dió se la dió, San Pedro que se la bendiga.

—¡Que no vale arrepentirse, tío Cristobal! ¡Que a quien Dió se la dió, que San Pedro se la bendiga! ¿Queamos conforme?

—¡De toa conformiá!

III

Y con el medio pan correspondiente en cada mano, temblando de emoción y relamiéndose de gusto, recibió entre uno y otro el chisporroteante trozo de tocino. Si fué una tentación del ángel malo, o si fué un movimiento «primi primi», cosa es que él no ha podido poner en claro todavía. Lo cierto de ello fué que apretó y reapretó hasta incrustar el torrezno entre las dos mitades, y dando un paso atrás, con lo que quedó la presa de parte suya, y en las manos del amo el asador, echó a correr viña arriba, camino del portillo, como si le persiguieran lobos rabiendo.

—Cuando gorví en sí—le decía a su madre, que le reprendía la mala acción—, ya me lo había comío.





El placer de los Dioses

I

Para que la venganza fuese permitida, como a diestro y siniestro vocifera el vulgo, era de necesidad imprescindible raer de las páginas del Evangelio esta frase inmortal de Jesucristo: «Cuando te abofeteen en una mejilla, ofrece la otra.»

La venganza está fuera del programa de Jesucristo, siquiera esté dentro del código del paganismo.

De haber habido en el mundo alguna vez venganza honesta, habría sido la que tomó

cierto Director-jefe de cierta Fábrica de Tabacos, de cierta capital de provincia, a la que, por llamar de algún modo, denominaremos Hercúlea.

Estaba nuestro jefe, D. Gabriel de Quijano (que ésta era su gracia), sentado ante el pupitre de su despacho, cuando héte aquí el ordenanza, levantando la cortina de la puerta de acceso, y pronunciando con el mayor respeto el sacramental:

—¿Se puede?...

—Adelante—contestó D. Gabriel, sin levantar los ojos de la carpeta ni dejar de escribir lo que traía entre manos.

—Un caballero, que está en la sala de guardia, pasa esta tarjeta para el señor, anunciando que trae una visita para el señor, de parte del señor Director gerente de la Compañía.

—Que pase.—Y tiró la pluma con visibles muestras de mal humor, por venírsele encima la hora del correo y presumir que la visitita le iba a bailar la tarde.

—¿El señor don Gabriel de Quijano?

—Servidor de usted. ¿El señor don Evaristo Santoña y Delgado?

—Servidor de usted... Pero tome usted asiento, señor.

—Cuando usted lo haya hecho.

Y se sentaron.

—Pues... hará cosa de veinticinco días—comenzó a decir el visitante—que estoy en esta ciudad, de profesor en la Escuela de Artes e Industrias y de director-conservador del Museo de Goya. Y al venir a establecerme, sin conocer aquí absolutamente a nadie, como me lamentase con Eleuterio de lo triste que es la carencia de amistades, «máxime» en un carácter apocado como el mío, me dijo, con el tuteo natural entre parientes (pues somos primos segundos): Pues nada: yo te enchufaré con una gran persona de Hercúlea: el jefe de la Fábrica de Tabacos, D. Gabriel de Quijano, caballero e hidalgo como su tocayo el de la Mancha, y hospitalario como un patriarca del Antiguo Testamento.

—Muchas gracias.

—En cuanto te quites de encima el polvo del camino, le haces una visita de mi parte, y no te arrepentirás de haberlo conocido.

—Muchas gracias nuevamente al señor director por las buenas ausencias que hace de mí. Y, aunque no sea más que por no dejarlo por embustero, cuente usted con un buen amigo desde este punto y hora.

—¡Encantado! —Empezaba a ponerse en moda la expresión.

—Bien: ¿y qué tal le va por aquí?

—Pues aparte la soledad y el aislamiento que trae consigo una incardinación tan reciente como la nuestra, encantado materialmente con lo benigno del clima y con lo hermoso de la población. Yo, que me dedico al paisaje, hasta haber hecho de él mi especialidad artística, figúrese el filón que tengo por delante con esas márgenes de ese río y esos rincones de ese barrio de la Judería... esos patios de esas casas de vecinos y esos atrios de esos conventos de monjas... Lo que yo le decía a Laura, que me acompañaba ayer en un paseo por las afueras:—Aquí, con hacer girar un poco el caballete, cuadro distinto...

Y así, sus tres cuartos de hora de charla y parloteo.

Al ponerse de pie el visitante, el visitado,

abriendo un armario de junto al bufete, sacando y envolviendo en sendos papeles de seda dos mazos de cigarros de labor extra, y alargándoselos a don Evaristo, como en arras de su amistad:

—¿Me hará usted el obsequio de aceptar esta fruslería?

—¡Con mucho gusto! Casualmente soy un fumador empedernido, y, como decía Fernán Caballero, la mejor manera de agradecer un dón ofrecido con generosidad, es aceptarlo... Tanto gusto en haberle conocido.

—El gusto es para mí...

Y, en fin, el sin fin de tópicos corrientes en casos tales entre personas de buena educación.

II

—Pues, lisa y llanamente, a reñir con usted. ¡Toda una semana, cuán larga es, esperando el honor de su visita, y el bueno del señor don Gabriel sin acordarse ni del Santo

de su nombre! Hoy se lo he escrito a Eleuterio: puesto que la montaña no viene a Mahoma, quiere decir que Mahoma irá a la montaña. Ya que él no viene a visitarnos, como me prometió, iré yo a ver qué le pasa.

—Pues muy sencillo, amigo don... Evaristo: que este cargo es el atadero de los ataderos, y que aquí no hay vagar los más de los días ni para rascarse la cabeza. Sin perjuicio, por consiguiente, de que yo vaya, cuando me sea posible, a ponerme a los pies de la señora, no me obligue usted, por Dios, a lo de «visita hecha, visita pagada», y redímame de la obligación de corresponderle, porque no es falta de voluntad, sino sobra de trabajo y exceso de quebraderos de cabeza.

—Nada: ¡encantado!

Y su rato de charla de cosas de actualidad, su despedida correspondiente, cuando llegó la hora, y su par de mazos de cigarrros, que empañaban la vista.

—Pero, ¿ésto va a ser siempre? ¡Esto es una gorronería imperdonable!

—Eso no vale ni tres cominos. ¿Quién entra en una iglesia y se va sin haber toma-

do agua bendita? Pues esa es el agua bendita que se usa por aquí.

—¡Jal, Jal, Jal!... ¡Qué gracial!...

III

—¿Se puede?...

—¡Se debe!, que es algo más. ¡Dichosos los ojos! ¡Dichosos los ojos!...

—Pues usted tiene la culpa de que haya etrasado tánto la venida. Como, de venir a ver a usted, hay necesariamente que cobrar las dietas, pues... tiene uno que privarse del gusto de que conversemos de vez en cuando. Los dichosos cigarros hacen de cancerbero.

—¿Conque así?

—Sí, señor.

—Pues, para castigar a usted por su deslealtad de haber dejado de venir lo menos en quince días, hoy tiene usted que llevarse ración doble.

—¡No, por Dios, don Gabriell

—Nada, nada: para que aprenda usted a ser consecuente con los amigos, en cuanto se tarde usted en venir, ¡palmetazo!

Y sus cuatro atados de puros, pero de los que «quitaban como er sentío», en expresión de la maestra Esperanza.

Y hoy porque pasaba por la puerta de la Fábrica, y mañana porque era día de vacaciones en la Escuela; un día porque tenía que hacerle la recomendación de un operario, y otro porque iba a darle las gracias por la jubilación de una recomendada, cada lunes y cada martes, como el otro que dice, tenía don Gabriel la visita de D. Evaristo, teniendo, a su vez, el pobre del visitante que «tragar el paquete» de cargar con los mazos de cigarro...

—¡No había derecho!—frase también en moda.

IV

Pasando días y pasando meses, hubo de ir a Hercúlea, con ocasión de sus fiestas famosísimas de primavera, el Excmo. Sr. Don Eleuterio Delgado, Director Gerente de la Tabacalera. Y, como es muy natural, nuestro D. Gabriel de Quijano se creyó en el deber de cortesía de agasajar a tan ilustre huésped.

Habíale causado un sí es no es de extrañeza a Don Gabriel el que jamás ni nunca hubiésole Don Eleuterio hablado, ni por casualidad, de su pariente Don Evaristo, siendo así que se carteaban frecuentemente, y rara era la vez en que Don Evaristo no le llevaba recuerdos de «Eleuterio», y dióle muy mala espina aquella noche el que el conservador del Museo de Goya no hubiese estado en la estación ferroviaria a recibir a su deudo, habida en cuenta la publicidad dada por los periódicos a la llegada del prócer... Don Gabriel no dijo nada ni hizo nada... Se limitó a reirse en sus adentros, y, si acaso, si acaso, a sonreirse un poco por fuera, como zumbón redomado a quien se le ocurre una chusca travesura...

—Pues, nada: hasta mañana, que vendré por usted para que almorcemos juntos en la Venta del Palomar y demos un paseo por ahí.

—¿Hora? —preguntó el Director

—¡La que usted digal

—¿Está bien a las doce?...

—Convenido.

Y

Y almorzaron en la Venta del Palomar principescamente. En un landó magnífico, claro que por cuenta de Don Gabriel, pasearon por los jardines de los Encantos, y recorrieron luego el barrio de Miralrío, donde visitaron unas fábricas de cerámica famosísimas como pueden ser las de Talavera, Triana y Alcora: hicieron estación en la Casa de Herodes, monumental palacio de uno de los más linajudos Grandes del Reino, y de allí enderezaron la proa hacia la Catedral, tal y tamaña que debieron de estar locos los que la hicieron.

Apeados ante la Puerta de los Olmos, atravesaron la nave del Cocodrilo y entraron en la inmortal Basílica, donde admiraron el «tesoro»; el estupendo San Francisco, de Murillo, y las Santas Perpetua y Felicitas de Goya, patronas de la ciudad.

—Y, a propósito de Goya: ¿Quiere usted que vayamos al Museo de Goya, que creo es notable?

—¡Hombre, sí! Con muchísimo gusto: casualmente lo traía en cartera...

—Pues para luego es tarde.

VI

—Haga el favor de pasar esta tarjeta al señor conservador.

—El señor conservador, que viene de seguida.

—¡¡Tanto bueno por aquí!! ¡¡Tanto bueno por aquí!!

Y, al soltar de entre sus brazos a don Gabriel, a quien había apretujado hasta in-crustárselo, el señor conservador saludó ceremonioso al otro caballero, que, no menos comedido, hubo de responderle con otra reverente inclinación de cabeza.

—¿Qué? —preguntó don Gabriel, con una inocencia como si le chorreara el agua del bautismo.—¿No se conocen ustedes?

—No tengo el honor...

—No tengo el honor...

Respondieron los dos al unísono.

—El señor don Evaristo Santoña y Delgado, conservador de este Museo. El excelentísimo señor don Eleuterio Delgado, ex-ministro de Hacienda y Director Gerente de la Tabacalera...

—Tanto gusto...

—Tanto gusto...

Y don Gabriel, que desde la noche antes había urdido todo esto con premeditación y alevosía, se replegó en sí mismo a saborear a sus solas el placer de los dioses.





La «verdad» de los refranes

I

—Déjeme usted a mí de tópicos y de frases hechas: los niños y los locos dirán verdad, cuando la digan. Pero eso de querer erigir en dogma los refranes, porque Fernán Caballero los haya calificado de evangelios en miniatura, es lo mismo que atribuir a un cualquiera—el cualquiera que los haya formulado—una prerrogativa tan fuera de lo humano como la infalibilidad pontificia. Usted me conoce a mí desde toda la vida. ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—¿Me ha visto usted bebido alguna vez?

—Que yo recuerde, nunca.

—Más todavía. ¿Ha visto usted que yo, ni en las comidas, ni en bautizos, ni en casa. mientos, ni en días de santos, haya catado alguna vez, ¡lo que se llama catar!, ni una copa de vino ni de aguardiente?..

—Jamás ni nunca; y crea que hasta me ha llamado la atención.

—Pues no lo tome a virtud ni cosa que lo parezca. Es lisa y llanamente, que ninguna bebida alcohólica me produce deleite en el paladar ni provecho en el estómago. Y esto, no de hoy, ni de ayer, sino de siempre.

—¿Y qué tiene eso que ver con nuestra tesis?

—Paciencia, hombre: que no está usted cargado de arena. Principio quieren las cosas, y he querido asentar el hecho de mi «abstemia» como «prólogo del drama» que voy a relatarle.

II

Se educaba en Sevilla mi hija Flora, en un colegio de Religiosas, cuyo nombre no

hace al caso, y era Superiora de la casa una monja listísima—jamás confían esos cargos a una tonta—y, aunque fina y educada como una gran señora, y virtuosa como una santa, con gran conocimiento del mundo y de los hombres... en fin, y por remate: que las cogía al vuelo.

En una de las mil ocasiones en que fui a la capital, se me ocurrió llevarme a mi hija Matilde, a que viera a su hermana. Y usted sabe lo que pasa en un pueblo como el nuestro, cuando un chiquillo sale a despedirse de «sus conocimientos» para un viaje así: que la madrina le da una peseta y la abuela seis reales; las tías, dos o tres, y la chacha, uno... En fin: que mi hija Matilde hubo de recoger diez y siete reales y dos cuartos. Venía loca con la colecta.

—¡Mire usted, papásto! ¡Diez y siete reales, y luego, dos cuartos! Dice la chacha que me los cambie usted por un duro, que es moneda redonda.

—Que las demás son cuadradas ¿no?... Bueno, mujer, ¿quién te descontenta por tan poca casa?... Pero voy a hacer más. Te los voy a cambiar por una monedita de veintiun rea-

les y cuarlillo, a fin de que un personaje como tú se maneje en oro.

—¡Uy!!... ¡Mire usted, mamaíta, lo que tengo: una monedita de veintiuno y cuartillo para mí sola!

—¡A ver si la pierdes con esos brincos! Entrégasela a papá para que te la guarde y te la dé en Sevilla.

—¿Y si me la gasta?

—¡Ay, qué chiquilla más confiscada! ¿Gastártela papá, cuando todo lo del mundo le parece poco al pobrecito para traérmelo?... ¿Tú sabes lo que has dicho? Yo que él, no te llevaba ya a Sevilla, nada más que por mala y desconfiada... ¡No te la lleves!

Y la chica, arrepentida como una Magdalena, me entregó la moneda, para desagraviarme.

—¿Verdad, papaito, que me va usté a llevar?

III

Al otro día, a Sevilla, en la diligencia de Huelva, pues todavía no había trenes ni pensaba haberlos... Y a la hora de visitas del día

siguiente, pues se llegaba de noche, padre e hija entrándonos por las puertas del colegio.

Como uno de los menesteres que motivaba mi viaje era satisfacer la pensión del trimestre, después de besar a mi hija y de conversar con ella una pieza de tiempo, hice por ver a la Madre superiora, quien se presentó en el recibidor de alí a poco, acompañada de otra, que ejercía de provisora o secretaria.

Flora, de diez años, y Matilde, de siete, se retiraron a un ángulo del salón, a hablar de mamá y de los hermanitos.

Satisfecha religiosamente la pensión, y las otras mil adehalas de todos los colegios: tanto, de avío de labores; tanto, de piano, tanto, de material de enseñanza, y del uniforme tanto... total: tantas pesetas, religicasas y seglar echábamos nuestro rato de conversación. Había habido por aquel entonces una Misión en el pueblo, y los Padres Misioneros, uno de los cuales era Director espiritual de la Casa, habían venido haciéndose lenguas de mí y de mi mujer, porque, como alcalde que yo era entonces, les había dado todas las facilidades posibles, y, como

uno de los mayores contribuyentes, los había tenido en mi casa, con toda la hidalga hospitalidad con que tratan a los forasteros las personas bien nacidas.

¡Un altar le parecía poco a la Superiora para colocarnos a mí y a mi mujer, como a un San Joaquín y una Santa Ana... aunque en mala comparación.

Aunque la cosa no era para tanto, pues nosotros no habíamos hecho más que comportarnos correctamente, ¡vaya! que me holgaba yo y hasta me pavoneaba de que persona tan fina como la monja y de tan acrisolada virtud me tuviese en tan halagador predicamento...

¡Debilidades humanas, hijas del amor propio!

Las chiquillas, en tanto, hablaban y reían, y se besaban, y tornaban a parlotear y asolazarse, sin curarse de nosotros, ni más ni menos que lo que nosotros nos ocupábamos de ellas. Cuando hete aquí Matilde diciendo:

—¿Que no?... ¡Verás!

Dejó a Flora en el rincón de sus conferencias y, dando saltos y brincos (no sabía andar de otra manera ni otro modo), se plan-

tificó delante de mí con ademán resuelto.

—Papá: mi monedita de veintiuno y cuartillo: que dice Flora que no es verdad; que no es posible que una chiquilla tan chica tenga tanto dinero.

—¿Cómo que no es posible? Aquí la tienes.

Y me metí los dedos en el bolsillo del chaleco para entregársela.

Mas, como había andado con el dinero que llevaba encima para el pago del trimestre, el portamonedas había ido a parar, sin darme cuenta de ello, a uno de los bolsillos del pantalón. Y como viese Matilde que sacaba los dedos del del chaleco, tan limpios de polvo y paja como los había metido, exclamó, con un sarcasmo que era una bofetada:

—¡Sí: aquí la tienes!...

Añadiendo, con un dejo de amargura infinita y de desesperación sin medida:

—¡¡Quizá, «continúas» y mucho, se la haya usted empuerrado en aguardiente!!

Y soltó el trapo a llorar como una corralera.

¡No la maté, porque los padres no matan!...

¡Lo que pensarían de mí aquellas santas monjas!...

¡Conque para que me venga usted a mí con la pamema de que los niños y los locos son los que dicen la verdad!

IV

El corrido protagonista era mi padre.





Agasajo fin de fiesta

I

Cosa es que ni ella misma pudo nunca poner en claro, por más que ahondaba en el examen de conciencia: cuál era de éstas dos su pasión dominante: si su afán por sobresalir y destacarse, sobrenadando como el aceite por encima de todo lo más encopetado y cogolludo de la villa con honores de capital, si su acendrado amor al renegrido ochavo... ¡Era de Puñonrostro!

Y mire usted por dónde, cuando menos lo podía ni sospechar, se le entra por las puer-

tas un conflicto del que tenía que salir, o quedando a los ojos del lugar a la altura de un cochero, o teniendo que tirar por la ventana un puñado de columnarios... ¡Conflicto más atroz, Madre de Guaditoca!

Porque estaba al venir, a pasar una temporada de tres o cuatro días, el antiguo Arcipreste del partido y ex cura de la Prioral, Obispo a la sazón de una diócesis de Cataluña, que, por haberse consagrado en Madrid y haberse ido a su silla desde la Corte, debía esta atención a sus antiguos feligreses.

Idolatrado de éstos, y con razón, hubo un verdadero pugilato entre ellos por alcanzar la honra de darle hospedaje. La viuda de Salazar, primera contribuyente de la provincia, aunque de humildes pañales...; el alcalde de la anterior situación, rico poderosísimo, que quería hacer tragar el paquete a su sucesor en la alcaldía...; éste, que, como cacique de la región, no podía tolerar que su adversario lo dejase apabullado y tamañito...; don Félix Juliá y Romeu, fabricante de conservas de tomates, que apaleaba las onzas de oro y las sabía gastar cuando venía a pelo, y nuestra protagonista, doña Reina de

Reinoso y de los Reyes, que venía por el lado de los Reinosos, de los marqueses de Moraleja, y por el de los Reyes, del conde Pinomocho, como quien no dice nada. Por lo cual, y por estar unida en matrimonio con don José de Pastrana y Arbolodúy, maestrante y calatravo, no podía consentir, en su empingorotamiento de rica hembra castellana que nadie le disputase la primacía.

El señor Obispo, gran conocedor del mundo y que se sabía de memoria las debilidades y miserias de sus feligreses, cortó por lo sano, con la santa diplomacia de los humildes, adelantándose a pedir hospitalidad él propio y mismo a los frailes de la Merced que había en el pueblo, y que excuso decir con cuantísimo gusto se lo otorgaron. Con este parche, por así decirlo, esperó todos los granos de todas las invitaciones de hospedaje que le fueron saliendo, limitándose a contestar a vuelta de correo—era muy educado—dando las gracias más expresivas y anunciando su compromiso, «ya contraído», con los reverendos Padres de la Merced.

Medida tan por el mismo rasero calmó los ánimos soliviantados de las antiguas ovejas

del santo pastor. No habiendo preferidos, no había tampoco desairados; y esto de «todos iguales» es siempre preferible a «yo, no, y ése, sí».

II

Y vino el señor Obispo y se le tributó un recibimiento por todo lo alto. Repiques de campanas y estallido de cohetes...; vuelos de palomas y lluvia de flores...; colgaduras de fachadas y arcos de triunfo...; salvas de escopeteros y acordes de charangas..., y eche usted autoridades y niños de las escuelas, Conferencias de San Vicente e Hijas de María, Hermandad Sacramental y Madres Cristianas, entre insignias de Cofradías y Asociaciones y revuelos de impresos multicolores de una «décima con estrambote», compuesta por doña Eduvigis Recentales, ex profesora de la escuela Normal... y vivas, y escudos de cartón, con letreros «alusivos al acto»... y guinaldas de follaje y banderolas con los colores nacionales, y... ¡bombillas eléctricas, encendidas, a la hora de la lle-

gada del tren—las trece cuarenta y cinco—y romero y poleo y juncia y almoradux, alfombrando el pavimento de las calles, y ríngleras de farolillos a la veneciana, pendientes de los aleros de los tejados...

Quien primero rompió el fuego de los agasajos al ilustre huésped fué el ex alcalde, con una comida punto menos que de corte, la misma tarde del día de la llegada. ¡Lástima grande que se me haya extraviado el «menú», impreso a dos tintas y con el escudo episcopal en el frontis! Pero allá va, en defecto, la lista de los comensales, por orden riguroso de colocación:

Derecha del señor Obispo: La señora del alcalde. El anfitrión. Registradora de la propiedad. Teniente de la Guardia Civil. Viuda de Salazar. Paje del señor Obispo.

Izquierda de Su Excelencia: Señora doña Reina de Reinoso. Sr. don Félix (a) El de los tomates. Señora del juez de primera instancia. Registrador de la propiedad. Señora doña Eduvigis. Doctor Algorta (médico)

Derecha de la ex alcaldesa, que presidía, haciendo el bis al Obispo: Señor alcalde. Señora del Teniente. Señor Registrador. Se-

ñora del notario. Señor arcipreste. Señora de los tomates... vamos al decir.

Izquierda de la anfitriona: Señor don José de Pastrana. Señora doña Rocío Valladolid, (presidenta de las Conferencias, ídem. del Apostolado, ídem. de las Madres Cristianas e ídem del Ropero de Santa Victoria). Señor juez de primera instancia. Señora del doctor. Señor notario. Hija de los anfitriones (esposa del diputado provincial, ausente).

III

La señora doña Reina se quedó bizca ante tanto esplendor y magnificencia tanta. Y no porque ella no estuviese acostumbrada a ver pompas y vanidades, sino porque, económica por temperamento, y calculadora y matemática por educación y hábito, pesó y aquilató hasta lo último el gasto que todo aquello suponía, y aun descontando las existencias de la despensa, no lo pudo tasar en menos de muchísimos cientos de pesetas..... Crea el lector que se le puso carne de gallina.

Porque, como el alcalde dejó invitados a todos los comensales para almorzar en su casa al día siguiente, y la viuda de Salazar para cenar en la suya por la noche; los fabricantes de conserva de tomate, para el almuerzo del otro, y el notario, para la cena, doña Reina y consorte no podían prescindir de quedar a su altura. Y ahí estaba la cosa: que era necesario de todo punto poner el mingo, y hacer, por otra parte, más de lo ya hecho y de lo que se esperaba que los restantes hicieran, iba a salir por un ojo de cara...

IV

—Es que no puedo con estos catetos de pueblo, que no conciben más agasajos a un huésped, que una comida a tentebonete, como si no hubiese en el mundo más que pavos trufados y langosta con salsa mayonesa... ¿Pues dónde me dejas la ordinariez de las natillas, como en una boda de cortijo?... ¿Y qué va una después de todo, a poner en un poblacho como éste? A ver, hombre, qué

se te ocurre que pudiéramos hacer nosotros.

—Ahí está la cosa, nenita mía: que para sobresalir, como tú quieres, era menester encargar al mejor «restaurant» de Sevilla todo el servicio, y esto, sobre salirnos por las nubes, es una cursilería, después de todo. Recurrir al «restaurant» parece que es dar a entender que no se tiene la casa bien montada. Sólo con que la de Salazar lo haya hecho, como se dice, ya tiene puesto el veto para mí.

—A mí se me ocurre un té... que también tiene sus inconvenientes y no pocos.

—¿Inconvenientes?

—Sí, hombre: como no cabe la excusa de la estrechura del comedor, hay que extender el número de las invitaciones, y eche usted y no se derrame emparedados y medias noches, jamón en dulce y bollitos de «foie-grás», bombones y pastas, vinos y helados... y todo ello selecto, o lo que es igual: costosísimo, y todo en abundancia, porque por lo mismo que es caro y desusado, cualquiera le aplaca el buche a tantísimo gorrón como hay por esos mudos. Lo que decía mi madre:

donde menos se piensa salta un gorrón.

—Pues, hija, tú dirás:—añadió el calatravo, ya un tanto cuanto amoscado, como siempre que trataba con su consorte de asuntos financieros,—porque no es cosa de quedarnos con las manos en el seno, después de lo que nos hemos zarandeado en todas partes, como séquito obligado del Obispo. Nobleza obliga, y cada uno se porta como quien es.

—¿Lo dices con segunda?

—Ni con segunda ni con tercera. Sino que donde cae el borrico se le dan los palos, y para eso precisamente es para lo que sirve el dinero: para gastarlo cuando llega la ocasión... ¡Figúrate lo que nos hubiese costado si nos hubiese aceptado el hospedaje!

—¡Ojalá y reteojalá! Porque así nos hubiésemos dado el pisto de tenerlo en casa, y no hubiésemos gastado ni la mitad de lo que nos cueste ahora lo que hagamos. Ni siquiera una comida lleva hecha en la Merced: porque hasta el desayuno lo hizo ayer en las Monjas, y hoy en las Hermanitas...

—¡¡Para haberlo sabido!!

—No me vengas con chungas, que no está el alcacer para pitos, ni la Magdalena

para tafetanes; más valía que me ayudases a pensar y...

—¡Pero no te estoy ayudando? Lo que tiene es que ni Bertoldo encontró árbol a propósito para ahorcarse, ni tú ocasión oportuna en qué gastar el dinero. Lo que debieras hacer es decir lisa y llanamente lo que quieres que gastemos y...

—¡Toma! ¡Como querer, lo que se llama querer, ni medio curo! Ahora, que...

—Pues así, Reina, no se va a ninguna parte. Las cosas cuestan dinero, y el que no quiere gastarlo, que no las haga. Quédate con Dios, que yo me voy al Casino.

—¡No, por Dios, que hay que quedar porra adentro o porra fuera!

—¡Presupuesto, o me largo!

—¡Dalo tú!

—Mil pesetas.

—¡Primero me moría!

—Y no lo dudo yo... ¡La gran idea! Te metes en la cama con un ataque de... miseria fulminante, y...

—¡No me sulfures más de lo que estoy, no me sulfures! Y si ni para esto sirves...

—Que esas son palabras mayores, señora

doña Reina, y no vaya usted a ir por lana y salga trasquilada. ¶

—¡Como que me dejas sola!

—¡Presupuesto, o a la cama con el ataque!

—¿Está bien... veinte... duros?...

—¿Tú ves? La gente, hablando se entiende; y por ahí debimos empezar. Aun con tan escaso presupuesto, puede quedarse bien, ¡lo que se llama bien!

—¿Cómo, Pepe del alma?

—Pues muy sencillo. Ideando un agasajo de veinte duros. Y se me ocurre uno muy nuevo, muy delicado, y oportuno hasta más no poder, en el que nadie ha pensado seguramente.

—¿Y cabe en ese dinero??

—Y acaso sobre.

—¿¿¿Cuál, Pepe de mi vida???

—Mira: el señor Obispo padece de dispepsia, y, con tanto banquete y tanto «lunch» como se le lleva dado desde que vino, está el pobre, embolado materialmente.

—¡Bueno! ¿y qué?

—Déjame hablar. ¿No te parece, habido esto en cuenta, agasajarlo, el día en que

vaya a irse, tanto a él como a todos los que nos han honrado convidándonos a nosotros, con un... ¡jeal, que no te lo digo, para que te coja a tí misma de sorpresa.

— ¡Dímelo, y no seas chinche!

— Bueno, pues te lo diré. Dado tu presupuesto por una parte, y por otra la dispepsia del Obispo, ¿no te parece que quedarías como quien eres, con un... bicarbonato de honor?...





“Densímetro”

I

Posible es que me cueste un rompimiento de relaciones diplomáticas con el protagonista, cuando vea en letras de molde y sacadas a la plaza pública sus hazañas, porque es de los lectores más asiduos de *El Debate*. Pero no sé resistir a la tentación de hacerlo, «máxime» cuando de ello no va a seguirse nada en contra de su honor; pues, en Dios y en mi ánima, que no tiene pizca de deshonrable el tener lo que se llama por aquí la sangre gorda.

La de nuestro biografiado, a quien, para despistar, llamaremos Frasquito, tiene en todas las estaciones del año, densidad de mercurio. Sirva, si no, de «densímetro» el «histórico» que pergeñamos para *El Debate*.

Acababa de casarse, enamoradoísimo por más señas, con la mujer preferida de entre todas las mujeres, por conseguir la cual había hasta desafiado iras de su familia, y de abrir casa en Madrid, donde estaba empleado en no sé qué Ministerio, haciendo de su hogar un encantado nido.

Ella, enamorada de él hasta casi los linderos de la locura, hizo de su papel de esposa un sacerdocio, de su amor un culto, de su casita un templo y de su Frasquito un ídolo... ¡Luna de miel más pegajosa nadie la vió, ni más empalagosa, por lo dulce, la gustó nadie!

—Por Dios, Frasquito, que te vengas pronto. Que me muero de aburrimiento cuando te vas y de intranquilidad cuando te tardas... Espera: que llevas ladeada la corbata—y se la ponía en su sitio.—Deja, que te has despeinado un poco, con la maña que tienes de rascarte con el mango de la pluma—y

lo peinaba.—Aguarda: que he estrenado el bote de piel de Rusia que me regalaron las de Antúnez, y huele muy bien—y lo traía de encima de la mesa-tocador y le perfumaba la solapa... y le ayudaba a ponerse el abrigo y lo embozaba en la bufanda y le abrochaba los guantes... y—¡Mira que vendas pronto, por los clavos de Cristo, y por Dios y por su Madre no te desabrigues, no vayas a coger una pulmonía!—Y a la puerta del piso, a devolverle el adiós en un sonoro beso... Y a la meseta de la escalera a verlo bajar... Y al balcón en dos zancadas, a verlo ir por la calle... Y sacar el busto y alargar el cuello, para verlo trasponer por la esquina, y... ¡a ver! ¡a ver si había en todo Madrid, ni en el universo mundo, una estampa de hombre que medio se le remedara, ¡ni con milenta leguas!, a su Frasquito de su corazón y de su alma, de sus potencias y de sus sentidos!

.

II

—Vengo malo, Remedios, y me quiero acostar.

—¡¡Ay, Frasquito, ¡por Dios! no me lo digas!!... ¿Pero qué es lo que sientes, mi corazón?

—Una punzada en el costado este, y un malestar tan grande en todo el cuerpo, que milagrito será que no haya pescado una pulmonía fulminante.

—¡¡Jesús, María y José!!

—El airecito de Guadarrama. Viento tan sutil, que mata un hombre y no apaga un candil.

—¡¡Madre mía de los Reyes, qué apuro tan atroz!! Pero a ver: ¿tienes fiebre?

—Yo creo que sí. Este desmadejamiento que me aplana no puede ser otra cosa que calentura... Ayúdame a desnudarme...

Tápame bien.

¡Ajajá!

—¡Isidra!... ¡Isidraa!! ¡¡¡Vaya usted por un médico, volando!!!

—No, no: no llames médico todavía. Dame el termómetro.

—El termómetro y cien termómetros que tú quieras; pero el médico antes que nada... Sí, sí; vaya usted por él, y vuelva usted en un salto.

—No; que vaya a la cocina, y que me prepare un té con «cognac», a ver si sudo. ¡Anda; ponme el termómetro, y sea lo que Dios quiera!

—Pero tira ese cigarro condenado, por Jesús del Gran Poder. ¿Con una pulmonía fulminante, un puro como una tranca?

—Déjalo, mujer: ¿quién sabe si será el último?

—¿Pero tan malo te sientes, Frasquito de mi vida?

—Como que yo no sé qué dará para morir; pero dificulto que sea una inacción y un desplome y un desmadejamiento como el que estoy sintiendo desde que me acosté... Yo creo que es un colapso lo que tengo.

—¿Tú ves?... Por eso lo que aquí se impone es un médico, para no andar a ciegas...

—No te lo quería decir, por no afligirte

más... Pero aquí, desgraciadamente, no vale otro médico que el de arriba... ¡Esto se va!

—¡El Señor de los Desamparados sea conmigo!!

Y claro: rompió a llorar como una loca...

III

—¡Mujer, que me están matando con esos ayes! ¡Ten resignación cristiana, tú, que tan buena eres!... ¡Anda, sácame el termómetro, a ver que marca!..

—¡Cuarenta, con ocho décimas!!

—¿¿¿Cuarenta, con ocho décimas???...

—Y si no, míralo a la luz.

.
—Pero la cosa es, Frasquisto de mi vida, que no estás caliente, para una temperatura tan atroz. ¿Ves? Un poquito más caliente que mi mano. No estaría bien puesto, o no lo bajaría yo bien al colocártelo. Te lo pondré otra vez.

—Haz lo que quieras... Lo que no estaría de más es que telegrafiaras a mi padre, para irlo preparando, por lo que pudiera

ocurrir. Tráete la carpeta... Escribe:... «Frasquito, pulmonía, complicación colapso. Hay esperanzas.»

—¡Por Dios, por Dios, por Dios, que yo no escribo eso!... Deja que venga el médico, y él dirá si hay gravedad.

—¿Más gravedad que cuarenta grados y ocho décimas? Nada, pon el telegrama; yo sé lo que me digo... ¿El té? Tráete el «cognac»... Que se retire esa mujer. No quiero ver a nadie, como no sea al confesor... No, mujer; menos té y más «cognac.» ¿no ves que es a ver si sudo?... Quítame ya el termómetro...

—Creo que está lo mismo. Si acaso, más bien más bajo.

—¡No es posible! Tráelo para acá... ¿Conque más bien más bajo, y marca cuarenta y tres, con dos décimas? ¡Nada, nada: el confesor; y que se traiga prevenido el Santóleo! ¡Esto se va; pero así, por la postal... ¡Qué pena, nenita mía, dejarte tan desamparada en este mundo!... De ahí que a todo trance quiera que le telegrafemos a mi padre... ¡Anda, a ver si me ve vivo, y le encargo que te recoja como a una hija más. Pon otro te-

legrama más apremiante: «Frasquito, gravísimo. Caso desesperado. Tráigase ropa luto.» Y cuando ya haya expirado, para ahorrarle al infeliz el infierno de un viaje preñado de incertidumbres, otro que lo diga todo: »Frasquito falleció tres madrugadas. Entierro, cinco tarde.» Mi padre saldrá a todos los gastos, ¿estás?. Es rico y sabe serlo. No te desampará. El dinerillo que hay en el monte y los títulos de la deuda y el seguro de vida, para tí, lo mismo que las alhajas y cuanto hay. Y no te des a la pena, ni menos a la desesperación... Tras una gran tormenta viene una gran serenidad, y Dios velará por tí y te proporcionará otro hombre que te quiera casi tanto como yo, porque

»Como yo te he querido, desengáñate:
así no te querrán.»

—¡Calla, Frasquito, que me estás asesinando con esas cosas! ¡No! ¡No es posible que Dios desatienda estas lágrimas que me abrasan la cara, ni esta amargura de vinagre con hiel que me está haciendo pedazos el corazón! ¡Dios aprieta, pero no ahoga! ¡¡Un hábito de Jesús por toda mi vida, Padrecito

mío del Gran Poder!! ¡¡Una cruz auestas, detrás de tu «paso», mientras viva en el mundo, aunque tenga que ir de limosna todos los años desde Pekín!!... ¡¡¡Meterme en las Arrepentidas, si es menester!!!... ¡¡¡Todo lo que haya que sufrir en esta vida y en la otra, Santísimo Sacramento del Altar; pero no me desampares en esta aflicción!!! ¡Madre mía de la Soledad, que tan solita y tan sin tener a quien volver la cara te encontraste en el Calvariol ¡¡Por Dios y por tu Hijo Santísimo, compadécete de mí y no me abandones!!... ¡¡Una Misa, pedida de limosna... y descalza... y con el pelo cortado!!!... y... ¡Ea!—exclamó, de pronto, con una exaltación de vidente:—¿No dicen que la fe es la que hace los milagros?... ¡Pues yo creo en Dios Todopoderoso! ¡Yo creo en Jesucristo, su único Hijo! ¡Yo creo en su providencial! ¡Y, en el nombre del Dios de los ejércitos, te mando que te pongas bueno!...—

Y con el rostro iluminado por la fe, pero fe capaz de trasladar los montes, decidida, resuelta, ¡transfigurada!, se acercó al lecho del paciente.

Este, que no la esperaba, se contrarió la mar: porque estaba... chupa, que chupa el puro y con el termómetro en la mano, para hacer con la lumbre subir unos graditos más la columnilla termométrica... ¡Sangre más gorda!...

Y aquella mujer no lo mató, ni nada, ¿sabe usted?

Y lo sigue queriendo.





El cazador cazado

I

¡Vaya si «se las traía» el cabo de la Guardia Civil, recién destinado al puesto de Benazusa! . . ¡Con decir que logró meter en un puño aquella horda de rateros y malandrines, para quienes no había aceituna segura en olivar, gavilla en mies, uva en viñedo, ni fruta en arboleda...!

Al primer aficionado a lo ajeno a que consiguió echar mano y elevar a la categoría de convicto y confeso, lo sometió a esta pena, realmente diabólica: pasearlo «en triunfo» por las calles del pueblo, llevando al hom-

bro lo hurtado y esgrimiendo una campanilla como la del demandante de las Animas, con lo que todo el vecindario aguijoneado por la curiosidad se asomaba a las puertas y se arremolinaba en las esquinas, y haciéndole detenerse de trecho en trecho y gritar con todas las fuerzas de sus pulmones entre la algazara de los chicos y la chungu y el chufleo y la rechifla de los grandes: —¡Garbanzos... robados... por un servidor de usted... en er cercao... de señó José Domíngue...!

Medida tan saludable sembró el terror en el contorno. Y aunque no se extinguió del todo la rapiña ni se desterró el pillaje en absoluto (con el dogma de la libertad humana no puede nadie), la moralidad del pueblo se mejoró en el tercio y quinto y remanente del tercio, siquiera a regañadientes de granujas, y pestes y denuestros y malhayas de todos los devotos de San Dimas... antes de su conversión. ¡Era hombre de pelo en pecho el cabo recién destinado al puesto de Benazuzal

II

Otro de los objetivos a donde enderezó la puntería de su celo fué la persecución sin cuartel de cazadores furtivos: recogiendo en poco más de un mes más escopetas que hojas maneja un vendaval y propinando de camino más *chuletas*, que despacha diariamente una carnicería acreditada...! Pero ¿cuándo se moriría aquel hombre, o se lo llevaría Pateta a donde no se supiera de él ni pelo ni hueso?... ¡Maldita fuera su estampa y malhubiera la autora de sus días!... Pero él, terne que terne, sin blandearse por nada ni por nadie, y mereciendo una estatua ecuestre, costeada por suscripción entre todos los conejos y liebres, tórtolas y perdices de diez leguas a la redonda. ¡Gracias a Dios, autor de todo bien, que se podía vivir por prados y espesuras, sin tropezar con un tiro, cuando menos se pensaba!...

III

Como esos consumados actores que «cuidan», como hoy se dice, su papel, nuestro cabo cuidaba el suyo con el mayor esmero, cifrando lo que llamar pudiéramos su vanidad profesional en salirse siempre con la suya, no pudiendo consentir en su amor propio el quedar chafado en su gestión o burlado en su empeño, haciendo en ocasiones lo inaudito, por conjurar el peligro de una «plancha».

Pero, amigo. huyendo del perejil, le estuvo naciendo en la frente muy cerquita de un mes, en que anduvo persiguiendo por toda la cuenca del Guadamaro, que atraviesa de parte a parte el término municipal de Benazuza, a un cazador de tórtolas, astuto como la serpiente y ligero como el ciervo, que apenas, apenas columbraba un tricornio, o husmeaba un uniforme de civil, se daba a correr desatentadamente por entre matorrales y peñascos, sin que dejara más rastro tras de sí en su veloz huida, que el que deja

en la atmósfera el aerolito que la cruza en la serena noche del estío...—¡Por *vinchale!*

Y esto un día, y otro día y una tarde y otra tarde de todo aquel mes de Agosto, ardiente y abrasador por aquellas Andalucías, como pudiera serlo en los mismísimos arenales del Sahara... ¡Y corriera usted tras él sudando la gota gorda, y más que la gota gorda, los chorreones, carleando como un perro por entre breñas, riscos y barrancos, para venir a quedar por finiquito y remate de tantísima fatiga y ajetreo, con tres cuartas de narices... ¡La del humo!

IV

El cabo hasta adelgazó, no se sabe si de los berrinches, si del ejercicio. El explicaba el fenómeno cuando alguien le acusaba recibo de la cosa, diciendo que «se había puesto a método...»

—Esto no puede pasar de ningún modo —se dijo una mañana al levantarse— y a ese lo atrapo yo, por la buena o por la mala, o me pelo el bigote y me pongo a hacer calcetas con las niñas de la *miga* (escuela).

Y, como el que dispone una batida de caza mayor, distribuyó aquella tarde las parejas que estaban a sus órdenes, en los lugares más estratégicos de la cuenca del río, haciéndolas apostarse y agazaparse y hasta contener el aliento, para unas perseguir y otras aguardar al cazador, en cuanto éste disparase el primer tiro.

Y el cazador tuvo a bien no salir a cazar aquella tarde...

Ni a la otra...

Ni a la otra...

Y aunque otro se hubiese dado por cachi-follado tras lo inútil de tantas intentonas, nuestro cabo, no.—¡El caería más tarde o más temprano! ¿No salía él a cazar tórtolas, y esto constituía su mayor deleite?... Pues él, el cabo, con su mesnada saldrían de cacería de cazadores... Era cuestión de amor propio. ¿Sabía usted?...

V

A las cinco o seis tardes de aguardar en vano, he aquí que suena un tiro en las inmediaciones del Charco-Hondo, predilecto abrevadero de las tórtolas.

—¡Alto ahí!—gritó la pareja del lado del poniente.

¡Alto ahí? ¡Buenas y gordas! El duende se dió a huir hacia Levante, con la agilidad de ciervo, que era la característica de su carrera, pero... ¡viniendo a caer vivito y coleando en la encerrona del cabo, que lo estaba viendo venir hacia su radio de acción y se relamía de gusto, apostado detrás de unos carrizos y de unas adelfas, que espinas y abulagas se le habían estado antojando a su impaciencia!

—¡Alto ahí!—le gritó como un energúmeno, echándose la carabina a la cara y apuntándole a la percha del sombrero—¡Un paso más, y te dejo fritol ¡Venga acá esa escopeta!

—Conque la escopeta: ¿eh?

—Si señor: la escopeta... o la tapa de los sesos: a escoger.

—Es que, antes que la escopeta.—replicó el cazador con mucha calma, ha debido usted (y usted perdone) exigir la licencia.

—Pues bueno:—contestó el cabo, con una sonrisa de chacal hambriento y llevándose la mano derecha a la altura del trico-

nio en ademán de saludo:—¿Tiene usted la amabilidad de mostrarme la licencia de armas de fuego y caza?

—Si señor: con muchísimo gusto... A ver si es como esta, la que quiere usted.—Y, metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, alargó al estupefacto cabo su licencia en forma.

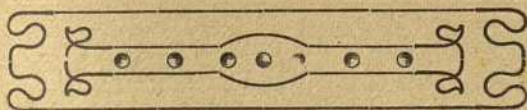
—Pues entonces... ¡alma mía!—replicó el cabo, más corido que una mona:—¿por qué regla de tres corría usted como alma que lleva el diablo, en cuanto nos columbraba por ahí?

—Pues... porque a la perrita le da susto de los tricornos... ¿No es verdad, *maver*? (1).

Autores hay que lo niegan. Pero haylos que sostienen a piés juntillas, que repercutió en los aires algo así como el chasquido de una de cuello vuelto.



(1) Expresión de cariño, equivalente a madre, usualísima en la región.



Al César, lo que es del César,
y a Dios, lo que es de Dios

I

Con razón era amado por sus alumnos, con aquel amor entusiasta, casi rayano en la idolatría.

El consejo de Horacio, relativo a la moción de afectos en el auditorio:— si quieres que yo llore, primeramente ha de dolerte a tí mismo—se le puede aplicar y nosotros se lo hemos aplicado siempre al amor de amistad. Quien quiera ser amado por quien no sea su padre ni su madre, que esos aman por instinto de la naturaleza, ese tiene que

amar por adelantado, o que fingir que ama.

Y el bueno de don Ernesto, profesor de latinidad en aquel centro docente, empezaba por amar a sus discípulos, desde el día en que por primera vez pasaba lista en cada curso, como si al pronunciar el nombre de cada cual, fuéralos engendrando de su propia sustancia.

—¡Pobrecito!—decía en su interior, cuando los iba mirando al través de los cristales de sus lentes, para aprenderse de memoria la fisonomía de cada uno—: ¡lo que le queda que pasar, primero que termine la carrera!... ¡Angelito!... ¡Tan chico, y arrancado ya de la intimidad de sus hermanos, de la sombra tutelar de su padre y de los calientes brazos de su madre...

Y a don Ernesto se le conmovían las entrañas, le temblaba la voz y se le arrasaban en lágrimas los ojos, y empezaba a interesarse por todos y cada uno, hasta el punto que antes de Santa Teresa sabía de dónde eran naturales, la carrera u oficio de su padre, el estado financiero de su casa, cuántos hermanos eran, cuál era su deporte favorito... cuántos «pasos» salían en la Semana

Santa de su pueblo y hasta de qué enfermedad había muerto su abuelita...

Los chiquillos, ante tanto interés y tanto amor, se le entregaban sin reserva con la espontaneidad de la niñez y la gratitud del desvalimiento, y aquello, más que un señor doctor de empinados bigotes y relucientes gafas, era, con perdón sea dicho de los bigotes y de las lentes, una gallina clueca.

—Hombre, ¡por Dios!—solía decirle al administrador del colegio, que era de esos que nunca caerán en el maniqueísmo, porque eso de «dos principios» no les entra en la cabeza:— que dicen los chiquillos que el cocido está imposible. Bueno que no les dé usted salmón al natural ni faisanes rellenos; pero un buen plato de olla, ya cabe en la pensión. Menos azulejos de reflejo metálico en la sala de visitas, y más carne y más tocino en el puchero... menos moldura tallada en el cuadro de honor, y más nueces en la merienda.

—Oiga usted, don Joaquín (al médico): ¿Ha visto usted al chico ese de las Ventas de las Pajanosas, alumno mío, que lleva ya dos días en la cama? Vengo de visitarlo y

tiene fiebre... ¡Por Dios, que una hermana suya ha muerto tísica y es menester estar alerta, no tengamos la segunda edición!

—¡Chiquillo! ¿Qué botas son esas, que parecen una olla de asar castañas?... ¡Claro: la cesantía de tu padre; pero más que la cesantía de tu padre, tu falta de cuidado con las cosas, y así nada te dura!... Dile al señor administrador que te compre unas, de mi parte, y que me las ponga en cuenta...

¿Merecía un hombre así el ser idolatrado por sus alumnos?...

II

En lo que era inflexible e indomable era en las calificaciones de fin de curso.

El que no merecía más que notable no llegaba a sobresaliente, aunque se empeñasen en ello frailes descalzos. Y el que no merecía la aprobación, ese, aunque a don Ernesto le costase una enfermedad el darle calabazas, se las daba y se las redaba, pero morrocotudas. Eso sí: que, como las daba, cuando las daba, tan con estrictísima justi-

cia y tan de clavo pasado, más que restarle prestigio y simpatía entre la turba estudiantil, lo ponía en el pináculo de la gloria. Dios es Dios y castiga, sin embargo, con el infierno a quien se lo merece, sin que esta su justicia, y justicia tremenda, sea en menoscabo de su infinita misericordia, como esta su misericordia nunca es parte a ceder en menoscabo de su justicia... Tal era su jurisprudencia.

III

Y era la víspera de los exámenes de prueba de curso de aquel año de Cristo de 1895. Empezó a pasar lista don Ernesto como todos los días, y al preguntar por don Carlos Carrero y Cuenca, le dijeron los alumnos que estaba malo.

—Pero ¿qué tiene?

—Que el pobrecillo no se puede examinar, porque debe dos trimestres de la pensión, el diccionario de Raymundo Miguel, el segundo plazo de matrícula, el uniforme de paseo, la...

—¡Calla, boca sacrílega!...

—...papeleta de examen, y el señor director ha dicho que mientras no liquide con la administración, no puede examinarse.

—¡Vaya por Dios!... ¡Pobrecito!... ¿De modo que dos trimestres, el uniforme, el segundo plazo de matrícula... el diccionario y hasta la partida de bautismo?... ¡Y dices que está malo!...

—Sí, señor: del disgusto.

—¿Pero en la cama?

—No, señor: levantado. Pero no hace más que llorar, y ni siquiera ha almorzado el pobrecillo... ¡Me dá más lástima!...

IV

Y don Ernesto no necesitó más. Despachó su clase como todos los días, a su hora reglamentaria, con el aditamento de una plática de despedida en que lloraron hasta las piedras, y se plantó en dos zancadas en la celda del paciente.

—¿Pero qué es eso, hijo mío? ¿Qué te pasa?

—¡Que mi papá no ha podido venir a pagar la pensión, y dice el señor director que no puedo examinarme!

—Pero vendrá, ¿no es eso?

—Yo creo que no. Me ha escrito mi mamá que un señor muy rico de mi pueblo, que se lo iba a prestar a rédito, ya no se lo presta, porque no «encontramos» fiador, y mi «tito» no ha vendido los vinos todavía y no puede dar nada.

—¿Y tu chacha Asunción, que dices tú que es tan rica?

—También dice mi mamá que ha estado a verla, y que le dijo que estaba muy harta de que la estuvieran explotando éste y el otro...

—¿De modo que ni esperanzas?

—Ni esperanzas: no, señor.

Y el angelito se echó a llorar, con ese primer llanto de hombre, que no se olvida nunca...

—Pues mira, hijito. Yo soy más pobre que las ratas, y para pan quisiera la parida, que no para torrijas. Pero yo no puedo consentir que un alumno mío, ¡un alumno mío!, se quede sin examinar por deuda en la ad-

ministración... No se lo digas a nadie, ¿estás? Pero vas a ir ahora mismo a ver al señor director y a darle esta tarjeta de mi parte. Dame pluma y tintero.

Y escribió:

«B. L. M. al señor director de este colegio su afectísimo amigo y servidor, Ernesto Sánchez Lopez, y le dice que lo que quiera que adeude en la administración el alumno Carlos Carrero y Cuenca corre desde este instante de cuenta del profesor que rubrica.» Y rubricó.

—Pero que no se lo digas a los compañeros, ¿estás? Y si es a los señores profesores, muchísimo menos. A nadie, pero a nadie más que al señor director ¿estás? y eso porque es preciso. Y ahora, a almorzar antes que nada y a aprovechar el tiempo que te queda, pues lo menos en tres días no te toca el turno... Y dale, hijo mío, muchas gracias a Dios, porque ha extendido hasta tí su infinita misericordia. ¡Conque a estudiar!...

V

—¡Pero es usted tremendo, don Ernesto!

—¿.....?

—¡Pero tremendo, de «toda tremendi-
dad»!

—¿Por qué, señor director?

—¿Y me lo pregunta usted?

—De verdad, que no caigo.

—¿Le parece a usted poco, el haberse
cargado en puerta al pobrecillo Carlitos Ca-
rrero!...

—¡¡A ver!!

—Si pensaba usted suspenderlo, ¿a qué
sacrificarse en tonto, pagándole lo que de-
bía en administración? O, ya una vez pues-
to a hacer caridad con él, haberla hecho por
entero.

—Mire usted, director. Así como en mi
bolsillo mando yo, y nadie más que yo, así
en las calificaciones de los exámenes no
manda nadie más que la justicia. Si no ha-
cía con él la caridad de hacer mía su deuda,
no podía «rendirle el tributo de justicia» de

darle calabazas... Así se lleva el César lo que es del César, y Dios, lo que es de Dios. ¡Si viera usted lo que lo siento, sobre todo por la pobre de la madre, porque tengo para mí que ni para Septiembre se va a poder preparar... (y se le arrasaron en lágrimas los ojos), y como me llamo Ernesto que me lo cargo!... ¡¡A ver!!





De patología femenina

I

—¡En fin, y por remate, y para que acabe usted de formar idea de lo que será ese hombre: a los dos meses justos de encargarse de la dirección de la fábrica, apareció una mañana en todos los talleres de mujeres un cartelón, del tamaño de una sábana camera, con esta inscripción en caracteres como puños:

SE PROHIBEN TERMIN-
NATEMENTE LAS ALFERE-
CÍAS.

¡Así!... ¡De Real orden!! «Auctoritate qua fungor»!!... ¡Porque me da la gana! ¡Porque, no contento yo con mandar en jefe en todo lo temporal y lo eterno, se me ha puesto entre ceja y ceja mandar hasta en el sistema nervioso de cinco mil operarias!...

¿Conoce usted en toda la historia dictador, ni tirano a quien se le haya podido ocurrir, en un acceso de soberbia, ni arbitrariedad, ni atropello, ni despotismo semejante?

Y, por si el cartelito no estaba suficientemente claro, y para que tras la promulgación de la ley viniese la sanción penal, he aquí las excelentísimas señoras maestras de talleres, diciendo de palabra a sus oyentes, estupefactas y boquiabiertas:---Conque ¿«se» habéis enterado?... Po ya lo saben ustedes, pa que no «péqueis» de ignorancia. A la que le dé una alferecía, lo mismito sea gorré en sí, que ponerse er mantón; pasarse por la oficina der pagadó; arrecogé los jornales de la semana, y sentarse en su casa, a esperá a que las ranas críen pelo, pa gorré a asomá las narices por los arreores 'e la fábrica.

—¿De moo que si le da a una...

—Po, hija, ¡no tomarla!... En fin: como me lo contaron te lo cuento, y la que lo quíá más claro... po que le eche agua y lo menee jasta que aclare.

II

Y, como tales palabras te digan, tal corazón te pongan, todo lo más humanitario y y altruísta que se me ocurrió pensar del señor director en cuestión, fué que sería un hombre, que se comería los niños crudos.

III

Pues, señor: andando los días, corriendo los meses y rodando los años, hube de trabar conocimiento con nuestro perínclito director. El mero conocimiento cristalizó a su debido tiempo en franca amistad por una y otra banda, y la amistad en confianza, como de hermanos.

Y mía fe, que yo no volvía de mi «apoteosis». Porque o «el lobo rapaz» se había trocado en «vaso de elección» como el Sau-

lo del libro de los Hechos de los Apóstoles, o los informes de él que a mí habían llegado eran pura calumnia. Imposible, de otra manera, despotismo y hasta crueldad como la de la prohibición de las alferecías, en hombre de tan hermoso corazón, «tan padre» de todos y cada uno de los operarios de su fábrica.

Y una mañana en que almorzábamos juntos, llegada que llegó la hora del café, que es la de las confidencias e intimidades, se me ocurrió preguntarle, así, a boca de jarro:

—¿Y eso, que he oído yo por ahí, de cierto cartel famosísimo que apareció una mañana en los talleres de la fábrica?

—¿El de las alferecías?

—El de las alferecías.

—Pues... nada: que es verdad. Que se me ocurrió prohibirlas de Real orden, y prohibidas siguen.

—Pero...

—Déjeme hablar, que para sentenciar un pleito hay que oír ambas partes, y usted no habrá oído, seguramente, más que a los que

dedujeron de ahí mi militarismo, mi arbitrariedad y hasta mi barbarie.

— Si no tanto...

— Sí, señor: tanto, más cuanto. Sé todo lo que se dijo, y con razón después de todo, siquiera fuese especiosa. La verdad es que el cartelito «se las traía».

IV

— Pues, sí, amigo Lectoral: en los dos primeros meses de estar yo dirigiendo la fábrica, salíamos, por lo menos, a alferecía por día. Un día, dos. Dos días, ninguna. Al siguiente, tres: la que llamar pudiéramos espontánea y dos por influencia o contagio.. Y el revuelo consiguiente en el taller para sujetar en su pataleo a la atacada, aflojarle la ropa, traerle agua, darle friegas y cuantos remedios caseros se les ocurrían.. Y que si «¡pobrecita!», y que si «¡er pajolero der novio tiene la curpa, con haberla dejao plantá!», y que si «¡er sinvergonzón der padraastro, que la está jaciendo pasá una inquisición, y así está ella: que estaba como la ho-

ja e la rosa y se ha puesto en tres meses que paece que la han gomitao!», y que si «¡la mala lengua de la cuñá, que le ha alevantao ese farso testimonio, que premita Jesú der Gran Podé que se le seque la campanilla!»... y el llevarse ya todo el día todo el personal del taller de la ocurrencia, con que si fué, con que si vino, y chismes y enredos, y los partidos a favor de la accidentada, o a favor del novio, de la cuñada y del padrastro... las disputas consiguientes entre bandería y bandería, disputas que se resolvían en reyerta, alguna de las cuales remató en agarrarse por el moño las beligerantes... y, lo que decía la maestra Rocío: «¡Esto es ya una burleta y un chuleo, y esto es semenesté que se acabe, pero mu pronto!»

Con esta observación que llegué a hacer: que todas las atacadas del mal eran jóvenes, guapas, solteras e hijas de madres, con predicamento de mujeres de bien... ¡Coincidencia más peregrina...!

La observación me hizo entrar en sospechas de que pudiera haber gato encerrado en el caso patológico. Y llegó ya a colmar la medida de mis suspicacias y «escamadu-

ras» el que una operaria, de cuya moralidad me habían zumbado los oídos, padeciese el ataque semanalmente, uno no más por semana, y precisamente el sábado...

Entonces pregunté, de soslayo y así como al descuido «dejándome caer», como se dice por aquí... Viendo que mis circunloquios y retóricas no producían efecto, me arranqué por lo rotundo y categórico, sosteniendo una «interviú» con la maestra Rocío. Y la maestra Rocío, a quien llamaban con el remoquete de «La Pati», por lo claro y bien que «cantaba» cuando llegaba la hora de soltar la poderosa y estaba deseando «un preludio» para hacer gala de sus «facultades artísticas», tomó el tono de mi pregunta y prorrumpió en este «cántico»:

ESTROFA PRIMERA

Lo que toca la madre, no es mujé que consienta ciertas cosas, porque es más honrá que una abaesa... ¡Asín fuera la niña— ¡que no lo es!—, mi palabra no la ofenda; pero a usté hay que decírselo tó! ¡¡Recontra!!

ESTROFA SEGUNDA

La madre está mu tranquila con que su hija esté en la fábrica, endeje las nueve de la mañana jasta las seis de la tarde, que se da de mano; porque sabe que aquí no hay señoritos, que es por donde espunta la pajolera de la zagala... ¡En el taller le han puesto la Paquetal...

ESTROFA TERCERA

(Para «ejecutarla», la maestra Rocío adopta un ademán de ingenua, rayano en lo beatífico. ¡No he visto nunca gesto de inocencia más bautismal!)

Como por mor de la mardita arferecía, se tiene que dí a su casa, ca vez que le da—y jasta en su coche y tó, que pa eso hay en la fábrica un señó dirertó que asín lo dispone—, po la infelí, cuando se ve en la calle, pa que la pobre de la madre no se asuste ar verla entrá ar bentestate, po no se va a su casa, ¿sabusté? Sino cuarquíe conócío, que le da er corazón que le va a dar la arfe-

recía, y se ha puesto a esperarla deje media hora ante, po le sale al encuentro, y anlu-gá de acompañarla a su casa, po... se van a la venta Eritaña (esto es un poné) a aguardá a que sea la hora de la salía de la fábrica. Asía, como usté comprende, se le ajo-rra a la madre un sinsabó y una niña moci-ta no está sola por esas ventas, que alospué toas son jablaurías e la gente...

Y al estribillo,
Una purga, sartando,
Quebró un lebrillo.

Por eso le decía yo a usté, días pasaos, con metáfora (lo cuar que usté, o no me en-tendió, o no me echó cuenta), que esto es ya una burleta y un chuleo, y esto se tenía que acabá ¡pero mu pronto!

V

Y persuadido, como llegué a persuadir-me, de toda la inmoralidad que se encubría con el caso patológico, discurrió por mi mente la idea del cartelito y como se me ocurrió, lo puse en práctica.

—¿Y en efecto, disminuyeron los ataques?

—¿Que si disminuyeron los ataques? En diez y ocho años que van pasados, no ha vuelto a haber ni uno...

—¿Ni uno?...

—¡¡Pero ni medio!!...

—Pues nada, ¡santo remedio! Cuando lo canonicen a usted ya se sabe: abogado contra las alferecías.





De poeta y loco...

I

¡Y en buena parte fué a poner la era!... En el hombre más impresionable, susceptible y aprensivo, de que puede el lector formarse idea.

Fuí a verlo, al día siguiente de la cosa, pues tenía que despachar con él asuntos profesionales, y me lo encontré tan preocupado, tan abstraído, tan «monosilábico», él que tan expansivo y parltero es, que me atreví a decirle:

—Oye: ¡a tí te pasa algo!... Yo no sé si

será indiscreción preguntarte... Pero que tú estés fuera de tu centro, no cabe la menor duda.

—No, hombre, no: no tengo nada. Sino que tiene uno días... es decir, días, no, yo «no quiero tener días»; ya eso «sería un síntoma»... En fin, y para corresponder a tu interés por mi desgracia: ¿lo habías notado, verdad?... voy a desahogar en tí mi corazón; pero con una condición imprescindible, ¡inapelable! tu palabra de caballero... ¿qué digo, de caballero?, ¡de sacerdote!, de que me has de decir la verdad; y si me has conocido algo, que te intereses por mí y por la pobre Concha y por mis hijos, como yo lo haría por tí si te encontraras en mi caso.—Y casi se echa a llorar.

—¿Ves como tenías algo?

—¿Algo?... ¡Y aun algo!!

—Si conoceré yo a los cojos en el modo de andar!

—Espera; voy a señalar trabajo a los pasantes y a dar orden de que no nos interrumpa nadie, y ya estoy aquí.—Y volvió a los dos minutos. Cerró con el pasador la puerta del despacho; me llevó junto al fe-

nestrón que daba a la terraza, ante el que nos arrellanamos en sendos butacones, y después de un hondo suspiro de 'su parte y de un campechano: conqué, venga de ahí, de la mía, se metió casi entre mis piernas, para decirme como tesis de la historia que se proponía contarme:

II

—Tú conoces la copla que dice:

«En la casa de los locos
Hay escrita esta inscripción:
Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son»,

—¿Quién no la sabe?—le repliqué.

—Pues esa copla—añadió, pero con una convicción linde por medlo con la evidencia —¡esa copla es verdad!... Verás, verás lo que me pasó ayer tarde, y que me ha ahuyentado el sueño toda la noche:

Tuve necesidad de ir al Manicomio a ver a un pobre alienado, hijo de un cliente mío de Extremadura, que no conoce aquí a na-

die y que me suplicaba esa caridad. Yo no gusto de manicomios ni una pizca, no sé por qué... Quizás presentimientos... quizás... en fin: que no acierto a explicarme la mezcla de repulsión instintiva y de atracción irresistible, a un tiempo mismo, que me inspiran los locos.

Fuí por no decir que no a un pobre padre que, como si le pareciera poco pedirme lo por Dios, me lo pedía por mis hijos...

Tomé un coche y me planté en el Manicomio, cargado de cigarros, fiambres y dulces, con que proporcionar un rato de placer al infeliz visitado.

Por encontrarse éste con el ataque, no permitió la Madre Superiora que lo viese, entregándole yo entonces las chucherías que llevaba de agasajo para el paciente, y que la santa mujer hubo de agradecer sobremanera.

Y, lo de siempre en esos centros, mucho más cuando se ha contestado con una negativa a la pretensión con se ha ido: «Que va usted a ver la casa... Que es menester que se haga usted amigo de nosotras... que yo le avisaré a usted por teléfono cuando esté

en disposición de que venga usted a verlo... Que traiga usted a su señora, para que vea el jardín, que tan hermoso está... y que quieras que no, una pulsación en el timbre; otra nueva hermana que aparece en escena; un imperativo de la Superiora:—que venga don Manuel—y, como si el tal don Manuel hubiese estado detrás de la cortina, cávalo en un «sancti amén» enmedio de la pieza.

—Haga usted el favor, señor don Manuel, de acompañar a este caballero para que vea la casa... Y dígale a Joaquín que le prepare un ramo de flores, para que se lo lleve a la señora.

—Muchas gracias...

—¿Qué menos, con persona tan respetable como usted?

—Adiós.

—Adiós...

Y salí del recibidor de la Superiora en compañía de don Manuel.

III

Tendrá el tal don Manuel hasta cincuenta años, y habrá sido hasta guapo, allá por su

primavera. Vestido con la más exquisita pulcritud, en medio de lo resobado y desteñido de su indumentaria; peinado con coquetería y perfumado con Colonia barata, tenía o, mejor dicho, tiene un sello de distinción y de aristocratiquez que parece un príncipe heredero venido, por veleidades y malas andanzas de la fortuna, a la categoría de empleado de segundo o tercer orden en una casa de caridad.

Un detalle que, menudo y todo, retrata a una persona para los observadores como nosotros: sobre una pechera remendada, una corbata blanca, límpida como la nieve.

Es enjuto de carnes, prócer de estatura, muy armónico de proporciones y de fisonomía muy española. No sé por qué me recordaba el tipo de Pereda.

Fino, sin empalagosería; gracioso en el decir, sin llegar a lo chusco, y oportuno en las observaciones, sin dárselas de intelectual ni de erudito, créete que me tuvo encantado, explicándome toda la economía de la casa, la abnegada caridad de las Madres, la pericia del médico, la diversidad de los tratamientos, según los casos, y el resultado

satisfactorio de algunos... En fin, y por remate: que lo mismo podía ser aquel buen señor un hábil empleado de la casa, dedicado a ejercer de «cicerone» con los visitantes, que una especie de don Miguel de Mañara, consagrado por pura caridad a pasarse la vida entre dementes.

Y aquí precisamente de mis dudas y mis perplejidades, supuesto el tratamiento de señor don Manuel dado por la Superiora y la pobreza de su vestido, la distinción de su porte, por un lado, y por otro, su oficio como de mandatario... ¿Le daba una buena propina al despedirme de él, con lo que me exponía a lastimar en su pundonor a todo un caballero... a un don Miguel de Mañara, o, por temor de volcar la pileta, dejaba defraudado a un infeliz de lo que realmente había hecho suyo, acompañándome, entreteniéndome, hasta ilustrándome sobre cien pormenores que hubieron de ocurrir durante mi visita de paleta?... Me urgía conocer a todo trance su posición en aquella casa, para poder obrar en consonancia con ella. ¡Todo menos humillar a un caballero, ni robar a un pobre!...

—¿Y lleva usted mucho tiempo—me resolví, por fin, a preguntarle, cuandome alargaba el ramo de flores, al pie del estribo del «milord»?—¿Lleva usted mucho tiempo de estar aquí?

—Sí, señor; el mes que viene hace diez y ocho años.

—Pues ya es fecha—le repliqué, a ver si se aclaraba un poco más, pues su contestación me había dejado tan a oscuras como antes—. Ya es fecha, diez y ocho años bregando con locos.

—¡Sí que es fechal—me contestó, lo cual era lo mismo que no contestar nada.

—¿Y... trabaja usted mucho? — insistí, abriéndole el capote, a ver si se arrancaba...

—No, señor; yo no hago nada. Yo estoy muy bien. Las Hermanas, Dios se lo pague, me consideran muchísimo y me tratan con la consideración que usted ha visto. Señor don Manuel acá, y señor don Manuel allá, y lo poco o nada en que me ocupan, pedido de favor. Crea usted que estoy contento, después de todo.

—Nada—monologué—: un alto señor venido a menos, abrazado con resignación

cristiana a la pobreza de un empleo como a tabla salvadora después del naufragio, que es tratado, con toda la finura de la caridad que merece para almas delicadas su infortunio, y que sabe agradecer y que agradece. Pero aún no estaba definitivamente clara para mí su verdadera posición social. Aún podía la propina resultar un insulto.

—¡Claro!—hube de subrayar, para acabar de tirarle de la lengua—. Si está usted bien tratado, por una parte, y por otra gana usted para hacer frente a las necesidades de la vida ..

—¡Es que yo no gano nada, ni estoy aquí a sueldo, ni he sido nunca empleado—me dijo con una altivez realmente mayestática.

—¡La metil—dije para mi capote, aludiendo a mi pierna—. Huyendo del perejil, me salió en la frente.

—Yo no soy empleado de esta casa—siguió diciendo con el ademán de un monarca a quien se le confundiera con un guarda de consumos—. Yo soy loco.

—¿¿¿Loco???—le interrogué en el paroxismo de la estupefacción...

—Sí, señor; ¡loco!

Y, mirándome de arriba abajo y de abajo arriba, y clavando en los míos unos ojos penetrantes como dos dagas, con los que escudriñó hasta lo más recóndito de mi cerebro, barrenó hasta lo más arcano de mi conciencia, «leyó en mí», como San Pedro leyó en Ananías y Safira, recalcó convencido, como el especialista tras el reconocimiento:

—Sí, señor; loco... ¡Y usted también!... ¡Pídale usted a Dios que no se lo conozcan, como me lo conocieron a mí; porque el día en que se lo conozcan, ya sabe usted el camino!... Descuide usted—me añadió, tendiéndome la mano con el ademán protector con que pudiera un rey amparar a un delincuente—. Descuide usted por mí, que yo no diré nada.

Y haciéndome una cortesía correctísima, entre benevolente y señoril, me volvió las espaldas y se fué.

IV

—¡Já, já, já, já!

—¡Eso es: ríetel. La cosa es para risa...

—Como que sólo tú eres capaz de dar valor a cosa semejante.

—¿¿¿Entonces no se me conoce nada «todavía»???... ¿¿¿De verdad???—y me agarró las manos con la crispación de un terror sin medida.

—Todavía no—le contesté, acariciándole como a un niño enfermo y asustado—. Ahora: que como sigas por ahí, apaga y vámonos. Principio quieren las cosas.





“Exégesis Bíblica”

I

La Hermandad quiso aquel año tirar la casa por la ventana.

Y no contenta con llevar un gran predicador para todas las tardes del novenario, encargó el panegírico del día de la fiesta al señor deán, nada menos, de la Metropolitana, orador famosísimo, no sólo en Andalucía, sino en toda la Península. Las cosas hacerlas bien, o no hacerlas.

Porque señor de tantas campanillas merecía un recibimiento por todo lo alto, el que se

le tributó en la estación fué «con bandera y música»: el estandarte de la Hermandad y la banda del regimiento de Soria, venida de la Metrópoli para amenizar los festejos de Rosales. Por lo demás, el cura, con cuatro o cinco cofrades de los más conspicuos; el alcalde, con dos o tres concejales de los más adictos a su política; el juez, con su secretario al canto, y hasta una veintena más de las personalidades más significadas de la villa. ¡Estaba la estación de bote en bote!

Instalado el señor deán en la casa de la camarera, ricachona viuda, por sobrenombre «la Niña», aunque era casi contemporánea del Empecinado, recibió en el comedor, cuando estaba en los postres de la cena, la visita del Hermano Mayor y el Mayordomo, que querían decirle «dos palabras reservadamente», según manifestaron.

—Pues cuando ustedes gusten.

—¡En la sala de estrado! —propuso la señora, que quería lucirla, como es natural.

—Y pasaron a la sala.

II

—Ante todo: usted dispense la pregunta. ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo «entre nosotros»?

—El preciso nada más. En casa dejé dicho que me esperasen mañana en el expreso...

—Y ¿no podría usted quedarse hasta pasado mañana, y con eso nos predicaría el último sermón de la novena?

—Pues ¿y el Padre Fulgencio? ¿Está enfermo quizá?

—No, señor: no lo está. Pero la Hermanidad ¡y el pueblo entero! están muy descontentos de su conducta, y lo que toca al púlpito de Rosales no se vuelve a subir ese buen señor mientras el cuerpo le haga sombra.

—¡Pero si el Padre Fulgencio es un religioso ejemplarísimo, predicador donde pueda ponerse el primero...

—Sí, señor: todo eso es verdad. Pero como al mejor paño le cae la mejor mancha, el Padre se ha inutilizado para siempre, a lo

menos entre nosotros. ¡Ha sido mucha pifia! ¡Con decirle a usted que el pueblo no lo ha linchado esta noche, porque la Guardia civil lo ha ido custodiando hasta su casa!...

—Pero ¿de verdad es cierto lo que usted me dice?

—¡Como lo que usted ha leído en la Misa esta mañana! Ha puesto al pueblo de brutos y de animales y de bestias y... qué sé yo lo que dicen que echó por aquella boca.

—¿Pero ustedes lo han oído?

—Como oirlo nosotros, con nuestros propios oídos, no señor, porque aquí el Mayor-domo estaba con «el pirotécnico de los fuegos», y yo alrededor del coche, para ir por usted a la estación. Nosotros no lo oímos; pero lo oyó mi mujer, que es mujer que sabe lo que oye; y lo oyó mi cuñada, que vive con nosotros, y han venido las dos de la novena, poniendo el grito en el cielo. ¡Figúrese usted, señor deán, un pueblo como Rosales, donde todo el mundo es del campo, porque aquí no hay más gente de carrera que el señor cura, que no es de aquí; el médico, que tampoco lo es, y el maestro de es-

cuela, que también es forastero. ¡Y ponerse a decir a voz en grito desde el púlpito que toda la gente del campo somos unos animales y unos brutos y unos bestias...!

Lo que venía diciendo mi mujer:—Si no hemos tenido posibles para costear una carrera a nuestros hijos, ni ponerlos en estudios, ¿es ley de Dios que nos los pongan de brutos y de bestias por esos púlpitos los ministros del Señor? ¡Harta desgracia tienen los infelices con haber de apechugar con el arache y el cavache, para que encima de todo nos los insulten, como si el ser del campo fuera una deshonra!... ¡¡No era eso lo que predicaba Jesucristo cuando se subía al púlpito!!

—Pues mire usted, señor:—objetó el señor deán— yo no puedo creer de ningún modo la que usted me está diciendo. Ni la educación social del Padre Fulgencio, porque ahí donde ustedes lo ven se ha criado en muy buenos pañales, ni su mansedumbre religiosa, porque es más humilde que la tierra, y creo que de San Francisco acá no habrá habido religioso más benigno, ni más caritativo, ni más... parecido, en fin, a su

bendito patriarca, que veía hermanos suyos hasta en los mismos lobos...; en fin, y por remate, porque no sé ni por dónde iba: que me atrevo a poner la mano en el fuego sobre que el Padre Fulgencio es incapaz de lastimar a una hormiga. Vamos a verlo ahora mismo. Y si se encuentra cansado o disgustado, y me insinúa siquiera que predique por él ¡no digo yo una plática!: ¡¡veinticinco cuaresmas seguidas soy yo capaz de predicar por un hermano en el sacerdocio!! De otra suerte, no ya sólo no predico el sermón de la tarde, a que ustedes me invitan, pero ni el panegírico a que he venido... ¿Quitar las licencias de predicar a quien las ha recibido de la autoridad eclesiástica?...

III

—¡Señor deán!... ¡Qué dignación venir a visitar a este pobrecito fraile! ¡Que Dios se lo premie a usted en moneda de gloria! ¡¡Dios se lo pague a usted y se lo retribuya!!

—Me dijeron los señores que estaba usted... así... un poco...

—¿Enfermo?... Una calenturilla de treinta y ocho grados con dos décimas: a lo menos eso es lo que marca el termómetro... Pero eso no es nada.

—Y ¿por qué no se ha metido usted en la cama, criaturita?

—Como el santo hábito abriga tanto, aquí acurrucadito en la butaca la pasaré. Ya me ha roto el sudor.

—¿Qué butaca ni butaca? A acostarse enseguida, y que lo vea el médico. Y nada—añadió el señor deán, para preparar el terreno con diplomacia—, del sermón de mañana no se preocupe. Yo se lo predico a usted con mil amores.

—¡Que Dios le premie a usted, señor deán, caridad tan grande! Ahora bien: que una cosa es agradecérselo con toda mi alma y otra cosa es aceptarlo. Aunque tuviese que arrastrarme por la escalerilla como un gusano, mañana subo yo al púlpito, como Dios me dé vida. Es un deber de conciencia. Sin quererlo, ni siquiera imaginarlo, he lastimado a mis prójimos, a quienes respeto

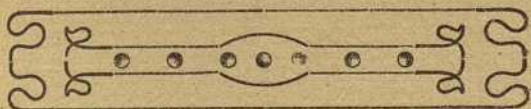
como a imágenes de Dios, y amo como a las niñas de mis ojos. Se impone, por consiguiente, la reparación. Por eso me parece mentira que va a llegar la hora de subir al púlpito, para pedirles por las entrañas de caridad de nuestro Señor Jesucristo, que me perdonen; rogarles que me dejen besarles los pies en desagravio; presentarles el rostro para que me abofeteen y me escupan... ¡Todo, señor deán! ¡Todo, menos irme de este pueblo, dejando detrás de mí ofensas positivas, o imaginarias! ¡Todo, menos volverme al convento, dejando malparado el santo hábito que visto y en entredicho la bendita Orden que me tolera dentro de su seno!

—Pero... ¿qué es lo que ha ocurrido?—se atrevió a interrogar el señor deán, que salía de una sorpresa para entrar en otra.

—Pues.. o una impericia mía, o una mala interpretación de mis palabras, por parte del auditorio. Verá usted. He consagrado el novenario a exponer y ponderar los beneficios del Señor. La creación. La conservación. La redención. Y al hablar esta tarde del tercero de estos beneficios, llena mi alma de gratitud al Señor por habernos rescatado

con el precio de la sangre de su propio Hijo, se me ocurrió parafrasear el «Benedicite», y me puse a decir: ¡Benedicid al Señor, obras todas del Señor! ¡Benedicid al Señor, ángeles y serafines de las alturas!... ¡Benedicid al Señor, soles y estrellas de los espacios!... ¡Benedicid al Señor, aves e insectos del aire!... ¡Benedicid al Señor, peces del mar!... ¡Benedicid al Señor (y aquí fué el trueno gordo, y los silbidos, y los denuestos, y las pedradas, que no le han dejado un cristal vivo a la santa mujer que me hospeda) ¡¡Benedicid al Señor, «bestias y brutos» del campo!!





Impuesto de inquilinato

I

- ¿Está el señor doctor?
- ¿Qué se le ofrecía a usted?
- Que haga el favor de llegarse, lo antes posible, al número 107 de esta misma calle, para un caso urgentísimo.

II

- Que te llegues volando al número 107, para un caso urgentísimo.
- No me gustan las llamadas de sopetón, y menos de gente desconocida. A lo mejor

se encuentra uno con que han avisado a dos o tres, y la situación no es nada airosa.

—Ya ves: puede ser una cosa que dependa de un instante...

—No: si voy a ir. Pero por qué has sido tú misma quien ha tomado la razón; pero no porque me gusten estos llamados.

III

—¡¡Ay Dios mío de mi alma!!... ¡¡Virgen del Carmen!!... ¡¡Ay qué desgracia tan regrandísima!!... ¡¡¡Enrique... ¡¡¡Enrique mío!!!... ¡¡No me oyes, mi corazón?!,... ¡¡Soy yo: tu Rosa!!... ¡Enriqueeee!!... ¡¡Muerto, Dios mío!!... ¡¡Muertoooo!!!... ¡Ay, no; Virgen del Carmen de mi alma!... ¡Que no lo puedo creer!... ¡Tan joven, tan hermoso... ¡tan rebuenoo!... ¡Enrique!... ¡Vuelve en «sí», o me tiro a la calle por el balcón!... ¡Yo no quiero la vida si no es para estar a tu lado, siendo tuya!... ¡¡Tuyaaa!... ¡¡¡Tuy...!!!

Y un chillido descomunal, inverosímil, ensordeció la sala, y el cuerpo de Rosa accidentada, cayendo como un saco de arena

sobre el idolatrado cadáver de su segado amor...

IV

— Tú, Manuela: ¡volando por un médico!... ¡El del número 20, que es el más cerca!... Usted, don Casimiro, por éter a la botica... ¡Ay, qué día de juicio en esta casa, sin comerlo ni beberlo!... ¡Por Dios, Matilde, hija mía, vete de aquí! ¡Que tus nervios no son para estos tragos!...

Y la llamada Matilde, que había presenciado todo esto con ojos desencajados y cara de pajuela, prorrumpe en otro grito, que se resuelve en el tableteo de una carcajada histérica, desplomándose a su vez sobre el cadáver y sobre la accidentada...

— ¡Dios mío! ¿Qué día es hoy para este chaparrón de desgracias sobre una mujer de bien?... ¡¡Matilde!!... ¡¡Hija del alma!!... Usted, municipal: ¡el médico del 20... o el de la Casa de Socorro!... ¡Tú! Paco: ¡por un coche a la parada!... ¡Matildita!! ¡¡Una novena de misas, Animas benditas del purgatorio!!...

—¡Tilín!

—¿Quién?

—¡El médico!

—¡Bendito sea el ángel de su guarda!!

V

El cuadro que se ofrecía a los ojos del médico era desconsolador hasta más no poder. La Matilde, tendida en el suelo, con la cabeza en el regazo de su madre arrellanada... La Rosa, con una convulsión desatadísima, lanzando al aire «fermatas» de hipidos y singultos, revolcándose sobre el esposo idolatrado, y éste, despatarrado en medio de la sala y abierto de brazos, con todo el desmadejamiento de la laxitud cadavérica... ¿Por dónde se empezaba?

—Lo que más urge—le dijo un caballero muy bien portado, que salió a recibirle a la salida de la escalera—es auxiliar a estas dos señoras. Luego hará usted el favor de reconocer ese cadáver y certificar de su muerte... claro que haciendo todas las salvedades que juzgue usted oportunas...

—¿Y como voy a certificar, si yo no le he asistido?

—No: si lo que se le pide por el Juzgado no es certificación de la enfermedad que le haya causado la muerte. Ya de eso se encargará la autopsia. Soy el juez del distrito, ¿sabe usted?...

—Muy señor mío.

—he venido a esta casa a una diligencia judicial, que no tiene nada que ver con el levantamiento de un cadáver, y al entrar en la habitación me encuentro con un cadáver tendido boca arriba y una pobre mujer, que deberá de ser su esposa, con esa convulsión que usted está viendo. Esta otra buena señorita, hija de esta señora, por lo visto...

—¡Que soy la verdadera criminal! ¡¡La única criminal!! ¡¡¡Que no pago ni con la horca!!!...

Y otro alarido de esos que lastiman la garganta por donde salen y destrozan el tímpano en donde repercuten, y otro caso de alferecía fulminante en la desventurada madre de Matilde...

Y el juez, el procurador, el notario, los alguaciles, los escribientes, los municipales,

los miembros de la familia y los amigos de la casa, cargando con cada una de las tres y llevándolas a habitaciones distintas para aislarlas entre sí, y el médico, de cabeza materialmente, aplicándoles el éter traído por don Casimiro y amoniaco que había hecho traer de su clínica, hasta hacer a las tres recobrar su sentido y dejarlas incorporadas en el lecho.

VI

—Pues ahora al cadáver, —propuso el juez.

Y en efecto. Arrodillado el médico en el suelo lo pulsó. El pulso no latía poco ni mucho, y al soltar el doctor el medio brazo que había levantado para pulsar, éste cayó flexible como la goma, al par que grave y pesado como el plomo.

El médico desabrochó el chaleco del infeliz para auscultarle el pecho, y ¡ni el menor ruido en los pulmones que delatasen respiración!... El corazón parado, ¡pero parado como una piedra... que lo esté! y todas las señales de la muerte.

—¿Muerto, doctor?

—Veremos la pupila.

Y con no pequeño esfuerzo le entreabrió los párpados. Le acercó la luz de una cerilla y se levantó del suelo para preguntarle al juez:

—Aunque sea indiscreta la pregunta. ¿Cuál ha sido la diligencia judicial que ha traído a usted aquí?

—Pues un desahucio. La última señora, de las tres accidentadas, es la dueña de la finca. El muerto le debía dos años y medio de alquiler, y la señora le puso la demanda. En vista de que no había manera de cobrarle, el Juzgado ha fallado el desahucio, y a ponerle veníamos los trastos en la calle.

—¡Ahora lo comprendo todo, como se dice al fiscal de las comedias cursis!—concluyó el médico—. El señor está tan vivo y sano como usted y como yo, y no se trata más que de un caso de simulación de catalepsia.

—¡Tilín! ¡Tilín!

—¿Quién?

—¡El médico!

—¡Lo que pasa en estos casos!—exclamó el compañero de cabecera.

VII

—¡Chico? ¿Tú por aquí?

—Me encontró ese señor en la calle y me ha hecho venir, quieras que no.

—¡Pues me alegro la mar de que hayas venido!

—Es que contigo basta...

—El señor juez del distrito (haciendo la presentación), que me ha hecho venir a reconocer ese «cadáver»... El señor doctor Elústiza, médico del hospital... Me gustaría que el señor juez oyese tu dictamen.

Y lo llevó junto al «lecho mortuario».

—¡Ta, ta, ta, ta!—dijo el doctor Elústiza, fijándose en el rostro del «cadáver»—. Conozco el procedimiento. ¿El juzgado en la casa y el señor, cadáver? No es la primera zorra que desuella el difunto. Hará cosa de dos años que, estando yo de guardia en el hospital, me llamaron a la calle Don Fadrique, para otro caso urgente: y era el mismo

señor, que nos está escuchando (porque nos está escuchando, ¿sabe usted?) con los mismos síntomas de muerte repentina. A quien me extraña no ver por aquí, con el consabido ataque, es a su señora... ¿Se ha quedado usted viudo, amigo?... Pues, nada, señor juez: el caballero es así, especialista en no pagar alquiler. Vive de balde el tiempo que le permiten las circunstancias, habiéndose señalado a sí mismo, éste, llamémosle así, impuesto de inquilinato. ¿Quiere usted que reviva, señor juez?... Basta con unas gotas de alcohol vertidas en los ojos... Verá usted: como éstas, y...

Y se incorporó el cadáver, restregándose las manos por la frente, como el que se despierta de un sueño profundísimo.





Trato ccmercial

I

Chapado a la antigua, y con una hombría de bien, que le chorreaba, no tenía otra norma de conducta en lo concerniente al comercio, que la que le había inculcado desde niño su bonísima madre, que en gloria estuviera: «ajuntá» para unos zapatos, cuando hacían falta, y pagarlos a tocatejas cuando se hubiese reunido para comprarlos, sin estirar jamás ni nunca los pies, ni media perra chica más de allí a donde alcanzaba la manta, ni permitirse gollería alguna, que no

tuviese el visto bueno de su portamonedas.
¡Antes judío que tramposo!

Y lo mismo que administraba sus exiguos haberes, administraba los no muy pingües, que digamos, de su parroquia de entrada. Juntar para la cera del año, antes de hacerla traer de Zalamea, o juntar para el vino, antes de mandar por él a las bodegas de Bollullos del Condado... Juntar para el incienso, y hasta para la sogá de la campana, desde que empezaba a gastar el último medio cuarto de arroba del primero, y comenzaba a rozarse la segunda. Así se daba el gusto de pagar a todo el mundo al contado rabioso y de acostarse todas las noches, sin deber nada a nadie, más que el alma a Dios.

II

Cosa era, por consiguiente, que le ponía los nervios de punta esos comisionistas o viajantes de comercio, que se le entraban por las puertas de la colecturía a lo mejor, cargados de maletas y muestrarios, y adornados de una verbosidad abrumadora; en-

tremetidos y pegajosos, comprometedores, ponderativos... ¡insoportables!, con los que no queda otro recurso, que yo sepa, que: o hacerles el pedido, o... suicidarse.

—¿Que no tiene usted dinero? No importa. A treinta días vista... A tres meses... A seis... Al año: tanto da. ¿Que no le gusta a usted la clase?... Vea usted esta otra marca, ¡hasta garantizada como litúrgica por la Sagrada Congregación!... ¿Que la quiere usted mejor todavía? Aquí tiene usted clase «extra», y esta otra «ultra-extra»... Y... ¡Nada!, que la semana que viene tiene usted aquí el envío de la casa, y del pago, no se preocupe ni poco ni mucho.

—No, señor: no quiero hoy cera. Tengo la suficiente, y además, ni tengo dinero mío, ni menos de la fábrica.

—Pues a ver si hacemos algo en el ramo ropa talar. Vea usted los figurines.

Y el cura, a quien le cargaban los figurines, sintió impulso de tirárselos a la cabeza. No lo hizo, como el lector comprenderá, limitándose a decir:

—Yo me avío con lo que me cosen en ca-

sa, que es lo que está a mi alcance. ¡No se moleste!

—¿Y del ramo ornamentos eclesiásticos... ternos, casullas sueltas, capas pluviales, paños de hombros, atrileras, manteles, cortinillas de sagrario, cubrecopones... purificadores... albas de encaje...

—Gracias a Dios, tenemos lo estrictamente necesario, y aunque algunas cosas de esas vendrían muy bien, la fábrica es muy pobre, y no quiero empeñarla. No se moleste usted, le repito. Por hoy no compro nada.

—Pus mire usted: además de los efectos de la casa que viajo, tengo «otro porción» de comisiones; y lo mismo le sirvo a usted muebles, que loza, que librería... , ferretería..., quincalla..., útiles de enseñanza..., instrumentos de música..., seguros de vida .., abonos minerales... También tenemos sección de redención del servicio militar, y Agencia de preces a Roma..., seguros contra incendios y de accidentes del trabajo..., perfumería y ortopedia..., aguas medicinales y suscripción a periódicos, revistas y obras por entregas... maquinaria agrícola y todo lo concerniente al ramo de dentaduras... Agen-

cia de colocaciones y preparación para carreras especiales...

—Nada de eso necesito, y además no...

—¿Y eso qué importa? Lo pueden necesitar sus amistades o sus conocimientos, y puede usted ilustrarlos sobre el particular. El Clero influye mucho, lo mismo en la conciencia individual mediante el confesonario, ¡de institución divina!, que en la marcha de los acontecimientos públicos, mediante sus ejemplos saludables y sus enseñanzas bienhechoras. El Clero...

Y al pobre cura le daban hasta sudores...

III

—Pues nada: yo no me marchó—insistió el muy majadero—sin que hagamos alguna operación. Algún pedido me tiene usted que hacer, ya que no hemos hecho nada ni con la cera litúrgica ni con el incienso marca «Adoración nocturna», que está hasta indulgenciada (claro está que mentira), voy a enseñar a usted un alba de malla primorosísima, «punto moderno», que es una ganga. ¿Ve usted? Cuerpo, hilo puro. Añadido y todo,

que no hay más que ponérselo. Fiador, «cotton perlé», que es seda materialmente; con borla, fleco marabú, oro entrefino. Viso glasé algodón, porque la seda se corta y no dura nada; y luego su gran encaje, tamaño extra, hasta la cintura, que le da a uno ganas de ponérsele para andar por casa. ¡Setenta y cinco pesetas! ¡Con todas las facilidades que apetezca el cliente! ¡Desde pago al contado hasta a un año fecha! ¡Me parece, señor cura, que es querer vender!

—¡Si ya le he dicho a usted y le he repetido que no estoy en voz, ni la fábrica menos, y al fiado no compro!...

—Pues mire usted: la Colegiata de Z., las Catedrales de P. y de Q., el señor arcipreste del partido y hasta el señor deán de la Catedral nos piden cuanto se les antoja y les da gana, y pagan cuando quieren o cuando pueden, sin que nadie los moleste en lo más mínimo.: ¡Hoy mismo telegrafía a la casa-matriz que le remitan un alba, para que le estrene usted el día de la Virgen! Porque es bordada exprofeso, ¿sabe usted?, así para los cultos Marianos, como Misas de Comunión de Hijas de María..., fiestas de la Purí-

sima y de la Virgen del Carmen... Mes de las flores... ¡Como que tiene toda la letanía cuan larga es, de punta a cabo ¿Ve usted esta rosa? Pues es Rosa mística. ¿Ve usted esta torre, con sus campanas y todo? Pues es «turre davidica»: torre de David... ¿Ve usted esta casita, hasta con su veleta? Pues es «Domus aurea», casa del «aurea»... Esta estrella, «stella matutina»; estrella de la mañana... Este vaso, o cáliz, o jarra, quiere decir «vas insigne devotionis»... Esta puerta, hasta con su cerrojo, ¡mire usted qué manos y qué paciencia!, es «janua coeli», puerta del cielo... Esta escala, la escala de Jacob... Este pozo, el pozo de la Samaritana... Este ciprés y esta palmera... el ciprés y la palmera que también están en la letanía...

(Aparte del cura):—Sí, a mano derecha conforme se entra.

—Este espejo, el «speculum justitiae» espejo de justicia... Este arca, «foederis arca»... En fin, la Letanía entera y plena, sin que le falte una «advocación». ¡Mire usted qué morería de fuente, con su saltador y sus cuatro chorros, y qué pozo, con su bro-

cal y hasta su cuerda!... ¡Nada; nada. Que telegraffo ahora mismo!, y... ¿a cuántos somos hoy? ¿A 24? El día 2 del que viene la tiene usted aquí, o el 6 a más tardar, y con eso la estrena usted el día de la Inmaculada... «¡Inefabilis Deus!» ¡Viva la España Concepcionista!. ¡Viva el Papa del...! (léase como está escrito, pues así lo pronunciaba el comisionista) ¡Viva el Papa de «Síllabu!»

¿Qué hacía uno con un hombre así, Dios eterno?...

—¿Que usted tiene gusto en pagarla al contado?.. La paga usted por giro postal apenas la reciba. ¿Que no puede usted pagarla en su eterna vida?... Pues yo tengo muchísimo gusto en que quede ese recuerdo mío en la Parroquia... Pero el alba, ¡viene mañana mismo de camino, o dejaba yo de llamarme como me llamo! ¡A honrar a nuestra Madre y Señora la Inmaculada en su gran fiesta onomástica, estrenando en su honor el alba de la Letanía, y

¡Ruja el infierno,
brame Satán.
la fe en España
no morirá!...

IV

El señor cura acabó por abroncarse con tanta erudición litúrgica y tanta catolicidad por parte del viajante. Y, zumbón redomado, a pesar de su seriedad y hombría de bien, se lo quitó de encima para siempre con esta salida de pie de banco:

—Mire usted, a mí me gustan las cosas íntegras y sin falta... A mí me gustan las cosas ¡muy completas!... Y me quedo con el alba, sí, señor... Y la pago al contado, y hasta por adelantado, si usted quiere. Pero... con esta condición imprescindible:

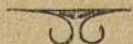
—¿¿¿...???—esto dijo la cara del viajante.

—Que la que me remitan de la casa-matriz tenga los «kiries».

V

—Conque los «kiries», ¿eh?

Y salió el tío de la colecturía, que no veía la puerta.





“Ratonera” en “Nuebayó”

I

Cualquiera da con un hijo estudiante en Salamanca—decían los antiguos—. Conque figúrese usted con un extranjero en Nueva York. ¡Ahí es un grano de anís!

Y sin embargo...

Era a raíz de nuestra guerra con los Estados Unidos, si guerra puede llamarse aquel especioso pretexto de la voladura del «Maine» para provocarnos a la lucha; aquel nefando «copo» de nuestros buques en la ba-

hía de Santiago de Cuba, y aquel inicuo despojo de las vestiduras del Justo (pues eso fué la pérdida de nuestras colonias), que hizo «como viuda» en frase del profeta de los Trenos, a la «señora de gentes y princesa de naciones»... Era,—vuelvo a decir— a raíz de nuestra humillación y apabullamiento, expolio y vejamen por parte de los yanquis.

Y como el negocio no tiene entrañas, se impuso la necesidad imprescindible de un viaje a Nueva York por parte de un alto funcionario de nuestra Compañía, a adquirir materiales de fabricación, costaran lo que costaran. Y el jefe, a quien tocó la china, fué un servidor de usted, si china puede llamarse el viajar como un príncipe, con letra abierta en todas las casas de banca, así del itinerario como de toda América, con la garantía del Banco de España; pero china, y hasta chinarro para mí, dado mi desamor de soldado al pueblo yanqui.

—Más precia el ruiseñor su pobre nido— decía el libro de Retórica que yo estudié (ya ve usted, amigo Lectoral, como yo también poetizo cuando llega la ocasión).

—Más precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas; más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que halagar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas—.

II

Hospedado en el «Tifth Aveneu Hotel»—
Hotel de la Quinta Avenida—, pagando de
pensión a la europea siete duros en oro dia-
rios—¡a la altura a que estaba por aquel en-
tonces nuestro oro!—, aparte (claro está) to-
dos los extraordinarios; con una mesa de se-
senta platos en cada «menú»; con oficinas
de correos, teléfono, telégrafo y cable con
Europa dentro del mismo hotel, yo ¡me aho-
gaba materialmente, lo mismo en el hotel
que en la ciudad! y me iba a los muelles,
sobre todo en los días en que llegaban tras-
atlánticos españoles, a ver ondear en el pa-
lo nuestra bandera y a mirarlos avanzar y
acercarse y atracar finalmente, como si fue-
ran la misma madre España, que venía a
recibirme dentro de su regazo... no faltando
jamás a la hora del desembarque de la tri-

pulación, para oír lengua española y dialectos españoles... para ver tipos y trajes, maneras e idiosincrasias que me hicieran vivir siquiera unos minutos en mi idolatrada España, de la que, entusiasta siempre (usted lo sabe), me hallaba entonces tan frenéticamente enamorado, por hechicería de la distancia y brujería de la ausencia;

Que ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande...

Y siga la retórica de Campillo.

III

No quedó capitán de barco español, de quien yo no me hiciera amigo y a quien no convidara a comer en mi hotel y en los más refinados restoranes de la ciudad de los rascacielos, para obligarlo a que me correspondiera, convidándome a comer a bordo.

—¡Magnífico! ¡Sí, señor! Pero con una condición: que me ha de dar usted cocido; pero nada más que cocido, ¿sabe usted? Ni más frituras, ni más salsas, ni más asado, ni más fiambres, sino cocido de habichuelas y

calabaza, o de habas y guisantes o de acelgas o cardol... ¡Eso sí! Con su carne y su tocino y sus embutidos a la extremeña, ¡pero cocido!

Algunos capitanes eran tan buenos, que al segundo viaje hasta llevaban para el cocido hortalizas de España. ¡Más de una vez me llevaron alcauciles de las huertas de la Macarenal

Yemas de San Leandro, de Sevilla... mantecadas de Soria... melones del Copero... turrón de Alicante... alfajores de Medina-Sidonia... ¡hasta rosquillas de la tía Javiera compraron para mí en la mismísima pradera de San Isidro!

¡Figúrese usted si faltaría yo a la llegada de ningún barcol

—¡A ver qué me traen!—decía yo, para mí, como chiquillo que espera al padre que viene de la feria—. Y siempre me sorprendían con un regalo, tanto más agradable para mí, cuanto más netamente español.

IV

Y llegaba aquella tarde un trasatlántico, que había nada más de hacer escala en Nue-

va York, para continuar su travesía con rumbo a Veracruz; parte de cuya tripulación la componían el «Algabeño» con su cuadrilla, que iban a torear a Méjico.

Y estando yo saludando sobre cubierta al matador, a quien conocía desde Sevilla, veo venirse a mí un hombre como un Hércules, que luego resultó ser «Ratonera», uno de los picadores de la cuadrilla y sobrino de la antigua maestra Dolores Trigo, jubilada y por mí socorrida alguna vez; venirse a mí, repito, con los brazos abiertos; estrecharme entre ellos, cual si fuera a ahogarme, como el Manuel Venegas de «El Niño de la Bola» a «La Dolorosa», alzarme en vilo cuan grande soy, zarandearme en el aire y hasta besarme y decirme, llorando a gritos.

—¡Ay, don Graviél.. ¡¡Don Gravié de mi arma!!!... ¡¡¡Y qué alegría tan regrande, Don Gravié!!!... ¡Bien que me lo encargó la probesita de mi tía Dolore al embarcá!—¡Hijo! ¡Cuantito llegues, que llegues a Nuebayó, ¡dasle muchas memorias ar probecito de don Gravié, que ha sío ¡mu regüeno pa nosotros y que estará allí mu solito el arma mía!!!...



La flor del oredo

I

Me hallaba yo de temporada de verano en Hinojos, y había ido aquella tarde de los alrededores de San Juan a.. hacer como que tomaba el fresco a la era de la casa, allá por la explanada de los Padrones.

Me acompañaba mi sobrina Pepa, personaje de hasta unos nueve o diez años, que, más que criatura humana, parecía un serafín desprendido de un lienzo de Murillo o de Roelas.

Rubia como las cañas de los trigales en sazón, y de

«ojos claros, serenos,»

como los del madrigal de Gutierre de Cetina, me parecía al verla a mi lado como una aparición de mi ángel de la guarda; pues para que su semejanza con los ángeles fuese mayor, alas, que no otra cosa, remedaban las «bertas» de tira bordada del babi blanco, que constituía su traje de paseo.

Yo estaba hechizado por la chiquilla, y a fe mía que era para estarlo. Nada más parlanchín, ni más chilindrinero, ni más didáctico. Podía servir de «Beatrice» a cualquier «Dante» que la escogiese por guía para una excursión por aquel «Paradiso»...

De retorno a los lares, nos sorprendió en el camino el toque del Angelus, esa institución cristiana que es todo un tratado de dogma, al par que todo un poema de gratitud a la encarnación del Verbo, por parte del mundo redimido.

—¡La oración! — exclamó la hechicera acompañante, parándose de pronto y quedando petrificada y como extática, a la pri-

mera campanada que tembló en el aire.

—Rézala tú, hija mía—le contesté—. Yo te iré respondiendo.

Y cruzando las manecitas sobre el pecho, como una Inmaculada, rezó, poseidísima de su papel de sacerdotisa de los campos.

—El Angel del Señor anunció a María y concibió por obra del Espíritu Santo: Dios te salve, María...

He aquí la Esclava del Señor: hágase en mí, según tu palabra: Dios te salve, María...

El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: Dios te salve, María...

Epilogando luego toda su oración con esta jaculatoria de corte popular, que me enternece siempre que la oigo:

—El Angel las lleve, y la Virgen las reciba.

II

—Mire usted, «tito» —me dijo, cuando nuevamente echamos a andar, señalándome

a una planta silvestre que había en un vallado, llena de arriba abajo de flores amarillas—: ¡la flor del credo!

—¿La flor del credo?

—Sí, señó: la flor del credo.

—¿Y por qué se llama esa planta la flor del credo?

—¡A ver!... ¡Y que usted no lo sabrá!

—De verdad, que no lo sé.

—Cate usted una cosa que yo no creo: que un señor que sabe tantísimo como usted, que dice mi mamá que compone usted coplas y que saca libros de su cabeza, no sepa lo que sabe una chiquilla como yo. ¡Vaya! ¡Que no lo creo!

—Pues mira, no lo sé. Y una niña, como tú, no debe suponer ni por un momento que un sacerdote diga mentira. Te digo y te repito que no sé por qué esa planta tenga por nombre la flor del credo.

—Pues mire usted: se llama la flor del credo porque se le da un palo, se reza un credo muy despacito y llora por la muerte del Señor. Y si no, verá usted.

III

Me arrebató de la mano la sombrilla cerrada que me servía de bastón o «virga vitoria», y se fué hacia la planta, que extendía sus ramas simétricas, cuajada materialmente de topacios, pues topacios parecían sus flores de cinco pétalos, al herirlas de soslayo el sol poniente, que clavaba en nuestros ojos su flechazos de luz, por entre los escamados troncos de seculares pinos.

—¡Verá usted!—y la nena sacudió fuertemente con la sombrilla el tronco de la planta.

Esta, tras unos minutos de cimbreo, volvió a su quietud, y comenzó mi «Beatrice» a rezar con el acompasado ritmo con que rezan las monjas en el coro: Creo... en Dios Padre... Todopoderoso... criador del cielo... y de la tierra... Creo en Jesucristo... su único Hijo... nuestro Señor... que fué concebido... por obra y gracia... del Espíritu Santo... Nació de Santa María Virgen... Pade-

ció debajo del poder... de... Pon... cio... Pi...
lato...

Y las amarillas corolas de las flores, a manera de lágrimas silenciosas, comenzaron a desprenderse de los cálices y a resbalar por entre las ramas de la planta, acabando por rodar una tras otra, hasta no quedar una que no lo hiciera, mientras mi idolatrada compañera de excursión iba silabeando con la voz entrecortada por emoción inmensa:

—Fué... cru... ci... fi... ca... do... ¡muerto... y... sepultado!...

—¿Lo ve usted?—me dijo con los ojos de madrigal, arrasados en lágrimas—. ¿Lo ve usted cómo llora por la muerte del Señor?...

IV

Y confieso que a mí no me ha impresionado nada tanto en este mundo...

Yo no he sentido nunca, como sentí aquella tarde, en aquella hora, en aquel escenario y ante aquel «prodigio», toda la gran-

diosidad y toda la poesía de la tragedia del Gólgota.

¡Hasta las flores llorando, al cabo de veinte siglos, la muerte del Crucificado!

Nota primera.—Explicación natural del «prodigio». El recio golpe dado en el tronco de la planta, basta a romper los finísimos pedúnculos que unen la corola al toro o receptáculo. El cáliz, que tiende a cerrarse, y que sólo está abierto por la presión de la corola, se va cerrando, durante el tiempo que dure la recitación del medio credo, y escuchando, por así decirlo, las desprendidas corolas. Los prácticos, como lo era mi nenita, aceleran o retrasan la recitación, para hacer coincidir la caída de las flores con lo de «muerto y sepultado», produciendo en los desapercibidos como yo, efecto tan prodigioso, como el causado en mí en la tarde de nuestra historia.

Nota segunda.—Deseoso yo de ilustrar a los lectores de EL DEBATE acerca de la planta que nos ocupa, por si quieren hacer el experimento, he pedido al insigne botánico señor don Francisco de las Barras de Aragón, Vicerrector de esta Universidad literaria, que me ilustre a mí antes; siendo párrafos de su carta los que transcribo:

«Se trata de una especie de la familia de

las Verlascáceas, género «*Verbascum*». Es el «*Verbascum Hoenseleri* B».

Es planta que florece en Mayo y Junio.

Son conocidas estas plantas con el nombre vulgar de «Gordolobo».

En nuestra región se encuentran también el «*Verbascum Thapsus*» L., que es el más común y conocido; el «*V. súmatum*» L., el «*V. phlomoides*» L. y algunas otras».





El abanico de Laura

I

¡Así! Sencillamente despampanante. ¡Un abanico de reina! Tan de reina, que había pertenecido nada menos que a la canastilla de bodas de la Reina Amelia, de Francia.

El país de vitela, pintado a lo Wateau, con todas las finuras y exquisiteces del más afeminado rococó, representando, entre árboles y fontanas, el juicio de París. Y el varillaje, dividido en tres cartelas, formadas por cayadas y tirsos, guirnaldas y zampañas, rabeles y canastillas de flores, encerrando pastoras de *paniers* Pompadour y pasto-

res de casaca Luis XV, tallados en el marfil y destacándose sobre fondo de nácar, con toda la señorial coquetería y pastoril *do-naire* de los atolondrados cortesanos del Rey-Sol, en la época en que fué moda reproducir la Arcadia en los aristocráticos bosques del Trianón y encantados jardines de Versalles.

No he visto nunca en el mundo abanico más lindo ni mejor conservado. En fin, ¡hasta con los dobleces de la vitela sin rozar, ni haberse amortiguado ni ennegrecido, respectivamente, el dorado y el plateado de los padrones y varillas!

Su dueña, descendiente de una gran familia andaluza, que había pertenecido a la alta servidumbre de la Reina Amelia, y de ahí la posesión de la histórica joya, estaba con su abanico como Mateo con su guitarra, sin ni siquiera quererlo exhibir en la vitrina atestada de preciosidades artísticas del salón de honor, por temor de que se le deteriorase con la luz y el polvo y perdiese el hechizo de lo nuevo e impecable, preferible en cierta clase de antiguallas a lo viejo y patinado. ¡Ahí era nada, un abanico autén-

ticamente histórico, desde el clavillo hasta el ribete del país, y luego, a flor de cuño!... Presentárase otro igual el día en que viniesen los Reyes a Sevilla y lo luciera ella en una recepción de Palacio!... ¡Boca abajo todo el mundo!

II

—El señor Marqués de Mil-Flores.

—Que pase.

.

III

Aquí, el saludo efusivo del Marqués al matrimonio, que lo recibe en la saleta verde, donde el marido lee los periódicos y ella hace labor, saludo a que los visitados corresponden con cariñosa afabilidad. Un largo rato de charla, sobre asuntos de actualidad palpitante, y el Marqués, aprovechando un calderón de silencio, para arrancarse a decir:

—Pues bueno: el objeto principal de mi visita, además del gusto de veros y saluda-

ros, es... (fatiga me causa decirlo, pues... la verdad: me parece un abuso de confianza...

—Ni tú abusas nunca, ni en esta casa, menos:

—¡Muchas gracias!

—conque dí lo que quieras, y no seas niño. ¡Tuviera que ver!

—Pues es el caso que Flora va a ser madre, como sabéis... Y... (Yo, la verdad, no me atrevo). ¡Y cuidado que venía dispuesto al sablazo!... Pero me voy por donde he venido, y aquí no ha pasado nada.

—¡De ningún modo!

—¡De ningún modo! ¡Ni que lo pienses!

—Desembucha lo que tengas que decir, que como esté a nuestro alcance, puedes contar desde ahora con lo que sea. ¡Tuviera que ver, hombre!

—Pues... ¡Allá va!... Que a Flora se le ha antojado un abanico que tiene Laura, procedente, según me ha dicho, de la Reina Amelia, porque yo no lo conozco ni sé cómo es. Y aquí me tienen ustedes, liándome la manta a la cabeza y viniendo por él, si ustedes me lo... ceden. Y, como mientras más amigos, más claridad, yo no quiero gollerías

ni gorroneías de ningún género. Ese abanico, como todas las cosas, tendrá su precio de mercado, y...

—Mira, Miguel, que nos ofendes... Acá no somos chamarileros.

—¿Ves tú? Por eso yo no quería ni abordar la cuestión. Pero dime tú a mí con qué derecho se le pide a nadie una joya de valor, y por su bella cara... Tomadlo por donde queráis. Pero de otra manera, no lo acepto.

—¡Vaya si te lo llevas, y tres más—empezó a decir Laura, con estupefacción de su marido—: pero con una condición inapelable: que ni se vende (nota bien lo que te digo) ni se canjea. No vayáis a venirós con un regalo en correspondencia, que os resulte una compra en especies: ¿estás? El abanico sale de aquí, como un amuleto para un supersticioso, como una reliquia para un creyente, como una medicina, en fin, que há menester una amiga de la infancia, y por una cosa así, como comprenderás, no es delicado recibir dinero, ni cosa que lo parezca. De modo que, si prometes, pero así, bajo palabra de caballero, no corresponder a

nuestro desprendimiento, llamémosle así, más que con amistad y con cariño, ahora mismo voy por él. ¡De otra manera, primero lo hago trizas!

—Repito que es abusar aceptar un regalo de esa monta... Pero, pues os cerráis tan a la banda, y, por otro lado Flora está en el estado en que se encuentra y antojada tan tenaz e irreductiblemente, venga para acá el abanico y perdonad el... robo en despoblado de que os he hecho víctimas. ¡Las cosas que hace uno por las mujeres!

Y se alzó Laura de la marquesita de damasco verde-musgo, en que hacía labor. Salió de la saleta, y volvió a los pocos minutos, trayendo en un estuche de tafilete blanco, con una A coronada grabada en oro, el abanico más lindo, que han zarandeado reinas en este mundo.

—Dices que no lo conoces—dijo el Marqués—: Pues míralo.—Y se lo puso, abierto, entre las manos.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! ¡Definitivo!—exclamó el Marqués—. Pero insisto en que es necesario que me aceptes...

—¡¡No sigas por ahí, porque lo rompo

ahora mismo, y vamos a tener un heredero del marquesado de Mil-Flores, con 'un abanico Luis XV, estampado en la caral! ¿Palabra de caballero?

—Pues te empeñas, ¡palabra de caballero!

• IV

(Monólogo de Laura al ver salir al Marqués).

—¡Tunanta!... ¡Retetunanta!... Está antojada por él desbe la noche del día en que nos vestimos de largo y me lo regaló mi tío Jorge para el baile de presentación que dió mi abuela. ¡Lo de tientos que le ha tirado desde entonces acá!... ¡Lo del antojo de ahora? ¡Mentira, enredo y embrollo! ¡¡Una pura añagaza para sacármelo!!

V

—¡*Nurse!* Dígale al ama que traiga al Condesito (1), para que lo conozcan estos señores.

(1) Los primogénitos de los Marqueses de Mil-Flores eran Condes de Aznalcóllar.

—Chica, tú estás muy bien.

—Sí: estoy muy bien. Ni la menor destemplanza, ni el menor desarreglo... El médico, encantado, y Miguel, contentísimo. Una bendición de Dios, hija del alma. A Miguel se lo he dicho: ¡el abanico de Laura!

—¡Uy, qué cosa más hermosa!... ¡Venga usted para acá, señor Conde! ¡Mira! ¡Mira, Alvaro, qué rubio y qué blanco y qué bonito! ¡Y qué pesa, hija mía!... Tendrá los ojitos azules, ¿no es verdad?

—¡Negros como el azabache!

—Pues mira que va a ser contraste: unos ojos tan negros y un cabello tan rubio... ¡Dios te lo conserve, hija!

—Retírelo usted, ama, no se despierte.

VI

—Conque tan bien: ¿no es verdad?

—Que parece que no me ha pasado nada. ¡Si quieres que te diga que me encuentro mejor que nunca!... Duermo como un lirón, y si es ganas de comer, ¡como los po-

bres! Con decirte que como más que el ama...

—Pues, hija: me alegro tanto. Y, pues has salido tan requetebien de tu cuidado, y el niño te ha resultado todo un serafín... ¡porque mira que es mono, mujer! quiero que me devuelvas el abanico...

La Marquesa, en el espasmo del pasmo:

—¡Pues si me dijo Miguel que...

—Sí: que salía de mi casa como una medicina, como un amuleto, o como una reliquia, para una necesidad. Yo tengo mucho gusto en conservarlo, y nada: con confianza: para algo somos amigas: otra vez que se te ofrezca, manda por él.





Tío Caramelo

I

No sé por qué le llamaban «Caramelo». Como no fuera por la figura que los retóricos llaman antífrasis... En verdad que era más agrio que el vinagre de yema y más áspero y desabrido que el dátil verde.

Ejercía de mulero en el cortijo donde yo pasaba temporada, y aunque los primeros días no me miraba a derechas—hay que advertir que no miraba a nadie—, fuílo amansando poquito a poco, a fuerza de cigarrillos de a cincuenta: tanto, que poco después de una semana, ya estábamos de amigos.

Yo lo llamaba «señó Manué», porque mi huésped, el dueño del cortijo, así me lo había advertido, encareciéndome mucho que no fuese a llamarle Caramelo, como lo denominaban familia y servidumbre, por ser mote o remoquete, con el que se picaba nuestro hombre lo mismo que si comiese pimiento chirle. Y, señó Manué acá, y señó Manué allá, y cigarro va, y cigarro viene, todas las tardes tenía yo algo que preguntarle, cuando llegaba la hora de entrarse por el portalón de la corralada de la hacienda a abrevar el ganado, terminado el acarreo del grano de la parva.

Me interesaba aquel hombrazo, de proporciones atléticas y de aniñado rostro; querencioso para el ganado como una madre y callado y abstraído de todo lo demás, como un monje cartujo; apegado a sus señores como un perro, y hosco y seco, y hasta hostil con todos los bigardones, que no hacían por desquitar su jornal en la casa.

—¡Ese ha cortijeao mucho!—solía decir cuando quería significar que alguno era marrullero, y haragán y «costilla». Y al que había «cortijeado» mucho según él, a ese

ni lo miraba a derechas... ni a izquierda, y le daba un zamarreón cuando venía a pelo.

—¿Vas a hereá a los amo?

—Lo que voy es a decirle a los civiles los ladrones sin trabuco que roban los jornales sin ganarlos. ¡Lástima de presillo, que tienes más que ganao, so ladrón!

Sentado en el pretil del abrevadero, se me ocurrió preguntarle aquella tarde:

—Y hoy, ¿ha hecho mucho calor?

—¡Que se han erretío los peernales e la yesca! ¡Misté los animalitos cómo vienen! ¡Meramonte enjarinaos, iguá que las sardinas pa freirlas!... ¿Vaya, que tanto buscarme la boca,—me dijo un día—y tanto platicá conmigo toas las tardes es porque le han contaó a usté que me llaman Caramelo por mar nombre, y a usté no le pué entrá en la cabeza un apóo asina, en un hombre que parece una mata de abulaga o una arcachofa e cardo borriquero?

Po se lo vy a contá a usté, na más que por er buen agrao que tiene usté con los probe, y no como otros señores que han venío otras veces a la cortijá, y que es semenesté pa jablarle, ¡una solicitó en paper

sellaol... Pero con una condición, ¿estasté; que no me vayasté a sacarme a mí en ER REMATE.

—¿¿.....??

—¡Ese papé que le mandan al amo diario tos los días y que mos lee argunas noches er capatá, y que trae unos cuentos mu graciosos!... ¿Usté no es uno de los que escriben en él? ¡Po no me reí yo na con er der camisón der gitanol... ¡Po ¿y con «la madre de ésta»?!

—Hombre: tal puede ser lo que usted me cuente, que sea una verdadera tentación no aprovecharlo para EL DEBATE. De modo que si me niega usted el derecho o me coarta la libertad de contarle cuando venga a pelo, no me lo cuente usted.

—Po güeno: jaga usté de ello lo que usté quiera—agregó, tras una pausa de vacilación e incertidumbre—. De toos moos en er pueblo lo saben jasta los perros, y ande no me conocen ¿qué me se importa? Cuéntalo usté, si usté quiere, y con eso me veré en letra de morde y por esos papeles e Dio como ur ministro.

—Pues vaya otro cigarro.

II

—Era yo zagaloncete, de doce o trece añillos, y ¡vaya que no sabusté lo que más me gustaba a mí en er mundo!

—¿Los caramelos? — respondí suavemente.

—¿Qué caramelos, ni caramelos? ¡¡Los merengue!!... ¡Dios, qué cosa más rica y más tierna y más durcel!

Y a mi interlocutor se le hacía la boca agua con el recuerdo.

—Porque ¿usté sabe lo que es un merengue? Misté: un merengue, es tó verdá... Ni tiene cáscara como las breva, ni güeso como los amasco, ni escamas como las sardina, ni espinas como el bacalao, ni pepitas como los tomate... ¡Er merengue lo aprovecha usté tó!, y si está güeno por defuera, está más güeno otavía por dentro... y por mú grande que sea er bocao, no le chorrea usté la armiba ni tanto así, y si se le quean

a usté los deos empringostaos, se pega usté un chupetón, y santas pascuas.

¡Y que no está mu güena la armibita con canela que se le errama por entre las dos mitaes!... ¡No quisiá en este mundo na más que sé Rey, que no iba a jacé otra cosa, que llevarme comiendo merengues endeje que Dios echara sus luce jasta que las arrecogiera, y ni la carne ni er tocino lo iba de probá, sino merengues que te crió pa armorzá y pa comé y jasta pa repastá por las noches!...

—¿Con que tanto le gustaban a usted?

—¿Me gustaban? ¡Y me gustan!! Misté: atento custión de merengues, me atrevía a comerme... ¡un callejón! ¡con los vallaos bien artos, ¿sabusté?, tito lleno de merengues jasta aribota, y una cuadrilla de hombres con azaón tirándome pellás!

Me hizo gracia la andaluzada y tomé nota de ella.

—Y había en la mesmita esquina de la plaza una confituría, lo cuá que otavía esiste, na más que ahora es del hijo mayó der durcero de entonce: un hombre asín de mi

edá, porque es de la quinta anterió. Y no jacía merengues tos los día, ¿sabusté?; sino los días de fiesta: pa la Vigen der Carme..., pa Santiago..., pa la Vigen de Agosto...

Ca vez que yo pasaba por la puerta y vía aquellos tableros como paneras, que se venían abajo de merengues encima der mostraó, ¡misté!, se me ponían los dientes asina —y señalaba desde la sangradera hasta el final del extendido índice—. Una vez ajunté en reá, y me se quearon ên una muela. Otra vez ajunté cinco reale, y lo mesmo: me los comí de una sentá, y me queé con ganas... y entonce me se ocurrió una diablura, y lo mesmito que me se ocurrió, la puse por la obra.

Entrarme a gatas, aprovechando un escudio de la durcera, porque er marío no se ponía en er mostraó; agazaparme en er lao de los merengue, pegaíto ar tablero como una lapa; alevantá la mano con mucho tien-to y dir cogiendo merengue y dírmelos comiendo, conforme los cogía.

¡Dio, y qué penzá me dí la primera noche!... ¡y la segunda!... y... na má: porque, escamao er durcero con la roncha que echó

de ve en los tableros de los merengues, me acechó endeje la ventana de la casa frontera, y, a una señá convenía con la mujé, que se había apostao etrás e la cortina de la entrá, pegó un portazo que retembló la calle, y me cogieron vivito y coleando y con las manos en la masa.

—¡Ah, ladrón!, ¡sinvergüenza!, ¡canalla!, ¡chupetón!... ¡Ahora me las pagarás!

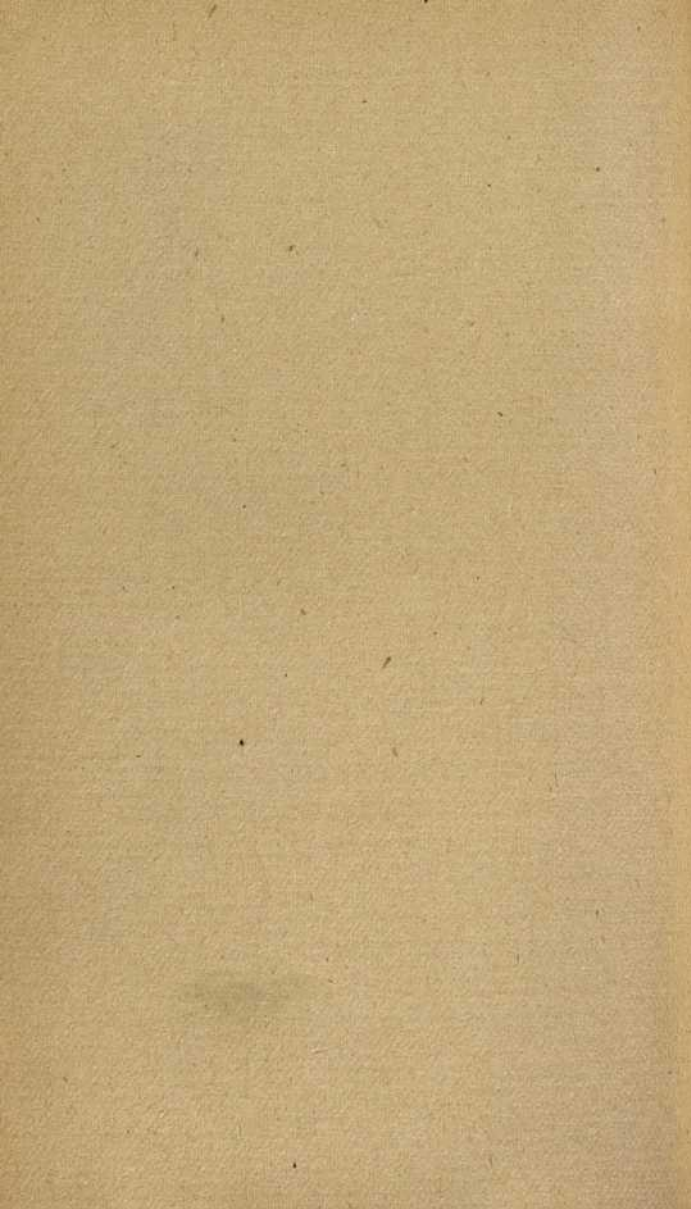
¡Me morí, me morí, me morí! Porque yo era mu vergonzoso, ¿sabusté?... Y como er delito es tan cobarde, y yo hubiá querío entonces que me hubiá tragao la tierra pa que no se enterara naide, y mi madre me no, porque me iba a esollá, singún era de reuta, lo cuar que asín y to me esolló la probecita, no me atreví a rechistá cuando me ví cogío... sino que me entregué como un marti a lo que quisieran jacé cormigo, y, verá usté, señó, lo que jicieron: ¡pone er pelo de punta!

Arremangarme er camisón hasta er pes. cuevo y echarme abajo los carzone... Estríparme por titito mi cuerpo tos los merengues que había en er mostraó... Llevárme a la vera e la boca er jorno, que estaba aca-

baíto e cardeá y tenerme allí amarrao el
muy malarma, ¡jasta que se hicieron cara-
melos!...

.....
¡Pa que no se infae uno, y se pique, y se
inrite cuando le digan Caramelol







Total enmienda

I

—¿Y qué tal esa novicia?

—¡Ay, Padre! ¡¡un ángel de Dios! Inocente, que le chorrea el agua del bautismo. Humilde, como la tierra. Y luego tan trabajadora la pobrecita, que es menester mandárselo por santa obediencia, para que deje de trabajar.

Buena falta que nos estaba haciendo una prenda así, porque las cuatro de velo blanco que tenemos, usted sabe cómo están las pobrecitas: como para que las cuiden, y na-

da más: Presentación, que no puede ni con la toca, con setenta y seis años, que se dicen de una vez. Corazón de Jesús, baldadita con el reuma, que no puede ni dar un paso la infeliz. San Antonio Abad, con el estómago perdido, que devuelve todo lo que come, y así se está quedando. Y la pobre de Sagrario, que es la que hace a pelo y a pospelo, teniendo que salir del lavadero para meterse en la cocina, y en el refectorio, y en todas partes, que no sé cómo tiene cuerpo la criatura.

Figúrese usted, por consiguiente, lo contentísimas que estaremos todas con este ángel de Dios que usted nos ha traído: tan joven, porque ahora para la Impresión de las Llagas cumple los diecinueve años; tan sana, porque está como unos corales (Dios la bendiga); tan fuerte y tan hacendosa, porque es de acero, y sobre todo, tan alegre, que está siempre el alma mía como unas castañuelas.

Y luego, Padre, que para todo sirve y para todo lo que usted vea en este mundo se da traza. Lo único para lo que está un poco torpecilla es para la cocina. ¡Ya ve us-

ted: una criaturita que no había hecho otra cosa en el siglo, que guardar ovejas (que por eso he querido ponerle por nombre de religión Divina Pastora), ¿qué va a entender de guisos ni de dulces?

Pero todo lo demás, como los ángeles. ¡Qué rebién lava... qué rebién aljofifa... qué bien enciende el fogón... qué arte para repicar las campanas y para darle al fuelle del órgano, que desde que ella le está dando, parece otro!... En fin: ¡una alhaja!

Tiene—como es natural—algunos resabios del mundo todavía, como, por ejemplo: decir *mi* en lugar de *nuestro*, que eso está muy feo en un religioso. Pero que en cuanto se le reprende, ya la tiene usted con los ojitos bajos, pidiendo perdón y colorada como una amapola, por haber dado lugar a que se le reprenda... A mí, es cosa que me tiene edificada y a Madre Maestra lo mismo. Dios le conserve la santa vocación y le dé a usted muchísima salud para traernos muchos regalos como esta criatura.

II

—Conque vamos a ver. ¿Qué tal te va?

—¡Ay, Padre! Contentísima y bendiciendo la hora en que tuvo usted la inspiración de traerme al convento.

—¿De verdad, de verdad?

—¡De verdad, de verdad, de verdad! Todas, unas santas, Padre. ¡Qué humildes, qué sufridas, qué fervorosas, qué caritativas con todo el mundo y conmigo en particular! ¡Vamos: el cielo en la tierra, y las santas de los altares, andando por los claustros!

La que más me gusta de todas ellas es Madre Abadesa. Usted no puede figurarse lo buenísima que es y lo que se interesa por todas y por mí en particular.—Hija, ¡que no refriegues tanto en ese lavadero, que se te van a abrir las muñecas!... Hija, ¡que estás muy acaloradita de sacar tantísimos cubos de agua, y no quiero ni pensar que te pongas mala!... Descansa; refréscate, y cuando no estés sudando, vé a la enfermería y que te den un refresco de corteza de cidra,...— De modo que mire usted, Padre, si no es

para darle gracias a Dios Nuestro Señor, por la misericordia que ha tenido con esta pecadora: que nada más que de considerar que me ha sacado de los montes y de los cerros para traerme a su santa casa, es cosa que me deshago en lágrimas de gratitud en su divina presencia, y no quisiera más, sino que el convento necesitara de mi vida, para dársela. ¡Ojalá estuvieran tan contentas conmigo como yo estoy con ellas!

—Una cosilla tuya que no le gusta a la Madre: que dices *mío* en lugar de *nuestro*, siempre que llega la ocasión.

—¡Y si no me acostumbro, Padre! Crea usted que por más que hago, no me acuerdo nunca. ¿Querré yo enmendarme? Pues se me olvida siempre, pero como las cosas olvidadas... ¡Pídale usted al Señor que me dé su santa gracia para enmendarme!

III

—Me acuso, Madre Maestra, ante Vuestra Reverencia y Caridad de haber faltado hoy tres veces a la santa pobreza. Una, porque perdí el santo rosario no sé dónde, y le

pregunté a la otra novicia si había visto *mi* rosario, por casualidad. Otra, porque me preguntó Madre Abadesa que de dónde venía, y le dije que de *mi* celda. Otra, porque hablándose en la recreación de macetas de albahaca, dije con mucha resolución y mucha vanagloria: para macetas de albahaca, las *mías*. Pido perdón a Dios Nuestro Señor, de todas estas faltas, y a Vuestra Caridad, que me imponga penitencia.

—Y te la voy a imponer, hija mía: te la voy a imponer. ¿Tú no ves que aquí nada es *de nadie*, sino que todo es *de la Comunidad*? El religioso no tiene más que el uso de las cosas. Eso de *tuyo* y *mío* se queda para la Babilonia del mundo. Aquí todo es *nuestro*. ¿Cuándo, si no, has comprado tú ese hábito, ni con qué dinero tuyo has mercado la tarima en que te acuestas, el pan que te comes, o la medicina que has menester? La santa religión es el dueño de todo. El religioso no es más que el usufructuario... Llamar, así pues, *mías* las cosas es despostrar a la Comunidad de lo que es suyo... ¡Tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño!

—¡¡Ay, Madre, qué horror!!!

—Aunque mereces castigo, mirando que mañana es la fiesta de los Dolores Gloriosos de Nuestra Señora, no te impongo penitencia. «Vete, y no peques más». Pero por Dios, enmiéndate, mujer.

IV

—¡Angel mío de mi guardal ¡Alcánzame del Señor el que yo me corrija de este vicio tan feo! ¡Que se me olvide la palabra *mío*, para que nunca jamás asome a mis labios! ¡Ayúdame tú, Virgen Santísima, para que yo no vuelva a caer en falta de tanta desedificación para esta santa Comunidad! ¡Yo pondré de mi parte cuanto pueda! ¡Pero ayúdame tú!...

¡Mírame con compasión!

No me dejes, Madre mía (digo) nuestra...

V

—Madre: que era menester que hiciera Vuestra Reverencia la caridad de darme la llave del armario grande de la clavería, para sacarle todo lo que tiene dentro y retirarlo

de la pared, para acabar de blanquear el testero y aljofifar por debajo.

—¿Y quién te va a ayudar?

—Sagrario, que es la «que se le» ha ocurrido... Dice que no se aljofifa aquello más de cuanto há.

—Mira, hija mía, que pesa mucho y que eso es como para hombres. Dejadlo para un día que haya albañiles.

—La cosa es que ya lo tenemos todo blanqueado, y es una lástima dejar aquel parche... Sacando todo lo que tiene y quitándole las tablas, podemos muy bien con él entre las dos.

—Bueno: toma la llave. Pero cuidado, no os vayáis a lastimar. ¡Y que no hagáis ruido ¿te enteras?: que está el coro muy cerca, y está al caer la hora de la meditación!

—Descuide Vuestra Reverencia.

VI

La Comunidad entera, a excepción de las dos leguitas, está en el tercer punto de la meditación de la tarde.

El ángel del silencio preside el acto, y se

pudiera percibir el aleteo de una mosca. ¡Qué quietud tan beatífica! ¡Qué paz tan inalterable! ¡Qué oasis de sosiego... de calma... de...

¡De pronto suena un ruido estrepitoso, como si se hubiese hundido medio convento!...

¡Las monjas palidecen de espanto; se levantan despavoridas, y salen a la cruzía, consternadas... escuchando salir de la clave-
ría unos gritos agudos, ¡inverosímiles!... gritos de la garganta de contralto de la hermana Pastora, que dice en el paroxismo de la angustia:

—¡Ay, nuestra pierna!... ¡¡Ay, nuestra pierna!!





“Nueva Artemisa”

I

Sentiría que los lectores de EL DEBATE, que me honran con su estimación literaria, tomasen por «coladura» del autor, el episodio, arrancado de la cantera del natural, que relatarles me propongo, no ya sólo porque se pusiese en tela de juicio mi veracidad de hombre honrado; sino porque si la cosa tiene chiste—yo creo que sí—, es cabal y precisamente por su historicidad rigurosamente exacta.

Hay cosas que no se le ocurren a ningún novelista, y esta es una de ellas. Por lo menos a mí, ni a soñar que me hubiese echado hubiéraseme ocurrido jamás ni nunca. Y a fin de que el exordio no nos vaya a resultar más largo que el sermón, entremos en materia, como Perico por su casa.

II

Se le murió el marido durante los repiques de vísperas de la Virgen del Carmen, Patrona del lugar, en celebración de cuya fiesta se hace anualmente, desde la plaza a los Cuatro Cantillos una velada, con sus dos o tres puestos de garbanzos tostados, pepitas y avellanas; su gran puesto de alfajor y de dulces finos en la puerta de la posada; sus títeres con su drama inmortal de Cristobita, y—¿cómo podía faltar en una fiesta andaluza?—; su gitana buñolera, rechinante de limpia y crujiente de almidonada, apostada estratégicamente en una de las esquinas, con su lebrillo y su anafre, su botija

de aceite y su mesa aparador donde ir depositando la fritura conforme el «amanuense» la va sacando humeante y diciendo «comedme, comedme», de la estañada sartén.

Se le murió el marido, vuelvo a decir, durante los repiques de vísperas. Y porque el tener que andar con muertos cosa era que la horrorizaba, hasta ponerle los pelos de punta, dejó a las dos hermanas del finado la caritativa tarea de amortajarlo, aprovechando un síncope que le dió, o que si no le dió como malas lenguas aseguraban, ella hubo de «tomar» por su cuenta y riesgo, para no volver de él—un accidente así nadie sabe lo que puede durar—mientras el cadáver no estuvo vestido de pata a oreja, con las crispadas manos amarradas sobre el enjuto abdomen y un pañizuelo blanco, con dobladillo negro, tapándole el amarillo y desencajado rostro...

Y sería por lo excesivamente agudo del dolor o por lo horrendamente trágico de su estado nervioso: lo cierto de ello fué que ni exhaló el más leve quejido, ni rodó de sus ojos la más pequeña lágrima... Su actitud

en la silla del portal de la calle, en donde durante el accidente habíanla sentado, era de meditación y ensimismamiento... Y hosca, huraña, sombría, desconcertada y muda como la estatua del infortunio, hacía recordar a la Doña Juana la Loca, de Pradilla, ante el féretro del más hermoso de los reyes y el más idolatrado de los esposos...

Alguien propuso levantar el cadáver del lecho mortuorio en que yacía, para colocarlo sobre una tarima hecha de cajones y de medios ladrillos en la habitación destinada a capilla ardiente, o lo que era igual: otra vez el peligro de tener que andar con muertos... ¿Le daba nuevamente el «sopitipando», o no le daba?... Y fuera porque en el sistema nervioso, nadie manda a su propio capricho, fuera porque en el ataque anterior ella no hubiese quedado satisfecha del todo de sus aptitudes escénicas, lo cierto fué que el síncope se quedó por las costas... Se levantó de la silla, se compuso la falda y se tocó el mantón, que es el tocado de luto supremo por aquellos contornos, y dijo resueltamente a las cuñadas que ella iba por la papeleta a casa del médico—antes que estu-

viesen los Cuatro Cantillos así de gente—y unía por las yemas los cinco dedos de la mano.

III

¡Dios! ¡Y cómo estaba aquel año la velada del Carmen!... ¡Ríase usted a carcajadas de la feria de Abril, de Sevilla! ¿Dos o tres puestos de garbanzos tostados, pepitas y avellanas, dije?... ¡Pues cuatro, nada menos!... ¿Un puesto de turrón y dulces finos?... ¡Pues tres había aquel año, para que te desembobaras!... Y luego, uno de juguetes... y otro de sombreros y alforjas... y caballitos o «tío vivo» en la explanada de la calle Abajo... y un tío con un carrillo con botellas de gaseosa... y otro con un canasto de camarones y mojama... y tres hombres con ruleta, que por una perra chica le podía salir a usted, lo mismo una Giralda de caramelo, casi de tamaño natural, que un puro de a veinte céntimos, o una peseta en plata... un matrimonio con «vistas» en un cajón, que lo mismo era asomarse usted por un

agujero que ver la muerte de Prim o la guerra de Africa y cincuenta mil «actualidades» por el estilo... y María er Doló, haciendo buñuelos en la esquina de siempre, con el rodete de ébano barnizado, convertido en maceta de jazmines, y los zarcillos de corales recolgándole de las orejas hasta los hombros, y la pañoleta de encaje de cortina, recogién-dole el opulento busto y reforzándole la «entonación» del renegrido escote, con su Mari-quillarvalle al lado, ejerciendo de banderillero de confianza, con su vestido de faralaes, color de rosa con ribetes negros; su pañuelo de talle, de Manila, canario, dejado caer sobre los hombros y reatado a la cintura con retemuchísima gracia; su peineta a lo chula, sobre la oreja «dizquierda»; su collar de cuentas verdes en la garganta de... hábito del Carmen, y... ¡medio almud de harina puesto a guisa de enjalbegado por la cara de betún judáico! ¡¡Hijal! ¡Qué cromol

Ensimismada en su dolor de Artemisa, discurrió por toda la velada nuestra viuda, ajena a todo aquel movimiento y zambra y alboroto...

Ya podían los hiperbólicos pregones de los vendedores, el gritar desaforado de los chiquillos y hasta el ensordecedor «chinchín» de la música de debajo de la tienda cobijadora del artefacto del «tío vivo» envolverla en discordante atmósfera de notas... hasta diplomáticas. Como el del cuento—predíqueme usted, Padre, que por un oído me entra y por el otro me sale—, ella avanzaba, insensible a todo lo de este mundo que no fuese su dolor, como si éste la hubiese hecho impermeable a todo lo terreno, menos a su infortunio. ¡Pobre tórtola viuda!...

IV

Mas al pasar abstraída y como sonámbula por junto al puesto de María er Doló, el condenado tufo del aceite frito se le coló por las narices y le llegó al estómago... Y fuérase porque le gustasen desbaratadamente los buñuelos—¿es pecado, quizás?—, fuérase porque a causa de los malos ratos pasados junto al enfermo, sintiese debilidad... acaso hambre—¡no hay nada más ineducado ni más rebelde que la víscera estómagol— nuestra Artemisa se paró en firme junto a la mesa. Requirió la faltriquera de

debajo de la enagua. Sacó tres perras gordas como tres soles y se puso a comérselas, convertidas en una docena de buñuelos...

Uno... dos... tres... hasta la docena del fraile, porque María er Doló le dió uno «de cominitos», fuéselos embaulando, uno tras otro dentro de sus entrañas dilaceradas por el dolor...

—¡Pa sentí es semenesté comé! —le decía su conciencia, a lo que ella prestaba edificantemente dócil asentimiento...

—¿Quiés que te mande esta noche a casa media librita? —le preguntó la buñolera, ignorante de la horrenda catástrofe que se había enseñoreado sobre el hogar de su interlocutora, aunque con el honrado natural deseo de asegurar un pedido, pues a! fin y a la postre el negocio siempre es negocio.

A lo que la desventurada replicó, refregándose el puño por los labios para borrar las reliquias del aceite y soltando el trapo a llorar, como si le apuñalasen el corazón:

—¡Sí!... ¡Qué precioso, mujé!... ¡¡Media librita e guñelos!!... ¡¡¡Con mi marío e cuerpo presente!!!

Y salió a espetaperros, calle arriba, a casa de don Manué, «jecha una Madalena»...



Vocación decidida.

I

Con haber ido al pueblo una compañía de cómicos de la legua, con motivo de las fiestas de la Patrona, la innata afición a las tablas, característica de Curro «el Maestrito», dejó de ser afición más o menos acen- tuada y vehemente, para llegar a ser pasión avasalladora, incontrastable, frenética.

¡La Madre le Dió! ¡Y qué manera tan prodigiosa de dar nervio, y relieve, y vida, y expresión apropiada a cada papel, la ma- nera de representar que «se traían» aque- llos hombres!... ¡Aquello sí que era decla-

mar, y matizar y hasta bordar los diálogos... vivir las situaciones... encarnar los tipos!..

¡Si él pudiera—claro estaba que a fuerza de estudio y de constancia—llegar a aquellas exquisiteces y excelsitudes!...

¿Y por qué no, ¡récoles!?... ¿Nace alguien sabiendo, quizá?... Quizá cuanto más y mucho todos aquellos artistas estupendos habrían sido a los comienzos de su carrera tan paletos como él. Pero entrarían de comparsa, al principio; ascenderían a partiquino después; más tarde se les confiaría un papel sencillito, y sólo después de muchos días y de muchas noches, conseguirían haber llegado a aquellas altitudes inefables... augustas... ¡divinas!...

Y cerraba los ojos, se veía a sí mismo andando el tiempo, hecho un Thuiller o un Díaz de Mendoza, arrastrando los auditórios tras de sí con la magia de su arte, como el tracio Orfeo los árboles y las peñas con los acordes de su lira, y dejando apabullados y tamañitos aquellos mismos colosos del momento.

¿No tenía él una figura, que «rejastallí», aunque estuviera mal que él lo conocie-

ra?... ¿No tenía una voz, que parecía una campanilla de plata?... ¿Qué? ¿Que prenunciaba otavía como se prenunciaba en er pueblo?... ¡Ya él se afinaría y se puliría, como su primo José: que nada más que con haber estado en Sevilla poco más de un año, de mozo en una fonda, había vuelto diciendo er badúl, las destenazas, las destijeras, la mano disquierda y la crujida de la Catedral....

Y en cuanto a sentir él «por adentro» todo lo que había que sentir, apenas, apenas apuntaba lo dramático de una situación, ya lo tenía usted temblándole la barbilla, vidriándosele los ojos y soltando el trapo finalmente, como si viera a su tía Rocío entre cuatro blandones.

(Su tía era todo lo que tenía el pobre en este mundo).

II

Y, como el que no se arroja la mar no pasa, un día en que la pasión por las tablas lo volvió tarumba, dió un puntapié a la banquilla, que fué a parar en medio del corral.

Se metió en su cuarto. Se lavó de pata a oreja. Se vistió de nuevo. Se pasó por la barbería donde lo rasuraron y lo peinaron, y le rizaron las guías del bigote y hasta lo perfumaron con agua de Colonia. Compró una cajetilla de cincuenta céntimos, y con golpeteos en las sienes, saltos en el corazón y sequedad como de corcho en el paladar, se coló decidido y resuelto por la portalada del parador del Francés, donde se hospedaban los comediantes, y preguntó resuelto y decidido por el director de la compañía.

III

—Aunque usted no tiene el honó de conocerme...

—Gracias, no fumo.

—vengo a pedirle a usted un favó... Digo: si pué sé: si no pué sé, me voy por donde he venido, y tan amigos como antes.

—Usted dirá.

—Mirusté: lo que yo quiero de usted, pero como se quieren las cosas: ¡con los reaños del arma!, es que me armita usted en la compañía. No vaya usted a creé que yo quiero

sentar plaza de capitán generá, ni quitarle su comé a ningún padre de familia: ¿sabusté? Yo quiero entrá, jaciendo primeramente papeles desinificantes... Y alospué, si sirvo (yo creo que sí) dir poniendo la puntería a cosas de más mérito. Lo que yo quiero es aprendé. Y pa aprendé, ¡maestro como usted, y sobre tó: como usted!

—Muchas gracias.

—Y no crea usted que yo voy a sé desigente, atento custión de suerdo. Yo tengo un cercaíto, ahí a la vera der puente, que heredé de mis padres, que vardrá mar vendió sus dos mí cuatrocientos reale, ¿sabusté? Y ese se vende esta noche, si usted quiere, y se reduce a pasta, y yo vivo a mis despensas tan y mientras me dure, y cuando me se acabe, creo que ya estaré esarnao y en disposición de ganá lo que me coma. ¿Que no gano na má que pa un tostón con caballas?... Eso es lo que yo he comío en toa mi vía... ¿Que pueo ganá pa... carne con tomate? Mejón pa mí. Lo que yo quiero es jacerme un artista y ser argo en er mundo. Conque usted dirá.

IV

—En principio, su deseo de usted no puede ser más honrado, ni su actitud más correcta... Así son las vocaciones de los grandes genios.

—¿Entonces dice usted que sí, señó?

—No, señor; eso no quiere decir sino que sus deseos de usted son muy laudables. Pero como el deseo, por honrado y legítimo que sea, no suele bastar por sí solo, sino que además del deseo se necesita tener aptitudes, convendría conocer las de usted, antes de que realizara usted ese campito, que, según usted dice, es toda su fortuna. ¿Ha trabajado usted alguna vez en el teatro?

—Unas ocho o nueve veces.

—¿Usted ve? Algo es algo

—Y aunque no esté bien que yo lo diga, no he queao malamente.

—¡Miel sobre hojuelas! .. Y ¿en qué obras?

—Siempre en «Don Juan Tenorio». ¡Me gusta más!..

—Y ¿qué papel ha hecho usted? ¿Don Juan acaso?

—¡Quiá! ¡No, señor! Ese lo tiene aquí arrecotao mi maestro (porque yo soy zapatero, ¿sabusté?), y mi maestro es muy güen aficionao y lo jace muy bien. ¡Que pone er pelo de puntal

—¿Don Luis Mejías entonces?

—Tampoco; no, señor. Ese, quien lo hace muy bien también es un maestro barbero que hay aquí, que, si le digo a usté la verdad, me gusta más otavía que mi maestro...

—Vaya: el Comendador.

—Tampoco; no, señor...

—¿Avellaneda?... ¿Centellas?... ¿El escultor?... ¿Butarelli?...

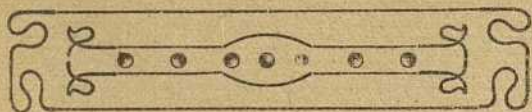
—No, señor: ninguno de esos. Er papé que yo he representao siempre es er de un mardito.

—¿De un maldito?? No caigo...

—¡Sí, señor!... Cuando se alevanta, que se alevanta er telón, lo cuar que está Don Juan escribiendo una carta, ¿no van pasando por las puertas der foro unos pocos, dando muchas voces y armando mucha trapatiesta, y sarta Don Juan y dice:

«¡Cuár gritan esos marditos!»...

Po uno de esos marditos es er que yo he jecho siempre.



“Lógica pura”

I

Nada más embustero, ni más lioso, ni más maldiciente, que la última criada que acaba de irsele a Doña Petra.

(Doña Petra es una señora que vive en... todas las casas de todas las calles de todas las poblaciones de todo el mundo civilizado).

—Pues ¿no ha salido diciendo la muy liosa que se ha tenido que salir de casa porque aquí no se come? ¡Mira tú!, ¡cuando por lo mismo que no tenemos más que una, en la cocina se come lo mismo que en la mesa!...

Bonito es Pepe, para consentir que haya siquiera un postre, que no lo disfruten ellas lo mismo que los demás!... El día en que hay helado, ya se sabe: su concha a la cocina, a más las rebañaduras de la heladora. Y quien dice helado, dice pasteles, y quien dice pasteles dice fiambres, y antes se queda Pepe sin catar lo que sea, que sin hacerme apartar para la cocina. Con esto de tener un marido «en olor de santidad», como yo le digo, créete que a las criadas de mi casa se les cae la sopa en la miel.—Mujer: ¡que son hijas de Dios como nosotros!... ¡Que tres duros de salario no dan derecho a tratarlas sin caridad!... ¡Harta desgracia tienen las infelices con tener que servir!... —¡Para bien agradecido, después de todo: para encima de quitárselo una de la boca, como quien dice, que salgan desacreditando la casa, y diciendo la muy enredadora que la matábamos de hambre.—¡Pa jambreá, en mi casa!— Le dijo a la lavandera ¡Mira qué puñado de honra!

Pues ¿dónde me dejas tú el pendón de la Amparo: ponerse a decir en casa de las Núñez que Pepe y yo salimos a bronca por día,

y que rara era la noche en que no «había hule». ¡Mira tú!, ¡cuando por lo mismo que está todo el día de Dios en el escritorio y apenas si está en casa más que el tiempo preciso para comer, no hace más que jugar con los nenes desde que entra hasta que se va, y colmarme a mí de arrumacos y de zalamerías, que algunas veces tengo que llamarlo al orden!... Como que más cariñoso, ni más bueno, mentira. ¡Y salir diciendo que aquí no se acaban los escándalos y que aquí no se gana para disgustos!... Cuando te digo que es el ganado más malo y más chismoso que come pan!... ¡Lo mismo que la bellaca de la Asunción: salir diciendo la muy calumniadora que no estábamos casados!... ¡Gracias que donde lo dijo fué en casa de las Quintero, y por poco no la pegan!... ¡Mira tú, cuando la madre fué nuestra madrinal...

Te digo y te redigo que sólo de pensar que tiene una que meter dentro de su casa esas truchas, para convivir con ellas, es cosa que se me abren las carnes... ¡No las quiero y no las quiero!—Mujer: ¿por qué no tienes dos?—me dice Pepe, cuando me ve

ajetreada y sin tiempo ni para rascarme la cabeza.—Si no puedo aguantar una ¿quieres que tenga dos? Prefiero estar hecha una fregona, como lo estoy, y no salir ni a la puerta de la calle, a tener que bregar con dos potros, cuando, si fuera posible, no tendría ni uno... Eso digo yo: tantos inventos como hay todos los días para todo, y no haberse inventado una máquina, para que friegue los platos y aljofise los suelos, haga recados y sirva a la mesa... ¡De limosna lo pedía de puerta en puerta, y adquiría una!... ¡Criadas?... ¡Ni a la hora de mi muerte!... ¡Embusteras!... ¡Chismosas!..., ¡Trapisondistas!..., ¡Calumniadoras!... ¡Enemigas pagadas y gratificadas encima!... En fin: ¡fincas de recreo!

II

—¿Petra?...

—¡Carmela! (Un chaparrón de besos).—
Es que me pareciste por el aire, y dije: voy a llamarla. ¡Como no nos vemos nunca
—¡Hija! ¡Qué quieres! Una casa llevada

como Dios manda, es un amarradero muy grande, y lo que es yo no salgo más que los domingos a Misa, y eso porque es precepto bajo pecado, y a las tiendas cuando ya no hay más remedio. Ahora vengo de ver unos gabanes para los niños, porque los del año pasado ya no les sirven; por cierto que me he venido sin decidirme porque, ¡hija, qué caro todo con la guerra!

—De tiendas vengo yo también, de encargar los sombreros de invierno para las nenas. ¡Si vieras a tu ahijada qué hermosísima está! Te digo que una mujer, enteramente. A quien he visto en casa de la modista es a Clotilde... ¡Hija!... ¡Qué rebién puesta, y qué elegante!

—Siempre la dió de ahí:

Mucho vestido blanco,
mucho volante,
y el puchero a la lumbre
con dos guisantes...

—Pues llevaba un abrigo de terciopelo hasta los pies, con cuello de cebellina; un manguito de esos de última, de hechura de cuñete de aceitunas —de melón, creo que

les dicen—, y un sombrero de terciopelo color de cobre, con un «sprit» que desho-llinaba el techo de la tienda... Tú sabes que ella es muy habilidosa, y que la mayor parte de lo que se pone lo confecciona ella misma. Pero lo que toca hoy, iba como una reina. ¡Vaya un empaque!

—Pues hija: el sueldo de su marido no da para tantos lujos... Aunque se ahorre la hechura, que es mucho ahorrarse (prueba al canto que te la has encontrado en casa de la modista de sombreros), ni el terciopelo ni la cebellina los dan de balde... ¡Y cómo están las cosas!... ¿Qué quieres que te diga?... A mí hace tiempo que... no me huele bien.

—¡¡Mujer: por Dios!!

—No: si yo no digo que sea así, ni sea asao... ¿estás?... Sino que es muy poco sueldo el sueldo de Miguel para tanto lujo.

—¡Pero si él tiene negocios por su cuenta a más del escritorio, y ella es, y lo ha sido siempre, de las que de un trapo hacen una gala... ¿Te acuerdas de aquella chaquetilla de baile que se hizo un año para la feria ¡del forro de una sombrilla!?! ¡Mira que es un demonio de habilidad, y hay que ver

las cosas que hace!... Me atrevo a apostar a que no había ido a casa de la modista a otra cosa más que a meter por el ojo, para luego copiar con cuatro trapos un modelo de veinticinco o treinta duros... ¡Tiene muchísimo arte y muy retebuen gusto!

—Pues mira: aquí para entre las dos: ¡pero para entre las dos nada más, y para eso exigiéndote secreto como de confesión!

.

—Anda, mujer. ¡Eso será una calumnia de algún desalmado! ¡Ella ha sido siempre buena!...

—Pues mira: tengo yo ahora una criada que ha estado allí de cocinera, y... cuenta... ¡horrores! ¡¡ho... rrores!!





Influencias de la guerra

I

—Tienes que ir a Sevilla mañana por la mañana, en el primer tren, a llevarle a la señorita Concha unos regalos, por el día de su santo. Sales media hora antes, para que tengas tiempo de facturarlo todo, en gran velocidad, por supuesto...

—Pero ¿tanto hay que llevá?

—Pues dos cántaras de aceite, un cajón con chacina, media docena de pollos de los de la primera echadura, una orza con pestiños, otra caja de polvorones y una canasta

de uvas colgadas, que tantísimo le gustaban al alma mía... ¡Pobrecita de mi alma y de mi corazón, dejar la abundancia de su casa para meterse en un convento, ¡y tan repobre!, que no tienen a veces ni lo necesario!...

—¡Estómago es semenestél

—¡Qué quieres! ¡Vocaciones que da Dios a las criaturas!... De modo que le pones a la «Lucera» las angarillas grandes y lo colocas todo muy bien colocado, para que no se estropee nada ni se derrame.

Cuando llegues a Sevilla alquilas un carrillo de mano, que los hay a patadas en la misma estación; lo cargas con cuidadito y te vas al Convento de Santa Clara. Preguntas por la madre Abadesa, y le dices que vas de mi parte a entregarle ese regalito para la Comunidad, por el día de la novicia sor Concepción.

Cuando se lo hayas entregado todo, le pides el favor de que te deje ver a la señorita, para que me traigas noticia de cómo está. Fíjate en si tiene buen color, porque cuando me vine la dejé paliducha... Si está gruesa como antes, o si se ha desmejorado mucho con las calenturillas... En fin, tú que eres

padre, sabes lo que duelen los hijos y comprenderás la pena tan regrandísima de desprenderse de ellos para siempre.

¡Ay!, y que le digas que si se le antoja algo, que me lo pida, para quitármelo de la boca si es menester. Que no le mando más cosas, porque aquí no hay más que mandar-le; pero que para Pascua, si Dios quiere, le mandaré los aguinaldos.

Toma, para el billete de ida y vuelta, el porte y el consumo... Cuando despaches en el convento, pásate por el Baratillo y compra dos colleras para los mulos, unas coyundas para los bueyes y una pala de hierro para el molino .. y una libra de dulces para que se los traigas de regalo a tus niños.

¡Pero que no te vengas sin haberla visto!, ¿estás?... ¡Mira que estoy que no vivo en el mundo, con que si las calenturas se le habrán desterrado de verdad, o me dirán que está buena, para no alarmarme!... ¡Por los clavos de Cristo, no te vengas sin verla, si hemos de ser amigos.

—¡Escudiusté!

II

—¿La viste?...

—¡Cuarquierilla ve a una monjal

—¿Entonces, no la has visto?

—¡Con los ojos e la fe!... Con estos ojos que se han de comé la tierra, ¡naranjas e la China!

—Pero, ¿es que estaba en la cama?... ¡Por los clavos de Cristo: explícate de una vez!

—Allegué. Arquilé er carrillo, lo cuá que se llenó a tente bonete (lo cuá que uno de los pollos, ¡er cairo! llegó ajogao), y me planté en dos zancá en er corrá der convento. ¡Dió, qué corrá má jermoso pa sembrarlo e jabas! ¡Pero ni un arma! Más sólo que la una, y más callao que un cimiterio.

Jarto de dar güertas y más güertas y de asomarme a tos los casuquines que tiene por tó arreó, sin ver un arma viviente, vi un cura que salía de la ermita. Me fy a é y le pregunté:—Oigasté, güen hombre: ¿me pué usté endirgá ónde podía yo vé a la má Bae-sa, pa entregarle esta carrillá de costo?—Y

estiró de una sogá y salió una mujé de una de las viviendas, que alospué me enteré que era la que jacía los mandaos.

El padre cura le dijo a lo que yo iba, y se fué su mercé, suando como un pato.

La mujé estiró de otra sogá, y jabló por una puerta, y abrió una sala mu escura, y estiró de una caena y abrió una lacena, onde estaba una cosa que daba güertas appena se le jurgaba, y me dijo, dice:—Arrimase usted.—Y sarta una vó mú fina, diciendo mú esqueito: ¡pero mú esqueito!

—¡Dió grasial

—¡Sin pecao concebía! ¿Usté es la má Baesa, anque mar pregunte?

—Para servir a Dios y a usted.

—Po güeno: aquí me manda doña Paca Monje, a entregarle a usté unos regalitos pa su hija la señorita Concha, que está aquí de monja, na más que otavía no ha profesao.

—Sí: ¡para Sor Concepción!... ¿Y cómo está la señora?

—¡Tan güena y tan rejusta, y llevándolo tó polante, mejón que en vía de su defuntol

—¿Y qué es lo que trae usted?

—Po dos cántaras de aceite de tres arrobas cá una, lo cuá que es semenesté que me los esacupen al instante pa llevármelos. Un cajón grande con chacina...

—¡Ay! ¡vaya por el amor de Dios!

—¿Por el amó de Dios, güena mujé? ¡Po chica pedrá en los dientes pa el que se lo regalaran! ¡Y como está el aceitel

—Lo digo, señor, porque la Comunidad está de Ejercicios, y las cosas que trae usted no caben por el torno... ¡Vaya por Dios!...

—Tamién vienen seis pollo, lo cuá que uno se ha ajogao por el camino, como usted verá; una canasta con uva; una orza con masa frita y una caja con tortas...

—¡Sea por el amor de Dios!—y estiró de otro cordé y repiqueteó otra campanilla.

—¡Claudia!—le dijo a la portera, que acudió ar campanillazo.—Acompañe usted a este señor a la puerta «regulá» para entrar esas cosas.

Salimos e la sala; andamos un güen trecho der corrá: lleguemos elante una puerta, que, si ésa es la regulá, tendrá que vé la

grande; se abrió y asomaron tres monjas, mú tapás, mú tapás, que no se le vían ni los deos; lo arrecogieron tó, más callás que tres muertos, y cerraron la puerta más pronto que se dice...

—Haga usted el favor de ir por el torno...

Va usted a decir a la señora que Dios nuestro Señor le pague tantísima caridad como tiene con estas pobrecitas monjas, y que su hija está ya buena del todo, y sin la menor destemplanza, desde hace ya más de un mes.

—La cosa es que yo traio el encargo de no dirme sin verla, pa llevarle a la señora razón de cómo está.

—¡Ay! ¡verla no puede ser!... ¡Estamos de Ejercicios!...

—Es que yo espero, lo que sea semenesté: una hora, dos horas... ¡Ya usté vé: er tren de Güerva no sale jasta las cinco, y tó lo que yo tengo que jacé en Sevilla es mercá dos collera pa los mulo, unas coyundas pa los güeye y una pala de jierro pa er molino! Vy ahora mesmo; las compro, y ya me tié usté aquí. espachao pa sentarme a esperar jasta que sea la hora. Ahí traio jasta el armuezo.

—Pero si no es una cosa, de una hora ni dos... ¡Son tres días enteros los que quedan aún!..

—¿Y no podía yo verla, manque fuá po un bujero?

—No señor... no puede ser.

—¡Po yo no quisiá dirme sin llevarle jecho er mandao a la señora!... ¡Poco que me lo encargó!

—Pues crea usted que lo siento, con todo mi corazón. ¿Queríamos complacer a la señora, tan reagradecidísimas como le estamos? Pero lo que no puede ser, no puede ser, y...

—¡Po otros han venío aquí der pueblo, con mandaos de la señora, y la han visto y jasta le han jablao!

—Sí, señor: en tiempo hábil, sí se la puede ver. Pero ahora estamos de Ejercicios, he dicho a usted, y...

Y misté: me infaé, y eché por la senda e enmedio y dígole, digo:

—¿Es esto quizá un cuarté, y las monjas sordao, pa está días y días jaciendo el ejercicio?—¡De moo que eso será ahora por mó e la guerra! ¡Digo yol...



Indirecta

I

Tuviera diez años más, una tercia más de estatura y un bigote que le sombreara el labio superior, y vería usted un hombre en toda la extensión de la palabra... Qué aplicado, qué reflexivo y, sobre todo, ¡qué darse cuenta de todo lo triste de su situación en este mundo!

De él, que no de nadie, salió lo de que lo pusiesen en un taller, al ver a su madre viuda y a sus cinco hermanitos, menores que él, en el mayor desamparo...

¡Un taller donde entrar de aprendiz primeramente, y después de operario... y quién sabe si de maestro, andando el tiempo!... La cosa era quitarse del arroyo y redimirse de la granjería callejera, ¡hacerse un hombre de bien y de provecho, que pudiese ser la providencia de su madre el día de mañana y el ángel tutelar de sus hermanos!

El señor cura de la parroquia lo colocó de aprendiz en el taller de dorados de un patrocinado suyo, con el fabuloso sueldo de... una gorda diaria!... Pero lo que decía al cura el dorador:

—Crea usted, señor cura, que eso lo hago en atención a usted; no porque me hagan falta más aprendices que los dos que tengo. ¿Qué puede hacer un niño de menos de doce años que no sea estorbar? Los que tengo están todo el día mano sobre mano, y únicamente para cuatro mandadillos que ocurren les doy empleo. Que venga desde el lunes, y ya veremos lo que se puede hacer por él.

—Pero era necesario que le diceses algo más. Ya ves: seis chavales, de los cuales él es el mayor, y la pobre de la madre lavando

en casas particulares y lavando de noche ropa de soldados... Algo más es preciso que le des.

—Lo que haré, en obsequio a usted, le repito, es mandarlo a los mandadillos de propina segura, que bien puede salir con ellos por dos reales diarios: el día de la pesetilla por el día de la perra gorda, o el de «Santa Clara», que no son pocos... De modo que si él no los gasta en chucherías, que es lo que suelen hacer los muy granujas, puede, si no ayudar a su madre, medio ganar lo que se coma. Después, Dios dirá.

II

—Hijo, ¡po lamó de Dió!... ¡Que seas mú rebién mandao, y sobre to, mú fié!... ¡Que no te encones ni en la valía de un botón! Mejón quiero verte en cuero y escarzo y esmayao etrás e una esquina, que con un duro en la barciguera, mar venfo... ¡Lo que puéamos ganá honramente, pa eso trabajamol... ¡Lo que no sea como Dió manda, ni a la hora e mi muertel ¡Yo no, yo no, y yo

no!... ¡¡Mejón peirlo e limosna—er Señó der Gran Podé tamié la peía cuando andaba por er mundo—qué no pasearse en coche y comé arró con leche con lo robao!! De móo, hijo mío de mi arma, que seas hasta desa-gerao, si a mano viene, atento ese particu-lá: que Dios aprieta, pero no ajoga, y ota-vía está por ve que haiga cerrao toas las puertas a los probe.

Ya tú ve: con esos dos reales diario que dice er señó cura que pués ganá una sema-na con otra, ¡po ya tenemos pa pagá la sa-la!... Y lo que sobre del real y medio que nos cuesta, eso pa tí, pa que te vayas com-prando cuatro prendas, y lo primero e tó unas alpargatas que está más escarcito que er Señó en la crú.

III

Y sí, señor; salía por sus dos reales dia-rios, y algunas semanillas por algo más. De los otros dos aprendices, uno había ascendi-do a oficial, y el otro había sido despacha-do con viento fresco, con lo que vino él a quedar solo para servir a una clientela nu-

merosa, y quizás más que numerosa, acaudalada y distinguida... ¡Cada peseta, que cantaba el Credo!

Y se venía encima la Semana Santa—¡la Semana Santa de Sevilla!—; y nuestro protagonista, con esa pinturería de la gente artesana, soñaba con el estreno de unas botas, apalabradas con un ropavejero del jueves, y con una gorra a cuadros blancos y negros, como una que tenía el conde de Fuenmayor, cliente de la casa, a quien él solía llevar encargos de la tienda... ¡Treinta reales como treinta soles! Veinte para las botas y diez para el toquijo... ¡Y no tenía reunido más que dieciocho!... Urgía de todo punto que tanto el Viernes de Dolores como el Sábado fuesen abundantes en propinas, si se había de reunir la presupuesta suma!...

—Toma: esto, a la casa del señor conde de Fuenmayor. Y mucho cuidadito, no se te vaya a caer, como el espejo de la viuda de Robles, que te costó una llantina que hasta juntaste gente. Sino mucho cuidadito para que no pasen las cosas, y así se ahorra uno el trabajo de sufrirlas... ¡No lo cojas por ahí!... ¡Por abajo; como quien lo lleva en

una bateal ¡No ves tú que cogiendo el papel por los picos se te pueden romper y caérsete al suelo y hacerse pedazos la moldura?... ¡Arrea, y ya estás aquí!

IV

«A mi idolatrada Lola.

Su Paco.»

decía la dedicatoria del retrato del conde, que encerrado en primorosa moldura churrigueresca, era el delicado regalo con que agasajaba a la Condesa en su fiesta onomástica. ¡Dios y qué cosa más bonita, y qué «beata» si no eran dos, más de clavo pasado, más seguras!... Dieciocho reales, y ocho... veintiseis... ¡No iba a caer todavía otra pesetilla entre el viernes y el sábado?... ¡Estaría él tan majo con sus botas... nuevas, vamos al decir, y su gorra a cuadros, viendo la Cofradía de San Juan de la Palma!...

V

—Der tallé de Dergado, pa la señora condesa.

—Sube, niño.

Y tomó la doncella el envoltorio, del aprendiz, y desapareció, corredor adelante por la puerta del tocador de la señora.

Pasaron diez minutos, en que nuestro protagonista, gorrilla en mano y los casi desnudos piecitos sobre la rica alfombra, esperó la propina haciendo cábalas.

—¿Qué es eso? ¿Qué haces aquí?—le preguntó la doncella, que acertó a salir de las habitaciones de la dama.

—A ver si la señora... tiene que mandá alguna cosa. Si ha sio de su gusto y si ha llegao bien... o si quiere que se le ponga más brillo o más mate...

—La señora condesa, que sí: que está muy bien, y que le gusta mucho, y que no quiere nada.

Y bajó por la escalera, que no la veía.

No conocía los clásicos, ¿sabe usted?; pe-

ro, de haberlos conocido, hubiera repetido con el poeta:

—Tántas idas y venidas,
Tántas vueltas y revueltas,
Quiero, amiga, que me digas:
¿Son de alguna utilidad?—

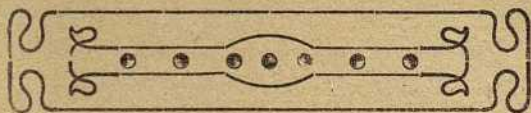
Y bajó la escalera, y atravesó el patio, y abrió la cancela del zaguán, y se plantó en la calle... ¡Qué desilusión tan grande y qué aplanador desencanto!

¡Las lágrimas le vidriaron los ojazos negros!... ¡Por vírchale!..

VI

Pero apenas había andado media calle, camino del taller, se paró en firme. Dió media vuelta. Pensó un instante. Completó la evolución. Desanduvo lo andado en dos zancadas, y hételo sacudiendo nuevamente el llamador de la campanilla, y diciendo a la doncella:

—Haga usted er favó de desirle a la señora condesa, que si me pregunta er jefe que qué me han dao, que qué le digo.



Huyendo del perejil...

I

Proverbial es por todas estas Andalucías la fealdad del Sargento de Utrera, que reventó de feo, a creer en la leyenda popular. Pero dificulto yo que hubiese sido tan perfecta y acabada, como la del fruto de la unión matrimonial de Currillo Jeores con Petra la «Ratona».

¡Virgen! ¡Y qué renacuajo más feo y más negro, y más enclenque, y más escuchimizado! Decían malas lenguas que el alcalde del lugar había querido matarlo, por ornato público.

Una usted a esto el haber tenido un virolazo negro, que le puso la cara como un rallador de pan; el padecer, a la sazón, un ataque de ictericia, que lo tenía tintado enteramente de calamocho, y el haber contraído una tiña pelona, no sé cómo, que le había puesto la cabeza como una bola de billar y comídole toda una ceja y parte de otra, y dígame en confianza si no era pintiparado para quitar el hipo... ¡En fin, hasta jorobado!

Su pobre madre se aperreaba de llorar, porque todos los chiquillos del pueblo y todas las vecinas de la calle lo zaherían con sus burlas y sus dicterios, y hasta lo perseguían a escobazos como a una alimaña; porque, para que todo lo tuviera bueno el ángel de Dios, era travieso como un demonio y agresivo y chilindrinero y desvergonzado como él solo.

Rara era la noche en que al venir el padre del campo no se encontraba a su esposa hecha un mar de lágrimas, porque si Fulanita le había dicho al chaval: ¡Anda, hijo: que si lo feo doliera, ibas a estar en un grito; o porque la Menganita le había dicho a

otra comadre: ¿No lo ves, que paece un gato con arestín? ¡Arguno tenía que sé er más feo que hubiá en er mūdo, y miá tú por dónde nos ha tocao a nosotras tenerlo por vitalicio!... ¡Largo, rata careta! y le había arrojado un cubo de agua sucia.

II

Hasta que el padre se abroncó una noche, y dijo: '—Hasta aquí llegó, y de aquí no se pasa. Endeje mañana me lo llevo yo ar campo, a vé si me lo dejan en paz al arma mía. ¡Ven pa acá, gloria! ¡A bien que a mí me pareces un clavé isiplinao!... ¡Ná!, mañana conmigo a la esmarrojá. Yo te jaré con el azaón un cercaito en la linde, y allí te pués entretené jaciendo una chocita. ¡Eseandito estoy que llegue er Rocío: que te vy a llevá y te vy a mercá un tamborí, y te vy a jartá de arfajó y encima tu güen vaso de refresco de paná coló de rosa y... titito lo mejón que haiga en er mundo!... ¿No verdá, pare?...

Y tú, echa en la arfoja costo doble, y verás cómo en er campo con su padre naide

se mete con él: ¿noverdá, gloria? Anda, acuéstate, arma mía, que mañana semenesté madrugá... que ahora va a dí tu madre por una gorda e morcilla, pa que armueces como un príncipe, y por otra de queso colorao, pa que meriendes... ¡¡La corona de el Rey de España te tienes que poné!! ..

III

Y se fueron padre e hijo muy de mañana, al olivar donde aquél estaba desmarojando, que, por estar muy lejos de poblado, casi a linde con el término del pueblo vecino, ofrecía la garantía de que nadie del lugar apareciese por allí. ¡Como el cielo de ladrones, estaría libre el muchacho de que nadie le causase la menor molestia!... ¡Que se arri-mase arguien, si era por vé!...

Y transcurrió la mañana, el padre, dale que dale a la márcola y al calabozo, y el chiquillo, jugando si tenía que jugar, haciendo una chocita con los marojos. Se le antojó comer palmitos, y el padre se los estuvo sacando de unas palmeras que había

en la linde. . ¡todo en fin, lo que puede hacer un padre que quiere desagraviar al hijo de sus entrañas, maltratado y herido por la falta de caridad del mundo entero!

—¡Lo que tu quieras, mi arma; y ahorita mismo!

A la hora del gazpacho, he aquí que hubo de presentarse de improviso el desmarojador del olivar inmediato, que, atraído por el golpear de la maja en el dornillo, quiso echar un rato de conversación con quienquiera que fuese el gazpachero, pues la gente de por aquí es muy parlanchina y se parece por un rato de parloteo con el primero que encarta.

IV

—A la paz e Dió, güen hombre.

—Vengusté con Dios, amigo.

—¡Paece que se gazpachea!

—¿Gustusté, por si acaso? Misté que es con voluntá.

—¡¡Tantas gracia!!... Sino que como está uno dale que dale a la márcola y ar calabozo endeje que Dió echa sus luce jasta que

las arrecoje, y sólo en su solo cabo, porque los probe no poemas pagá jornale y tiene uno que jacérselo to por su propia mano, po le gusta a uno de platicá un ratejo, siquiá mientras se come. Digo: sin fartarle a naide.

—Po ahí tienusté ese cántaro. Siéntasusté y comienzusté a echá por esa boca.

—De Rosales, ¿noverdá?

—¡Pa serví a usté! ¡Y usté de la Mata!

—Pa serví a Dió y a usté.

—¿Casao?

—¡¡Por la Ilesia!!

—¿Y usté?...

—Tamié casao, y de segundas enuncias.

—¡Salú pa las terceras!

—Se le agraece... anque güeno está lo güeno... Y de la guerra, ¿qué me cuenta usté?... ¿Saliremo de la neutraliá u no saliremo?... La cosa paece que se está poniendo un poca sopechosa.

—Hombre, yo creo que no; que no saliremos. ¡Misté lo de Romanía, si no es pa escarmentá!

—Lo que a mí no me cabe en lá cabeza es por qué no se ha de arrascá ca uno con

sus uñas .. ¡Ellos que la han armao, ellos que la esarmen!

V

Mientras así platicaban los dos compañeros, migando uno el gazpacho y desvalijando el otro sus alforjas, el chiquillo que había estado entretenido jugando allá en la linde, se acercó al grupo, atraído por el olor de las viandas...

Sin que lo hubiese visto el visitante, se agazapó, entre cohibido y zalamero, junto al autor de sus días.

El visitante, que había sacado de las alforjas un tostón con sardinas arenques y una naranja, empezó a mondar ésta para írsela comiendo como entremés, arrojando los pedazos de cáscaras, en algunos de los cuales iban trozos de la pulpa comestible.

Y como viese al chiquillo, en quien no había parado mientes hasta entonces, rebullirse del lado de su padre, abalanzarse a las cáscaras y ponerse a chuparlas con deleite,

dispuesto el muy buenazo a darle la naranja entera y hasta otra que llevaba para postre, preguntó con una cara de entre admiración y susto:

—Oigasté, amigo: ¿er bicho come naranaja?





Consulta médica.

I

—Era semenesté que fuéramos a Sevilla a ve un especialista... Eso de no quitárseme la ronquera por más que jago: injundia e gallina, baños e pié... y esa sequeá tan grande por las mañanas cuando me alevanto, que paece que tengo los tragaeros e corchó mesmamente; jeso no pué sé güeno, y no hay quien me lo quite de la cabeza! No es porque yo quiera dijustarte, ¿estás? Pero verás tú cómo vamos a tené aquí el reló de

repetición de mi agüelo Alejandro, que murió de un cance en la garganta.

—¡No me lo digas, por Diól! ¡No me lo digas! Porque yo tampoco te lo he querido decí a tí, por no alarmarte más e lo que estás. Pero yo estoy tamién que no me se pega la camisa ar cuerpo; y mañana, si Dios quiere, nos tiramos ar coeto las ocho leguas, y a ponerte en cura, aunque nos cueste un ojo e la cara. No hay mejón cebá que la de Antequera, y más vale un por si acaso que cincuenta veces quién pensara. Pa eso tenemos en nuestro soberao veinticinco fanegas e maí, y veintidós e trigo, y catorce de jabas, y treinta y cinco napoleones en el arca, y my regüenos brazo pa trabaja, ¡y my regüena lengua pa peí limosna, si necesario fuera!

¡Aborita mismo vy a jacé dos jornazos, con sus dos güevos cá uno, y a mandá a la carnicería por media libra e carne pa mecharla, y a cocé dos chorizo. Apreparamos nuestras arfoja con nuestro costo... (er panse compra en Sevilla, que es mejón que er de aquí y cuesta lo mismo) y a arregorvé a Roma con Santiago si es semenesté, y a vé

a ese meico que le cortó la campanilla a la mujer de don Ramón, que dicen que tiene más fama que Barcelón por la má...

¡Una libra de cera y una pinta de aceite, Madrecita mía de la Salú, como sarga bien de la operación!...

—¡Y otro tanto por mi cuenta; pero a la Virgen der Rocío! ..

II

Y pian, pianito, y a lomos de la yegua, se encamparon en la ciudad del «no madejado». Instalaron la caballería en la «posá e Malarma», célebre entre todos los «turistas» de aquél contorno; comieron con mucho apetito de lo que llevaban de prevención en las alforjas; se echaron a la calle, preguntando a cuantos tropezaban en su camino «jacia ónde caía la calle Archeros»; y a los tres cuartos de hora, si no fueron cinco, helos, cansados y sudorosos, sentarse entre los cuatro o cinco grupos de pacientes y acompañantes, que esperaban guardando turno rigurosísimo, en la antesala de la clínica.

Cuando les llegó la hora, pasaron al gabinete del doctor: una pieza muy limpia y muy blanca, con sinnúmero de aparatos y de instrumentos sobre mesillas de mármol y «etaggeres» de cristal, que le pusieron a los dos carne de gallina. . ¡Lo que dolería todo aquello!...

III

—Los señores dirán—propuso el doctor, haciéndoles tomar asiento y sentándose él mismo, cubierto de los hombros hasta los pies de una bata blanca, y en la frente un reflector de níquel como el ojo de un ciclope, sujeto al cráneo con una goma negra.

—Que aquí, onde usté lo vé, que no cabe entrá por esa puerta, tan grandable y tan retotollúo, no tiene los mejores antecedentes e familia. Un agüelo suyo, su pa Alejandro, que en pá descanse, murió de un cánce en la garganta. Y no digo yo que él lo tenga otavía, ¿sabusté? Pero que él no anda güeno, no señó. Endeje los arreores e la Santa Crú, que vino un día der campo, suando si tenía que suá, y se empurro un búcaro de la Ram-

bla, que acostumbro yo a poné en er brocá der pozo pa que se refresque, y que estaba que partía los dientes, endeje entonces cogió la ronquera, que no se le ha quitao hasta ayé, como quien dice, por más cataplasmas que le he puesto y más enjundia e gallina que le he juntao, que jasta los deos me dolián de tantísimo refregarle. Ahora está más clarito, ¿sabusté? Pero ahora se está quejando de que se levanta por las mañanas con los tragaeros secos como el esparto...

—¿Ronca mucho, quizás?

—¿Que si ronca? ¡Como si lo jiciera a jornal! Pero él dice que yo ronco más que él, y lo cierto de ello es que a mí no me se seca. De moo que a vé si usté, «en sus cortas luces», esto es un decí, atina con lo que tiene; porque yo es cosa que no vivo, y jasta promesas tengo jechas como sarga en bien de la operación... si hay que jacérsela, porque acá venemos resuertos a no omití ni trabajos ni gastos, con tal que él se ponga güeno, que es lo prencipal, porque en no habiendo salú, ni oro molío. De moo y manera que usté no tiene na más que decí—esto hay que jacé—y aquello se jace, cueste un duro,

cueste dos... ¡Pa no jacé y poné por la obra, pero a rota batía, lo que usté nos mande, pa eso, bernos queao en nuestra casa!

—Pues nada; vamos a ver.

IV

—Desabróchese usted el cuello de la camisa.

Y así lo hizo el paciente, con un miedo patibulario, estereotipado en el semblante tostado por el sol, rasurado y apoplético.

El doctor se puso a palparle el cuello por fuera, muy detenidamente.

—¿Da usté con la maletía?—preguntó la mujer.

—Todavía, no. Veremos la faringe... Abra la boca... Más...

—Y valiéndose de un depresor de la lengua estuvo reconociendo la faringe con el mayor esmero. Utilizando un espejillo adecuado, que tomó de una mesilla de tapa de cristal, reconoció seguidamente la laringe, poniendo en el reconocimiento sus cinco sentidos... Y como fuese negativo el resulta-

do, pues tanto la faringe como la laringe se hallaban en el estado más satisfactorio, procedió al reconocimiento de las partes vecinas, por si estaba en ellas el mal que el paciente sentía repercutir en los «tragaeros».

Le examinó la tráquea, en la parte superior, con el espejillo y... nada. Exploró las fosas nasales, también con el espejo, e idem de lienzo. ¡Todo estaba normal, gracias a Dios, y sano como una peral...

—Pues nada—exclamó al fin, soltando sobre la mesa los aparatos y quitándose el reflector de la frente—. Afortunadamente no hay lesión ninguna en ningún órgano, y eso de la ronquera no fué más que un poco de enfriamiento. Procure no hacer disparates, como es beber frío cuando esté acalorado. Y eso de la sequedad por las mañanas, no le quepa la menor duda: es de roncar.

—¿De móo que...

—Que no tiene absolutamente nada... que como él no cometa excesos, puede vivir todavía cincuenta años más sobre los cuarenta que parece tener, y que morirá de todo lo que usted quiera; pero no de cáncer en la garganta.

—¡¡No sabe usté, santo señó, er peso tan regrandísimo que me quita de encima!! ¡Poco que me había metío er corazón en un puño er médico der pueblo! ¿De móo que dice usté que no tiene ná, ná, y que pa este viaje, como quien dice, no se necesitaban arfojas?...

—Justo y cabal.

—Pues quéese usté con Dio, y usté dispense... ¡Supongo que no se le deberá a usté ná!...

—Diez pesetas, señora.

—¿¿¿Diez pesetas???... ¿¿¿Diez pesetas???... ¿De móo que usté mismo, con esa lengua que se ha de comé la tierra, acaba de decirnos que no tiene ná, ná, y tiene usté való de peí dos durazos?... ¡Contra, con la conciencia de la gentel!...





¡Esas no volverán!

Allá por los alrededores de Santiago, publicaba un periódico local esta importantísima noticia:

«De sociedad.— Han salido para los Puertos, donde pasarán la temporada de baños, la distinguida señora doña Araceli Benítez, viuda de Lerma, con sus bellísimas hijas Aurora, Concha y Lupe».

Leíamos en familia la noticia, y cierto amigo nuestro con fama de zumbón y maldiciente se sentó en el taburete del piano y

se puso a cantar con su hermosa voz de barítono:

—¡Esas... no volverán!
¡No volverán!
¡Esas no volverán!

—¿Trasladan su residencia a alguna otra parte?—le pregunté—Porque aquí estuvieron a despedirse la otra noche y no dijeron nada de levantar el campo para siempre.

—Que yo sepa, no; sino... ¡en fin!, que no quiero hablar, porque al instante me mete usted el resuello para adentro, con que si maldiciente si biendiciente. Ahora: que yo le aseguro a usted y puede que se lo demuestre en su día, que

¡Esas... no volverán!
¡No volverán!
Esas no volverán!

Y hace dos o tres días he vuelto a leer:

«Los que regresan. Lo han hecho de los Puertos, donde han pasado la temporada de su anual veraneo, la aristocrática viuda de

Lerma, acompañada de sus encantadoras hijas Aurora, Conchita y Guadalupe.»

(Nota importante.

Entiéndese en Sevilla por «Los Puertos», Cádiz, San Fernando, Rota, Puerto de Santa María, Puerto Real y hasta creo que entran en la denominación Chipiona y Sanlúcar de Barrameda.)

Y no sé a qué obedecerá el que doña Araceli no precise, al marcharse, el lugar donde ha de desafiar los rigores de la canícula. ¿No vé que nos condena al tormento de la incertidumbre, sobre todo a los que nos preocupamos de la vida y milagros del vecino?

Esta mañana he estado a visitarlas, para corresponder a su visita de despedida, pues faltarles en lo más mínimo cosa es con la que se pican de lumbre. Y allá va, sobre poco más o menos, el diálogo que sostuvimos:

—Conque, ¿qué tal ese veraneo?

—¡Delicioso, delicioso, delicioso! Sin chispa de calor durante el día, y hasta frío algunas noche. A las niñas se lo decía algunas veces: ¡Los calorazos que estarán pasan-

do los que se han quedado en aquel achicharradero de aquel Sevilla!...

—Sí, señora; es verdad. Hemos pasado «lo nuestro». Pero ya está aquí Septiembre con sus mañanas de primavera y sus noches de otoño, y si te ví no me acuerdo. No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista... ¿Y ese Cádiz? ¿Tan tacita de plata, como siempre?

—No, si no hemos estado este año en Cádiz—replicó Lupe—: a mamá no le gustan las calles a cordel, y...

—No, señor; no me gustan. ¡Eso de encontrarme yo dentro de un tablero de damas o en una libra de chocolate!... La que no ha estado muy bien del todo ha sido Aurora... Otra vez los dolorcitos de cabeza a lo mejor, que la mitad de los días no le he consentido que se bañe.

—Pues yo la noto más gruesa... La verdad es que el aire de playa aprovecha a veces más que el mismo baño... ¡Qué playa la de Sanlúcar! ¡Tanta bulla con la Concha de San Sebastián, teniendo esa hermosura al alcance de la mano, como quien dice!... Por

lo visto, este año dicen que ha sido aquello el disloque... ¿no es verdad?

—¡No me hable usted de Sanlúcar! Se está poniendo imposible, y lo juré hace tres años: para tanto «com'il faut» y tanto tono, mejor a Biarrit... ¡Corte o cortijo!

—¿Entonces, Rota...

—A quien tiene usted que dar la enhorabuena es a Concha.

—¡Por Dios, mamá! ¡No digas tonterías!

—Don Juan es de confianza y se le puede decir todo.

—¿Pesca milagrosa, acaso?

—Si no es milagrosa, porque no tiene nada de sobrenatural, pesca es al fin. Creo que la vamos a tener muy pronto capitana de artillería.

—¡Santa Bárbara bendita! ¡Y qué noticia! ¿Y... dónde? ¿Dónde?... ¿Bajo el manto, quizás, de la Virgen de los Milagros?

—No: no ha sido en el Puerto de Santa María.

—¿En San Fernando?...

—¡Aquí, y antes de irnos! Ya desde los tés del Círculo esta primavera, ¿sabe usted?,

empezaron las cucamonas, y la noche antes de irnos quedó todo arreglado...

—¡¡Pero eres imposible, mamá!!... El huevo, la gallina y quien lo puso... ¿Qué le importará a Don Juan si fué antes de marcharnos, o si ha sido a la vuelta?

—Pues hija, de algo se ha de hablar: y si a un señor así y que nos estima tanto, no se le dicen las cosas... ¿Pues qué me dice usted del descoco y de la desaprensión en el vestir que hay por esas playas? ¡Crea usted que da vergüenza, señor don Juan, y que no sé cómo hay madres y maridos que toleren ciertas cosas.

—Yo creí que en Chipiona...

—¿Qué Chipiona, ni Chipiona? ¿Usted sabe las pretensiones que allí hay? Me río yo de el Sardinero de Santander, al lado de aquel paseo por la playa de Regla. A las niñas se lo dije: en no siendo a Chipiona, aunque sea a Conil. Y a propósito de Conil, porque ahora resulta que la Madre Superiora del Colegio de las niñas es de Conil, que ahora nos hemos enterado, y eso, por una casualidad... Anda, Aurora: enseñale a don Juan la sabanilla de altar que estás bordan-

do para las Madres; ¡verá usted qué cosa más linda, aunque no esté bien que yo lo celebre. Es de holanda, ¿sabe usted?, con incrustaciones de punto de Venecia, que no sé cómo no han perdido la vista éstas criaturas.

Y vino la sabanilla, y la estuve contemplando y aplaudiendo, como Dios me dió a entender; y cuando llegó la hora, que fué pronto, me despedí de las damas, deseándoles descanso de su viaje. Enderecé la proa hacia mis barrios, y al revolver una esquina, mi amigo el maldiciente.

—¿De dónde, caballero?

—Pues... de dejar a usted por mentiróso.

—¡Lagarto, lagarto, lagarto! ¿A mí por embustero?

—¿No decía usted que las de Lerma no habían de volver?

—¡Y lo sostengo!

—Pues ahí las tiene usted desde hace dos o tres días.

—Lo cual no quiere decir que estén de vuelta.

—¿Que no quiere decir que estén de vuelta?

—No, señor.

—Pues no he visto en el mundo cosa más parecida.

—Mire usted: lo primero que se necesita para estar de vuelta en alguna parte es haberse ido de aquella parte. Es así que las de Lerma no se van de Sevilla hace tres veranos, luego no han vuelto.

—¡.....!

—¿Vaya que no le han dicho a usted, ni por los catalanes, el punto en que han estado?

—Ahora caigo en que no. Siempre que les preguntaba imprimían a la conversación otro rumbo, y en ayunas entré y en ayunas he salido.

—¡Clarol Como concretar es exponerse a cogerse los dedos, pues si dicen en Rota, los que hayan estado en Rota pueden decir que no las han visto por allí, se acogen a «los Puertos», y ¡adivina!

—Pero la cosa es que vienen negras como chorizos.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Conque negras como chorizos?... La madre es muy artista y no descuida detalle.. Mire usted, en confianza:

es que se van a la azotea todos los días a cuidar las macetas de crisantemos (usted sabe que las crían famosas) y a tomar de camino su bañito de sol, que es muy higiénico, ¡y cualquiera adivina si es de sol de azotea o si es de sol de playa!

—Pero es usted más malo que un dolor y más mal intencionado que un toro de Miura...

—Ni tanto ni tan dello, señor don Tello. Es que hemos vivido enfrente y sé de dónde cojean. Mientras se pudo salir, porque lo había, se salió todos los años. Cuando llegó la ocasión de tener que empeñarse una joya o que malbaratarse un mueble, se hizo, y santas pascuas... Cuando no ha quedado más que este pan para este queso, y este queso para este pan, se han quedado en casita, como usted y como yo; pero, eso sí: despidiéndose de todo bicho viviente, como si se fuesen al Polo Norte, y anunciando en la prensa su feliz regreso. Entretanto, ensoñadas en casa, como monjas, entreteniéndose en hacer labores, pues ni el piano se toca, a fin de que no se entere la vecindad... las criadas sentadas por las noches en la puer-

ta de la calle, y el patio a oscuras... en fin,
¡todas las de la ley, cuando están de viaje
los señores!

Así les parece mentira que llegue Septiembre, para romper los hierros de la cárcel y lanzarse a esas calles de Dios, que no entran luego en casa ni con garrocha... Por eso decía a usted, cuando leyó la noticia de la marcha, que

Volverán las oscuras golondrinas,
¿sabe usted? y

Volverán las tupidas madreselvas,
y hasta si usted quiere,

Volverán del amor en tus oídos

Las ardientes palabras a sonar;
pero lo que toca las de Lerma, de veraneo,
(y se puso a cantar, en medio de la calle):

¡Esas... no volverán!

¡No volverán!

¡Esas no volverán!

—22—



«UPINIONE»

—¡Mú má, mú má, mú má!... ¿Tú ves una cuadrilla e hombres a jorná, pa llevárselo diciendo de so a so: mú má, mú má?... Po otavía ha estao peó. ¡Vaya! ¡peó con ensañamiento!

¡Y cudiao que se lo tenía arvertío, porque, la verdá: lo quiero, como que se ha criaio casa arriba de nosotros, jugando con mi Feerico, que es de su edá! De moo que no peca de inorancia. ¡Miá, Manué, que una cosa es decí moros vienen, y otra cosa mú distinta es vérselos encima! ¡Miá que tú no sabe lo que es un toro de carne! Que una

cosa es un toro de cartón de un puesto de la Arcaicería y otra cosa es un toro en cuerpo y arma, manque sea un becerrillo sacao del esteto.

Si tú crees que toas esas pinturerías, monerías y filigranas de molinetes y de verónicas y de faroles que jaces tú con una silla de tu sala, con tu mujé por tó público, las vas a jacé con un bicho er mitá de la plaza llena de gente, estás mú equivocao, ¡pero mú equivocáisimo!... La silla está quieta, y quien ahí te puso, ahí te estés, y er toro jate cuenta que tiene er má de San Vito y que ande menos se piensa... ¡tiene los cuernos!

Y los cuernos, pa que te enteres, son una cosa ¡imponente, como las manifestaciones e duelol, ¿sabes tú? ¡Los cuernos son pa está en donde han nació: en la cabeza de los toros, y na má! En cualisquié otra parte que se pongan, manque no sea ná má que un ratito, ¡er Cura e la Parroquia con er santolío... ¡y a la tertulia! (1).

(1) La fosa común donde se entierran los pobres, llamada así por las gentes del pueblo.

¿Por qué no he sío torero yo, con tantísima afición como le tengo, ¡ya tu vé: cuñado de un torero, concuñado de otro, y ahijao e Cúchare!? ¡Po por mó de los cuernos mardécíos, que no los quió, ni pa echá aceite y vinagre!

Y cudiao que una vé tuve jasta la ropa buscá, y la coleta dejá crecé, y armitío y tó por er contratista. Pero fí a vé er ganao a Tablá la tarde ante, como es costumbre, y aquello no eran novillos, sino ¡alifantes con cornamenta!... ¡Dió! ¡Y qué jindama!

Macosté ¡y yo no pue pegá los párpago en titita la noche, cuan larga fué!.. Malevanté por la mañana mu tempranito y me fí ancá er contratista, y le dije digo, endeje la cansela:—¡Don Guaquin! ¡Er quinto mandamiento!—¿Qué dicesssss?—porque era de la Estremaúra y prenunciaba mucho las eses. —¡Que er quinto mandamiento de la ley de Dió!—¡No sé qué dicesssss!—¡Que er quinto, no matá ¡sabusté? y que yo, por no matá, ya, ni la jambre!

Lo cuá que los malange de Curro er der Menúo y Frasquete y Bernardo er correó arquilaron una murga aquella tarde y la

mandaron a la puerta e mi casa después e la corría, como pa darme la noragüena.— Pero esto ¿qué es?—preguntaba mi madre endeje er barcón.

—¡Pa José, por lo bien que ha queao!

—¡Pero si no ha trabajaol! ¡Si está aquí!—¡¡Po por esol!—Y ¡pum, pum! y ¡chin, chin! toa la tarde y toa la noche, y titito er barrio e San Bernardo muerto e risa con er chungueo...

De moo que se lo dije y se lo arvertí: Mía, Manué, que no es lo mismo una cubeta de acitunas aliñás y arcaparrone (que es lo que tú has jecho siempre: apregoná por esas calle) que ponerse elante e. . vinticinco toro; porque ¿tú ves que un toro en toas parte, es un toro na má? ¡Po un toro en la plaza son vinticinco a la ve! De moo que déjate de tentá a Dio, y güeno está San Pedro en Roma, aunque no coma... ¡Po como si se lo hubiá dicho al Hombre e Piedra! (1). ¡Ha buscao recomendacione, ¡armírate!, jasta de Castelá pa er contratista, y ayer tarde fué el debut!

(1) Tradición sevillana, que da nombre a una calle.

¿Tú has visto esas jorquillas que usan las mujere pa arrecogerse los minini, que se llaman jorquillas envisible, que están asín daleás y jaciendo aguas? Po eso parecían las patas con los calambre, cuando salió ar despejo. ¡Dió! ¡Y qué manera e temblá! ¡Endeje er tablaio se le oía er castañeteo e los diente! ¡Ni una cigüeña! ¡Y cuidao que lo que le salió fué un arfilé de pecho! ¿Estás? ¡Er novillo más precioso, y más valiente, y más noble que ha arañao la arena con la pezuña endeje que ha habío ganaerías en er mundo! ¡Pero, amigo!: lo mesmo fué verlo salí der torí que echá a juí camino der burlaero, que jasta perdió las zapatilla, porque eran emprestá y le estaban un poco grande. Se las llevó er mozo e estoque y se las puso, y salió a los empujones y echó a andá jacia er bicho .. En mitá der camino lo pensó mejón, y ande se quiso dí fué a la enfermería, con er preterto de que se le había dislocao un pie. Pero ¡amigo! er novillo le da arcance... ér le tira er capote encima er testú, como a los ajorcaos, pa que no se le vea la cara, y er novillo arremete y lo coge por sarva sea la parte y lo arremonta,

que no sé como no está en la luna, con su céula e vecindá y sus padrones en la parroquia.

¡No te quió ecí la que se armó de insurto y de sirbíos, ni lo de armohaillas que le tiraron, porque aquello era er diluvio universá, na más que, anlugá de agua, eran papa... y tomate... y botellas vacía... y cáscaras e melón!... ¡En fin; que en la enfermería arremató la cosa y que por poquito hay que arregarlo con cucharal

—Po de verlo vengo yo ahora de su casa, lo cuá que le han puesto una birma que le coge endeje la nué jasta los corvejones, y le pregunté que qué tá, y me dijo que... en fin: ¡que había habío upinione!

—¡Hombre!... Como upinione, lo que se llama upinione, sí que las hubo... Ondequíá, que haiga dos hombre, tié que habé upinione. Y como haberla, las hubo; sí, señó: porque unos decían que a la cárce y le mentaban er padre... y otros, que a la cárce, no: que cuatro tiro y lo que le mentaban era la madre.



La "gran peña,"

I

¡Aquello era una vergüenza!

Que toda la plana mayor de un partido político, empezando por el cacique local, y acabando por el último muñidor de elecciones—¡y en un pueblo de Rosales!—no tuviese más lugar de solaz y de esparcimiento, que la trastienda de una panadería, sin otro mobiliario que una mesa perlática, y hasta media docena de sillas del país, para ocupar una de las cuales era preciso guardar turno, sobre todo por las mañanas, que era la hora de mayor concurrencia,

¡aquello era una indecencia y una pobreza, y si no clamaba al cielo, al «reó» le andaba!

—Yo por mí, lo que ustedes quiérai. Pero debíamos de arrendá una casa en er cojollo der pueblo... (la de los hereeros e Piniche, que está en la calle e la Plaza, esquina ar Cerrete, totá: un reá diario), y poné cá uno diez duros si es semenesté... ¿No semos dié los diarios tos los días? Po con diez duro cá uno se puén arrecogé dos mí reale. Se le da el encargo a mi sobrino Restituto, que entiende mucho de gusto, pa que nos compre los chismes que sean semenesté, y fundamos una Peña Liberá, como Dios manda, y no esta gorriná de esta trastienda... ¡Mis diez duros, aquí están, contantes y sonantel... Y er que sea persona decente y tenga idea de lo que es un partío, que me siga.

—¡Er señó está en lo justo, y lo que toca por mí, no quió que queel Cuantito que venda las jabas, ya están aquí mis diez duros a tocateja.

—Y los míos, cuantito arrecoja, que arrecoja er maí.

—Po yo por mí, jasta la vendimia.

—Po los míos, esta noche se pué contá con ellos...

—Po los míos, aquí están, que los acabo de recebí, de señá der borujo.

—Po si a usted le parece, ahorita mesmo se le escribe a Restituto, jaciéndole el encargo, a ve si pa la Vigen der Rosario se pué estrená...

—¿Pero qué es lo que se va a comprá? ¡Amos a vél...

—Po, hombre; lo primero, er retrato der jefe der distrito, pa er testero prencipá.

—¡Pero que no sea de lao, como er que está en el Ayuntamiento, sino de toa la cara, aunque cueste argo mal

—Alospué, dos o tres mesa pa tomá er café y jugá ar dominó... y...

—¡Tres mesas es mú pocol! Siquiá la media ocena...

—Po güeno: media ocena. Dos ocenas e silla, de esas de bujeritos, como las que tié er méico en su comedó... un sofá, pa ebajo der retrato... y siquiá otra media ocena de esos sofalillos chicos que se menean, pa cuando nos siéntemos en la puerta a tomá

er fresco por las noche... Tamién era seme-
nesté encargá una cosa de esas de alambre,
pa limpiarse er fango de los pié...

—¡Eso, se pone un capacho!

—Po güeno: un capacho y un armatoste
de esos, pa poné los paraguas las noches e
temporá...

—¡Eso se puén dí poniendo en un rin-
cón!...

—¡Es que tánto estás tú tirando e la
cuerda, que pa eso nos queamos aquí, o nos
vamos a los poyetes e la Crú el Humi-
llaerol...

—Me parece que er señó de Pepón está
en la firme. Y lo que debemos de jacé es
darle un voto de confianza a Restituto, y
mandarle los dos mi reale, y má si se pué
arrecogé, y que él nos mande jasta onde
arcanse. Las cosas, jacerlas bien o no jacer-
las, que una Peña Liberá no es ningún so-
berao pa los gatos. Ná: que se le escriba
cuanto ante a Restituto, y entre tós poemas
ir jaciendo la lista, ahora que estamos reu-
níos.

—Po anda tú, secretario, escribe ahí; pero
con ortografía de la güena.

«Apreciable sobrino Restituto: Malegraré que al recibo de estas cortas letras te jalles con la más cabá salú que yo para mí deseo. Yo quedo güeno, a Dios gracias. (Al amanuense, para su gobierno)—tú pones ahí toas las haches que sean semenesté, y algunas más, por si acaso...)—Punto y aparte.

Restituto: sabrás como vamos a poné una Peña Liberá, lo cuar que himos pensao que sea en cá Piniche, por er sitio.

Restituto: te vey a mandá dos mí reales, pa que compre los chismes que sean razón, como, pa un casino de fuste. No nos vamos a queá atrá e los conservaores.

Restituto: que mande un retrato der jefe; pero que no sea de lao; con su güen marco, que relumbre mucho, y su güen mosquitero, espesito. pa taparlo por mó e las mosca.

Restituto: mandará tres juegos e dominó.

—¡Y un par de ellos e damal

—Güeno; y otros dos de dama, y media ocena e mesas chicas, como pa er café, y dos ocenas e sillas de bujeritos, y un sofá...

—¿Y pa qué ese sofá? Mejón más sillas, pa un día que se ofrezca.

—Sí; mejón más sillas o más butacas de las que se menean.

—Po mira, escribe ahí: «Restituto: tú manda jasta onde arcance la sogá. Y a vé si jaces mérito pa que te nómbremos hijo predilerto cuantito acabes la carrera. A vé si pué vení tamié un espejo grande. Restituto: er dinero te jará entriega de él José er de la Clueca.

Tu tío que lo es, José Corrales.

Memoria de tu tía Juana y de tus primas...

Rosales, a tanto de tanto.»

Posdata:

Restituto: Manda tamién dos quinquales pa corgá: uno, pa er portá e la calle, y otro, pa er de ermedio, y a vé si arcanza pa un aventao, de esos que se cuergan der techo y dan más e veinte güerta en un minuto...

—¡Si eso es semenesté que haiga letrici-dá pa que andel!

¡Po se le echa petrólio!... (Al amanuense)
¡Po güeno: quita lo del aventao y deja lo e los quinquale!

Vale.

¿No se pone eso, como quien dice chipén?

II

Y el sobrino de Pepón, estudiante del penúltimo año de Medicina, cumplió a maravilla el complicado encargo de su tío; bien que escribió que era poco dinero para tantas cosas el que se le había mandado, y recibió por valor de otras doscientas cincuenta pesetas sobre las del primer presupuesto.

Desde luego, compró el retrato del prohombre político, con su gran moldura alemana y su consabido mosquitero, color de rosa; su perchero de espejo, un reloj de pared, y sillas y sofá, y mesillas y mecedoras... Y como le sobrasen a la postre unas cuantas pesetas y fuese el estudiante (como de Medicina) muy higienista, compró en una tienda de loza valenciana hasta media docena de escupideros, siquiera hayan dado en llamarlos escupidores, como si fuesen ellos los que escupen y no el lugar o recipiente en que ello se hace.

Hízolos embalar en un cajón y los remitió con el envío.

III

Adecantado el local de la futura Peña, —sus dos manos de cal de Morón y su zócalo de color de caoba—, llegó todo el mobiliario y se procedió al desembalaje. ¡Dios, qué magnificencia!

¡Pepón estaba loco de contento! ¡Su sobrino se había portado como un héroe, y, o poco había de poder cuando subiese el partido, o hacía que se le dedicase la calle del Cañuelo, donde «había visto la luz!»

El mismo Pepón en persona, con sus tenazas de herrador y su martillo, fué dándose el gustazo de desembalarlo todo...

Llegó la vez al cajón de los escupideros (utensilio cuya existencia ni sospechaba), perfectamente almohadillados con virutas finísimas.

—¡Ese chiquillo está en tó! ¡Cudiao con los azuqueros tan hermosos!

Los sacó del cajón, uno por uno, y los

fué examinando por todos lados, exclaman. do a la postre, con la contrariedad pintada en el semblante:

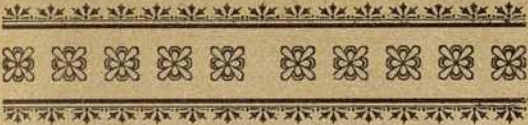
—¡Hombre; que causaliá más mardecía!... ¡Tos, tos, tos vienen rompíos, y por er mesmo sitio!... ¡Un bujero en er medio y otro bujero ar lao!... ¡Por vía e!...



IMPRIMATUR:

29 de Noviembre de 1919.

† Enrique Card. Arzobispo de Sevilla.



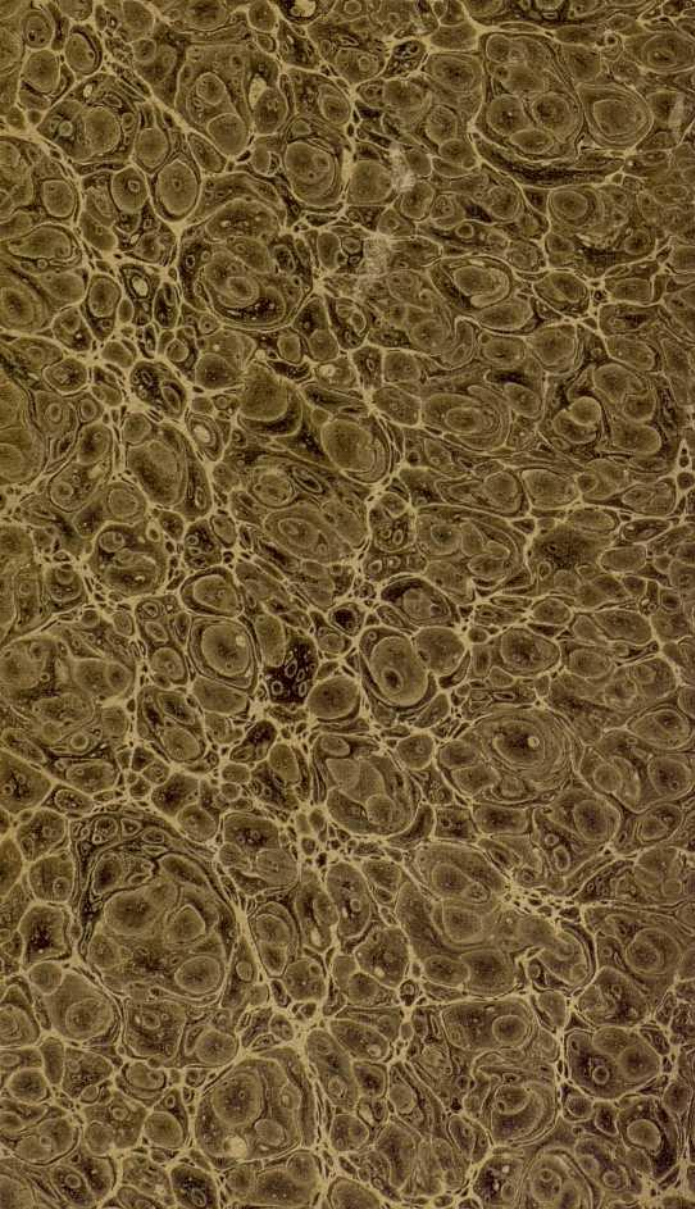
INDICE

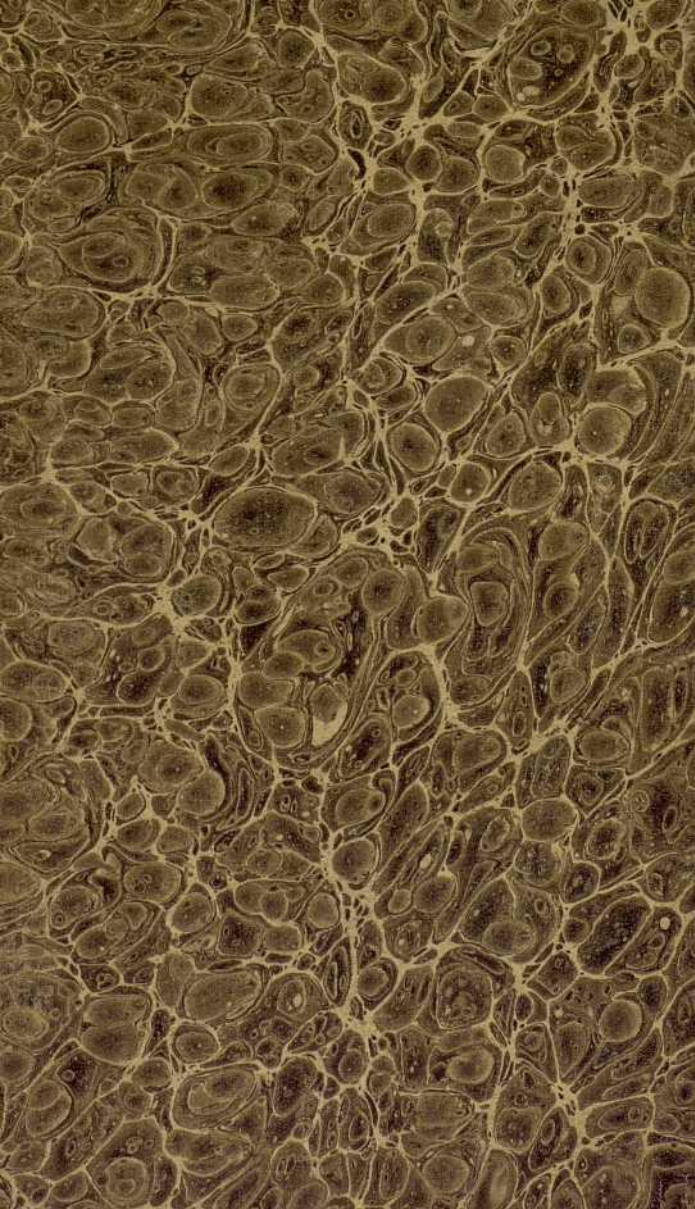
Págs.

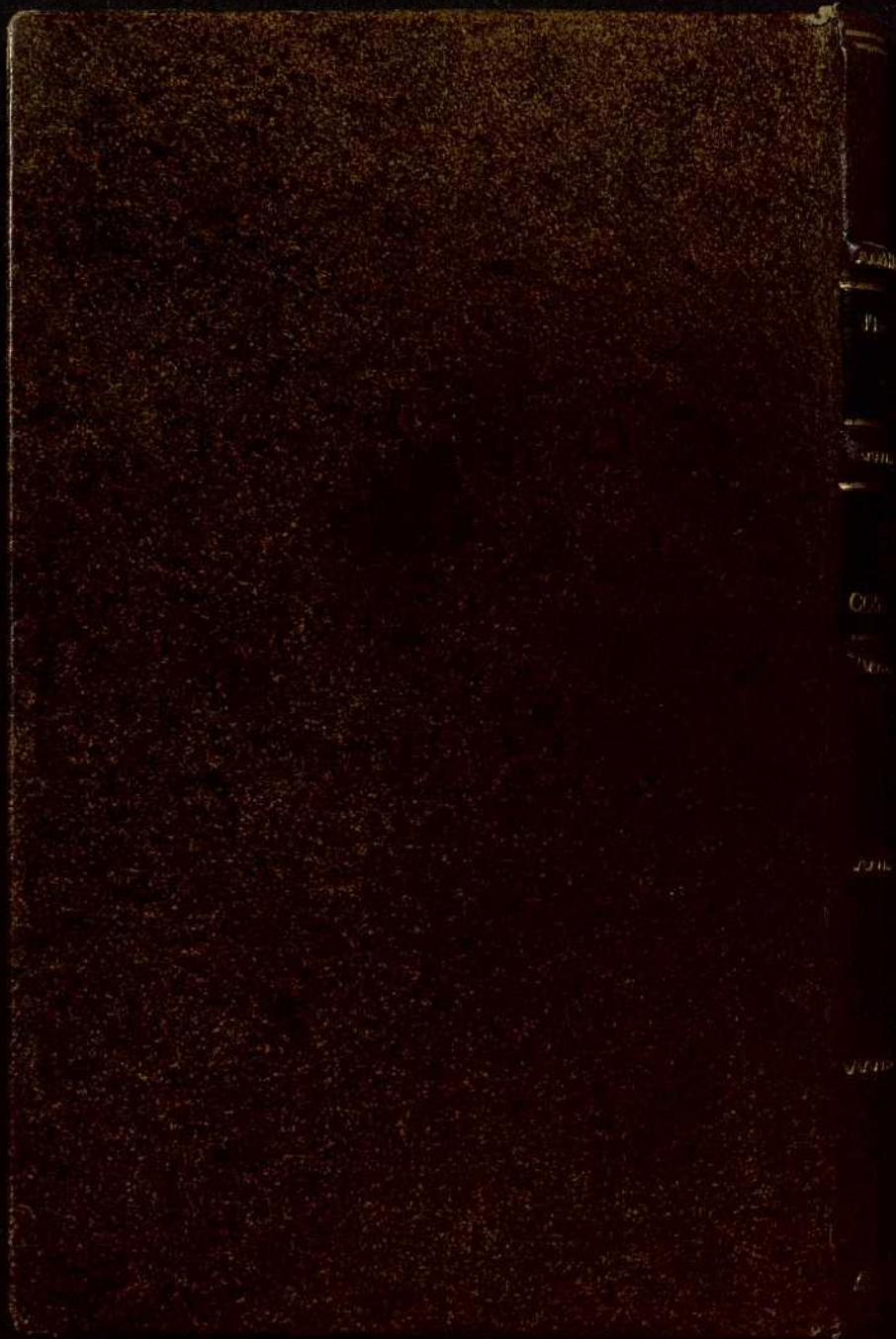
AL EXMO. SR. D. MANUEL ALLENDESALAZAR, PRESIDENTE DEL SENADO	5
«Custión» de sombrero	7
La compra del mazapán	17
De potencia a potencia	29
Lección de ortografía a domicilio	38
La madre de esta.	45
Resolución de un caso de conciencia.	53
Metamorfosis no contenida entre las de Ovidio	63
«La pringaita»	69
El placer de los Dioses.	79
La «verdad» de los refranes	91
Agasajo fin de fiesta	99
«Densímetro»	111
El cazador cazado	119

Al César, lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios.	129
De patología femenina	139
De poeta y loco	149
«Exégesis Bíblica»	161
Impuesto de inquilinato	171
Trato comercial	181
«Ratonera» en «Nuebayó»	191
La flor del credo	197
El abanico de Laura	205
Tío Caramelo	215
Total enmienda	225
«Nueva Artemisa»	235
Vocación decidida	243
«Lógica pura»	251
Influencias de la guerra	259
Indirecta	267
Huyendo del perejil.....	275
Consulta médica	283
¡Esas no volverán!	291
«Upinione»	301
La «Gran Peña»	307









JUAN F. MUÑOZ
Y PABÓN

HISTORIA
CONTEMPORANEA

FAN
XX
609